LA EXPERIENCIA III

ASESINATO AL AMANECER

NUNCA TE FÍES DE TUS AMIGOS



ENRIQUE ANDÚJAR

Enrique Andujar

Asesinato al amanecer

La experiencia III

Copyright © 2024 by Enrique Andujar

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52

53

54

55

56

57

58

TU OPINIÓN ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ

¿QUIERES SABER MÁS SOBRE EL MUNDO DE LA EXPERIENCIA?

Y AHORA QUE YA TE HAS LEÍDO «ASESINATO AL AMANECER»

UNA MAGNÍFICA CREACIÓN

UN AVANCE DE LOS PRIMEROS CAPÍTULOS DE LA NOVELA

1

2

CONTINÚA CON LA LECTURA DE «UNA MAGNÍFICA CREACIÓN»

1

El Juicio

Mientras caminaba hacia la sala del juzgado, no podía evitar ordenar y fechar en mi cabeza todos los acontecimientos que me habían llevado hasta ese momento.

El instante en el que mi mente fue capaz de procesar los datos que tenía ante mis narices y que habían pasado desapercibidos hasta el día del entierro de Beatriz Montalbán, quien había sido acusada de matar a su futuro marido de un disparo en el pecho.

Todo parecía a primera vista bien planeado; sin embargo, siempre existe algún cabo que, incluso atado, se puede desatar para descubrir las intenciones que se ocultan bajo la superficie.

El olor de un perfume distinto.

Una conversación extraña o una sorprendente infidelidad son capaces de ofrecerte un prisma que te amplíe la realidad de lo que eres capaz de observar.

La puerta del juzgado se abrió ante mí y, al entrar, todas las miradas se volvieron y me observaron atentamente. Era capaz de leer el asombro y la expectación en los rostros de los presentes ante lo que estaban a punto de presenciar.

Los inspectores al cargo del caso, el forense, los familiares y, por supuesto, sus amigos. Aunque claro, para tener unos amigos como algunos de ellos no hacía falta tener enemigos.

Mi paso era lento, pero decidido, mientras paseaba la mirada entre los presentes y ojeaba al acusado sentado frente al juez con aparente tranquilidad.

Es una situación extraña cuando se declara en un caso de asesinato. Porque en tus manos está, tanto el futuro de una persona, como la justicia para con la otra.

Si eres capaz de demostrar la culpabilidad de alguien que realmente lo es, el éxito es rotundo; sin embargo, en el caso de errar, es un jarro de agua fría sobre la cabeza, y a mis años eso se lleva realmente mal.

El pelo se moja y para que seque…

Aunque claro, sin duda alguna la peor de las posibilidades pasa porque por tu culpa lleguen a encerrar a un inocente. Así que justo por esa razón, y mientras caminaba hacia el estrado, repetía en mi cabeza una y otra vez todos los antecedentes que nos habían llevado hasta aquí.

Y para ayudarme a tal ardua tarea, he decidido hacerlo desde el final hacia el principio.

Porque sí, porque a mí me da la gana.

En primer lugar, planteo el desenlace al que he llegado y vuelvo poco a poco para reconstruir los pasos y convencerme de que no he errado con mis conclusiones.

Y, sin duda alguna, eso ocurrió cuando volvía del entierro de Beatriz Montalbán y me crucé con sus supuestos “Amigos”

2

Media hora después del entierro de Beatriz Montalbán

Mi mirada se perdía entre el agua de la lluvia mientras mi cerebro no dejaba de cavilar. Los cálculos parecían sencillos e inevitablemente me conducían a una conclusión fácil y evidente. Exactamente, al mismo resultado al que habían llegado tanto los dos inspectores al cargo del caso como el médico forense que había realizado la autopsia.

Beatriz Montalbán se había suicidado.

Era fácil.

Limpio y consecuente.

Sin embargo, erróneo.

Lo que desconocía en ese momento era la razón que me empujaba hacia ese pensamiento, porque pocas eran las evidencias dirigidas hacia dicha conclusión.

Iba sentada sobre el asiento trasero del Toyota del inspector Francisco Zumbado San Martín, al que en comisaría llamaban Fran. Sus amigos se habían decantado por Paco, sus hijos, papá, y yo, su anciana madre, sentada tras su asiento, apodaba, Paquito.

Francisco había decidido ocultar su primer apellido. Porque claro, apellidarse Zumbado cuando eres inspector de homicidios atrae las burlas peor intencionadas, así que se quedó con el mío.

Monleón.

De Irene San Martín Monleón, el nombre de una.

Yo era natural de un pueblo del interior, muy rústico él.

Y bonito, eh. Eso sí.

Pero pequeño como él solo y aburrido como un adelantamiento de camiones. Sin embargo, llevaba afincada en Valencia desde que mi difunto esposo, en paz descanse, fue ubicado en la capital levantina en la brigada de homicidios de la policía nacional.

Manolo no era un hombre muy brillante, para qué nos vamos a engañar, pero me dio amor, cariño y dos preciosos hijos de los que uno incluso siguió sus pasos como agente de la ley.

Y por vía de estos últimos, cinco maravillosos nietos.

Pero además de todas esas cosas, Manolo me dio algo que nunca habría esperado y era que al ser este policía de homicidios y por mucho que fuera ilegal e inmoral y muchas más cosas que acaban en al, me hizo partícipe de todas sus investigaciones.

Y lo bien que le vino a él.

Porque durante muchos años nadie fue capaz de comprender cómo era posible que Manolo no fuera capaz de hacer la O con un canuto durante toda una jornada laboral y, sin embargo, se

iba a casa y al día siguiente volvía con una increíble teoría que en muchas ocasiones resultaba ser cierta. En ese momento nunca llegué a plantearme la posibilidad de tratar de convertirme en agente de policía.

Eran otros tiempos.

Sin embargo, esa afición fue algo que nos unió.

Una afición que, con los años, trasladé a mi hijo Paquito, quien, por mucho que lo intentaba, no era capaz de mantener a su madre alejada de todos los fregaos.

Incluso su compañero, el inspector Ibáñez, hacía la vista gorda a cambio de una buena tanda de croquetas. Porque claro, muchos dicen que el secreto pasa por hacerlas con amor, pero de eso nada, el truco es completamente culinario.

Si se le pone gelatina a la besamel, esta se vuelve mucho más maleable en frío y quedan con una forma estupenda, pero con el calor se derrite y en la boca es gloria divina.

Pero de esto ni mu que es secreto de abuela.

Si quieres, tú puedes seguir con lo del amor a ver qué tal quedan…

Pero bueno, a lo que estamos. Mi mente volvía una y otra vez a los acontecimientos que me habían llevado hasta ese cementerio aquel lluvioso día, y únicamente era capaz de pensar una y otra vez en que todo había resultado demasiado fácil. Y por mucho que mi hijo se empeñara en lo contrario, yo sabía que había gato encerrado, aunque no pudiera saber dónde estaba el maldito gato.

Paquito insistía y se regodeaba de haber cerrado un caso de asesinato a una velocidad insospechada.

Insospechada para él, quiero decir.

Sobre todo teniendo en cuenta que tenía otro abierto sobre el escritorio, pero yo estaba cada vez más convencida de que debería de seguir abierto.

Por otro lado, estaba la muerte del empresario Ernesto Villoldo durante una cena de negocios. En dicha reunión, su padre estaba a punto de cerrar la fusión de su empresa de energías renovables con una de la competencia para formar así la compañía más grande del país. Una que fuera capaz de competir en el extranjero contra las grandes potencias norteamericanas. No había ni una sola prueba real ni móvil para el crimen para ninguno de los posibles sospechosos. Y, aunque Paquito estaba convencido de que el asesino se encontraba entre los comensales, únicamente estaba en lo cierto a medias.

Yo creía conocer lo ocurrido desde hacía días, pero es labor de madre, conocer a sus hijos y saber que la verdad era algo que no iba a ser capaz de aceptar, así que, mientras no encerrara a alguien inocente y, sabiendo de antemano que no había nadie a quien culpar, prefería alejarme un ápice y observar. Y de esa forma también podría centrarme en el otro caso que rondaba mi mente.

La muerte de Beatriz Montalbán.

La ventana estaba completamente empapada y repleta del vaho que exhalábamos los ocupantes del coche. Pasaba mi mano sobre la ventana para observar las vistas cuando di con un grupo de caminantes que se alejaban del cementerio.

Todos iban vestidos de negro y llevaban grandes paraguas que los protegían del clima. Y todos ellos paseaban cabizbajos con la mirada seria y humedecida y el corazón encogido.

Todos.

Todos, excepto uno.

Alguien de entre esos caminantes era más de lo que parecía ser, aunque todavía no fuera capaz de discernir quién.

Y sobre todo desconocía el porqué.

Muchos de ellos habían sido sospechosos tanto de la muerte de Beatriz como del asesinato que mi hijo había deducido que ella había cometido, pero yo dudaba de que una mujer como ella fuera capaz de ese tipo de asesinato.

No de matar, en absoluto.

Hacía muchos años que era consciente de que cualquiera es capaz de hacerlo en la debida circunstancia, lo que me chirriaba era el modo. Había muchas formas en las que podría haber muerto que no me habrían hecho dudar, pero la manera en la que ocurrió me hizo plantearme que ella podía no ser la asesina. ¿Podía equivocarme? Sin duda. ¿Era el caso?

En absoluto.

El Toyota de Paquito torció una curva y perdí de vista al grupito. Alfredo Ibáñez, el compañero de mi hijo, se volvió de su asiento y me dedicó una gran sonrisa.

Yo ya sabía lo que quería.

Bajé la mano hacia mis pies y saqué una bolsa térmica repleta de croquetas de jamón, pollo, bacalao y carrillada al vino tinto. Alfredo tomó la bolsa y volvió la vista al frente sin decir nada.

El intercambio había concluido.

—¿Hoy te quedas con los niños? —me preguntó Paquito con la mirada en el espejo retrovisor—. Hemos quedado Laura y yo con unos amigos para cenar algo. No llegaremos tarde.

La pregunta de Paquito me traspasó como un ente, porque mis pensamientos estaban en otro lugar. Mis recuerdos viajaron a media hora atrás, cuando mi olfato me susurró que algo no iba bien y mis instintos hicieron saltar la voz de alarma.

—¿Mamá? —preguntó de nuevo el pesado de mi hijo con el ceño fruncido.

—Tenemos que ir a mi casa —dije suavemente.

Sabía que si me mostraba demasiado emocionada, mis sentimientos jugarían en mi contra.

—¿Qué tenemos que qué?

—¿Por qué?

Preguntaron los dos al unísono.

—Porque creo que ya sé quién mató a Beatriz Montalbán —dije con la voz de la sabiduría.

A lo que el atontao de mi hijo contestó.

—Pero mamá, si Beatriz se suicidó. No hay ninguna prueba que indique lo contrario.

—Sin embargo, así fue.

Alfredo y Paquito compartieron una mirada de exasperación y ambos se volvieron hacia mí.

—No vas a parar hasta que vayamos, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? —pregunté a modo de respuesta sin apartar la mirada de mi hijo.

—Vale, pero te quedas con los niños el finde —dijo él antes de frenar en el semáforo mientras pensaba el modo más rápido de llegar—. Si dejo a Laura sin su cena de hoy, te aseguro que me mata si no le doy algo a cambio. Y ya sabes cómo se pone cuando nos dejas tirados.

—Yo ya tengo mis croquetas —añadió su compañero sonriente y con los hombros en alto—. Así que lo que vosotros digáis.

En ese momento el coche había dado la vuelta a la manzana y dimos de lleno con los tristes caminantes entre los que se encontraba la mente culpable del asesinato. No les perdí de vista hasta que pasamos de largo y enfilamos mi domicilio.

Doce minutos más tarde subíamos en el ascensor directamente a calmar mis dudas.

—¿Qué necesitas saber? —preguntó Alfredo mientras me cedía el paso hacia el pasillo que daba al apartamento.

—El nombre de la colonia del novio —contesté tratando de llegar a mi destino a mi máxima velocidad guiada por la emoción. Una velocidad que, a mis setenta y dos años de vida, alta no era. Eso te lo digo desde ya.

Entré con mi paso corto, caminé hacia una pequeña habitación al final del piso y ojeé el informe que me había dejado sobre la mesa antes de irme.

Allí estaba.

Mis instintos me habían hablado y al fin había sido capaz de escucharlos. Mi mente ya no era la de antes, pero en eso no me había fallado. Volví la vista hacia una pared tapada con un enorme corcho repleto de fotografías. Había dos casos en esa pared. A la derecha se encontraba la fotografía del empresario Ernesto Villoldo.

¡Pobre imbécil!

Pensé.

Y a la izquierda la fotografía de Beatriz Montalbán junto a la de todos los relacionados con el caso. Me aproximé con el dedo índice alzado y señalé una de las fotografías. No me hizo falta decir más. Solo un concepto.

—La colonia. Llevaba esa colonia en el entierro.

—No es suficiente para hacer nada, mamá —contestó Paquito observando la fotografía.

—Lo sé. Pero no es mi trabajo encerrarlos. Ese es el vuestro —contesté con tranquilidad—. El mío es deciros quién ha sido y por qué. Probarlo es cosa vuestra. Y ahora, dadme quince minutos para que fría unas croquetas que os voy a contar una historia y necesitáis tener el estómago lleno.

Cuarenta y dos minutos más tarde nos dirigíamos al domicilio de la persona que yo estaba segura de que había cometido el crimen. Alfredo y Paquito se adelantaron por las escaleras mientras yo esperaba pacientemente el ascensor.

No estaban mis piernas como para subir andando.

Mi hijo tocó a la puerta y le preguntó al hombre que estaba al otro lado si le permitiría oler su colonia. Este dudó un instante y preguntó por una orden judicial, algo de lo que Paquito y Alfredo carecían. Sin embargo, el olor era plenamente revelador, pues el apartamento rezumaba el mismo aroma que, aunque sutil, también existía en la nota de suicidio de Beatriz Montalbán.

Alfredo contestó que no y su respuesta fue la misma.

Que volvieran con una orden de registro.

Entonces ambos se plantearon la mejor manera de conocer la segunda de las cuestiones, pero conociendo de antemano que no iba a ser por las buenas. O al menos no si no lo hacían de frente. En ese momento aparecí yo desde el ascensor con el bastón que había cogido de casa para los días en los que la cadera hacía de las suyas.

Que, aunque escasos, aparecían de vez en cuando.

Por suerte para mí, aquel no era uno de esos días y su utilidad iba a ser ligeramente distinta.

Me aproximé tras la espalda de mi hijo y, con la mirada puesta sobre el hombre que había matado a Beatriz, deslicé el bastón hacia delante y este cayó hacia el suelo muy cerca de la puerta. Una mano se interpuso en su trayectoria y detuvo la caída.

Una mano que, como yo había supuesto, era la izquierda.

—Es usted zurdo —susurró Paquito con los ojos puestos sobre su mano.

—No se preocupe que volveremos con esa orden —añadió Alfredo con tono serio.

—¿Me devuelve el bastón, jovencito? Que los días de lluvia no sabe usted cómo duele —dije con una sonrisa al hombre que parecía completamente descolocado.

Este me devolvió la mirada y pude leer en ella lo que iba a ocurrir a continuación.

Golpeó con la madera la pierna de Alfredo y corrió hacia las escaleras con desesperación.

Paquito reaccionó con preocupación hacia mi persona, sin embargo, yo ya me había apartado a un lado, recuperado mi bastón del suelo y caminado con tranquilidad hacia el ascensor.

—La madre que lo parió —farfulló Alfredo, todavía doliéndose del golpe en la pierna. Paquito le miró y este le hizo un gesto para que persiguiera al sospechoso que cada vez tenía más cara de culpable.

Paquito tomó las escaleras a la carrera mientras yo esperaba el ascensor. Alfredo me miró con una pregunta en la retina.

—¿Habéis hecho lo que os he dicho? —pregunté antes de entrar en el ascensor. A lo que él asintió con la cabeza apoyándose en el pomo de la puerta—. Entonces todo va bien —finiquité ya desde el interior antes de pulsar el botón de la planta baja.

El sospechoso llegó al portal y salió corriendo hacia la salida en el barrio de Ruzafa de Valencia. La calle daba al edificio del mercado rodeado de callejones estrechos con algunos coches aparcados en los lados. Era martes, aunque en Ruzafa el ambiente permanecía los siete días de la semana y el sospechoso tuvo la necesidad de pasar por varias terrazas con personas que miraban al atraer su atención.

Paquito salió unos segundos después y miró a ambos lados.

El sospechoso estaba a unos treinta metros hacia su izquierda e iba directo a la patrulla que yo había enviado a esa localización.

La madre que la parió, pensó pensando en mí.

¿Cómo demonios lo hace? Se planteó de nuevo mientras salía a toda velocidad.

El sospechoso se dio entonces de bruces con dos agentes armados junto a un coche patrulla que disfrutaban de un café para llevar y una coca cola, respectivamente.

La mujer, al verle, dejó el café sobre el capó y le gritó que se detuviera, pero él hizo caso omiso y corrió hacia el lado contrario. Justo hacia la salida trasera del portal donde residía.

Yo acababa de llegar a la planta baja y caminé hacia la salida de atrás, que daba a una calle estrecha con una minúscula acera. Al escuchar los gritos y los pasos que se aproximaban, alcé el bastón a la altura de la tibia.

El sospechoso mantenía la mirada hacia detrás, donde la pareja de agentes le gritaba que se entregara y no vio el palo de madera que se interponía en su camino.

Trastabilló y fue directo al suelo junto a un contenedor de basura orgánica. El golpe fue más fuerte de lo esperado y me dio un tirón en el hombro, pero bueno, no todo podía salir a la perfección.

Los dos agentes llegaron y se abalanzaron sobre él justo antes de que Paquito alcanzaba el callejón seguido de los dos policías que vigilaban el lado opuesto.

De forma que pasara lo que pasara, no tenía más remedio que acabar justo ahí, donde yo había previsto que estuviera.

Paquito negaba con la cabeza mientras sonreía y pensaba. ¿Otra vez, mamá? ¿Otra vez? El pobre no se lo podía creer.

—Ale, me voy, que me quiero acostar pronto. Mañana he quedado con las chicas para el vermú y necesito estar despejada —dije antes de dar media vuelta y entrar en el portal para salir por el otro lado. En esa dirección era más fácil coger un taxi—. Ah, y ya me avisas cuando llegue el juicio —zanjé cuando me cruzaba con Alfredo que, con la mirada humedecida y la mano en la pierna, al fin había llegado a la planta baja.

Paquito y Alfredo llevaron al detenido a comisaría y pidieron una orden de registro.

Si las pruebas no eran ya lo suficientemente evidentes —que no lo eran—, el hecho de agredir a un inspector de policía les brindó una maravillosa oportunidad que el juez no les negó. Como yo ya sospechaba, no dieron con ninguna prueba incriminatoria que les llevara a la muerte de Beatriz Montalbán y por ello debo irme más atrás en la historia para comprender los pormenores del caso.

3

El entierro de Beatriz Montalbán

El cementerio estaba ubicado en el noreste de la ciudad de Valencia.

Situado entre la carretera V—30 y la Avenida de Tres Cruces.

Un poco apartado para mi gusto, pero bueno, en coche tampoco era para tanto.

El coche de Paquito se detuvo junto al aparcamiento y comenzamos a caminar hacia la puerta.

Bastante lentos, la verdad.

Mi velocidad era… pues bueno, la que era…

El día anterior había tenido lugar el velatorio, aunque preferí no acudir en esa ocasión. Sin embargo, algo me decía que debía estar presente en el entierro y mirar a la cara a todos los que estaban relacionados con el caso para sacar mis propias conclusiones.

Paquito me sujetaba de un brazo mientras caminábamos en dirección a donde tendría lugar el entierro.

Alfredo seguía nuestros pasos sin dejar de mirar en el móvil los resultados de los últimos partidos y el dinero que había perdido en diversas apuestas. Emitió sonidos de fastidio y los tres nos adentramos en los muros que separaban el cementerio de la ciudad.

Al llegar, nos alejamos de la multitud.

No era cuestión de molestar sino de observar.

La familia de la fallecida, ubicada frente al nicho en el que la iban a enterrar, se mostraba compungida y triste ante el infortunio.

Como es lo normal.

La madre, la hermana y el marido de esta última observaban con atención cómo los trabajadores del cementerio extraían la placa de piedra que taponaba la entrada.

—Hay que acercarse más —le dije a mi hijo desde unos treinta metros de distancia de la familia—. Desde aquí no veo sus caras.

—Mamá, no creo que nos quieran aquí. Esa mujer se ha suicidado después de que la acusáramos de asesinato. Es mejor mantener las distancias —contestó mi hijo en un susurro.

En parte tenía razón, pero debía estar presente por lo que pudiera pasar.

En ese momento se encontraban juntos por primera vez desde la muerte de David, el que iba a ser el futuro marido de Beatriz, todos sus amigos y familiares. De hecho, reconocí a lo lejos que se aproximaban los padres de la supuesta víctima de Beatriz Montalbán.

—Será mejor que te acerques porque se puede liar una gorda —dije en voz alta sin mirar a nadie. Paquito entrecerró los ojos como buen miope antes de contestar.

—No sé yo, eh —dijo después de secar de sus gafas las primeras gotas de lluvia.

—Pues tú verás —contesté con los hombros en alto y la mirada puesta sobre la familia del difunto novio de la fallecida.

—Sois unos desgraciados —espetó el padre de David Linares hacia los amigos de su hijo—. Esa mujer mata a mi hijo y luego se suicida, y aquí estáis todos para darle el pésame a su familia.

—Antonio, por favor —intervino su mujer después de colocar una mano sobre su hombro.

—Ni por favor ni nada, esa malnacida ha matado a mi niño —replicó Antonio entre lamentos —. Le pegó un tiro mientras dormía y vosotros no habéis hecho nada. Nada.

Paquito se adelantó y se aproximó a las dos familias, mientras la madre de Beatriz contestaba a su antiguo consuegro.

—Mi hija es incapaz de matar a nadie. Ella era una buena mujer, incapaz de matar a una mosca. No se merecía esto.

—¿Insinúas que mi hijo sí?

—Yo no he dicho eso.

—Como si lo hubieras dicho.

—Por favor. No es ni el momento ni el lugar para eso —intervino Paquito, convirtiéndose en una diana con patas.

—Todo esto es culpa vuestra. Después de que la acusarais de algo que no había hecho, no pudo soportarlo.

Las dos familias se lanzaron contra Paquito para increparle todo lo que les rondaba por la cabeza.

Que si su hija no había matado a David.

Que si deberían haberla detenido antes de que se suicidara y así pudiera dar la cara.

Que si su hijo era una maravilla, que si su hija todavía mejor.

Mientras tanto, yo observaba a todos aquellos que no intervenían en la trifulca. Era curioso que los amigos de ambos se encontraran allí y ninguno dijera nada.

Si una de sus amigas había acabado con la vida de su novio, que también era parte de su grupito, y después se había suicidado, deberían de reaccionar ante tal circunstancia. Vamos, digo yo.

Las dos familias continuaron con los voceríos tanto entre ellas como contra el pobre Paquito, hasta que Alfredo dejó las apuestas a un lado e intervino con cara de fastidio. Entre los dos se llevaron a la familia de David Linares hacia el exterior del cementerio mientras el sacerdote comenzaba a decir unas palabras sobre la fallecida.

Me acerqué con cautela y observé los rostros de los amigos: Jorge Hurtado, Jaime Correa, Carlos Nieto, Rubén Galán, Sara Quesada, Inés Pardo y Delia Segura. Mientras, repasaba la relación existente tanto entre ellos como con los fallecidos.

En primer lugar, Beatriz Monleón y David Linares llevaban ocho años juntos, cuando Jorge Hurtado los presentó al trabajar ella en la misma empresa que su novia Sara.

David y Jaime se conocían desde la universidad en la que ambos estudiaron arquitectura.

Carlos Nieto había ido al colegio con Jorge y al instituto también con Jaime, quien conoció a Rubén en la universidad de periodismo.

Sara, la novia de Jorge, era amiga de Delia, pareja de Jaime desde el instituto, y todos eran amigos desde hacía más de diez años.

Todos, excepto Inés, que era la nueva novia de Rubén, a la que había conocido en Tinder hacía solo un par de años.

Trataba de poner en orden todas las caras y personalidades para ser capaz de ejecutar un puzzle mental. Aunque, como mi memoria ya no era la de antaño, llevaba escrito en una servilleta todos los nombres en un organigrama de quién es quién.

Todos ellos aguardaban en riguroso silencio mientras el sacerdote hablaba y la familia lloraba. Mientras tanto, Paquito y Alfredo trataban de tranquilizar a la familia del fallecido novio de la difunta. Y es posible que te estés preguntando cómo puedo yo saberlo si no estaba ahí.

La respuesta es sencilla.

De hecho, más adelante, o realmente atrás, os daréis cuenta de que no estoy en la mayoría de los momentos que pretendo narrar, pero son una recreación factible de los hechos según el resultado del caso y sus conclusiones.

¿Qué no van a ser exactos?

Pues evidentemente que no.

Denúnciame.

O no leas lo que escribo.

No te joroba.

Pero si no, pues punto en boca y los lloros a la llorería.

Bueno, a lo que iba. Que Paquito decía:

—Señor Linares, entiendo su enfado, pero no puede venir en este momento a montar un espectáculo. Lo entendería si su antigua nuera estuviera viva, pero ¿qué más quiere? ¿No merece su familia también un poco de paz?

—¿Y qué hago, inspector? Esa mujer nos ha dejado sin nada. Usted no se hace una idea de lo que es que le arrebaten a un hijo. Y no solo eso, que lo haga la persona que debe de estar a su lado en las buenas y en las malas. Vale, mi hijo tenía una aventura, de acuerdo, eso está mal, pero no se merecía esto.

—Por supuesto que no se lo merecía, señor Linares, justo por eso ella iba a ser procesada por su muerte.

—Pero ya no lo será —intervino entonces la madre de David Linares.

—No lo será porque está muerta, señora —indicó Alfredo sin ningún tacto. Continuaba repasando sus apuestas y los doscientos euros perdidos.

Paquito le fulminó con la mirada antes de proseguir con su intento de tranquilizarlos mientras yo me aproximaba a los familiares.

La lluvia caía con fuerza y mi paraguas la detenía con cierta dificultad. Los rostros de todos los presentes estaban oscuros debido al atardecer, junto con la falta de luz por un cielo encapotado. Mis cortos pasos se detuvieron a una distancia en la que me sentía capaz de verlos a todos. No estaba segura de todo lo que había ocurrido, pero sí lo estaba de que el culpable de la muerte de Beatriz se encontraba allí en ese momento. Infiltrado en el dolor de los familiares y el extraño silencio de los amigos.

Cuando los sepultureros terminaron de hacer su trabajo, el nombre de Beatriz Montalbán estaba escrito en la nueva placa que cerraba el nicho. La familia permaneció unos minutos en silencio mientras el resto de los presentes se fue dispersando.

A unos veinte metros de la familia, ya de camino hacia los coches, Jorge dijo en voz alta.

—No me puedo creer que esto esté pasando —farfulló.

—¿Qué es lo que no te crees, Jorge?, ¿que Bea matara a David por ponerle los cuernos o que se haya suicidado para no ir a la cárcel? Porque con lo primero me explota la cabeza, pero lo segundo lo entiendo perfectamente. Yo habría hecho exactamente lo mismo. Antes muerta que encerrada —contestó Inés desde el lado derecho de Rubén.

Sara y Delia se volvieron y la miraron con desdén. «¿Qué sabría ella del matrimonio de David y Bea?».

—Ninguna de las dos cosas, Inés. ¿Cómo iba a matarle? ¿De verdad os lo imagináis? —preguntó con la mirada puesta sobre Carlos, Rubén y Jaime.

—Yo ya no sé nada, cariño. Hay muchas cosas sobre esto que me sobrepasan.

—Bueno, razones tenía, eso seguro —añadió Delia con gesto serio.

—No digas eso —contestó Sara—. No hay razón posible para llegar a algo así.

—Totalmente, por mucho que le hubiera puesto los cuernos no es motivo suficiente para cargártelo de esa forma. Da escalofríos —dijo Inés mientras se aproximaba a Rubén para no mojarse. La lluvia era intermitente y pasaba de simple chispeo a chaparrón en cuestión de minutos.

El paseo los alejaba de la familia de Beatriz y de mí misma, que continuaba con la mirada puesta en la tumba y la cabeza sobre los posibles sospechosos. Evidentemente, había descartado a la gran mayoría. Después de los interrogatorios y de las reacciones, añadiendo los hechos que ya eran claros, no había tantos posibles culpables. Sin embargo, no todo estaba decidido. Ni mucho menos.

Paquito se me acercó desde el lado derecho a la vez que la familia comenzaba a alejarse. El sacerdote dijo unas últimas palabras a la madre de la fallecida y se unió al resto de la familia camino de la entrada.

—La familia del prometido ya se ha ido —me comentó Paquito, que iba seguido de su compañero.

—Bueno, ¿qué, nos vamos? —preguntó este último, ya más tranquilo. Al final, un resultado positivo en un partido le había hecho recuperar el dinero del resto de errores.

—Sí, vayámonos de aquí antes de que alguien más se ponga a discutir.

Asentí con la cabeza mientras comenzaba a caminar hacia la salida.

—Bueno, caso resuelto. Ahora tenemos que pensar en el del empresario. Tengo a su padre encima todo el día, llamando a todos los altos cargos. Quiere cerrar el caso cuanto antes, y el comisario nos va a dar por saco hasta que eso pase.

Alfredo contestó alguna tontería mientras yo repasaba mentalmente el resultado del caso del que hablaban. Y no.

Definitivamente, no iba a decir nada al respecto.

—¿Tú qué opinas, mamá?

—Yo creo que en este hay algo raro.

—Sí, eso ya lo has dicho, pero te estoy hablando del otro caso —insistió el cansino de Paquito.

—Y yo te estoy hablando de este, hijo mío, no me seas pesadito —finiquité. A lo que Paquito contestó con un suspiro mientras salíamos a la calle y nos dirigíamos hacia el coche.

Justo al final de la calle se encontraba el grupo de los amigos de Beatriz y David. Hablaban, pero sin apenas decir nada de valor.

Entre ellos, al menos uno sabía todo lo ocurrido con exactitud y otros tres conocían una parte importante de la historia. Dos sabían algo menos de la mitad de los hechos y una estaba en la más certera oscuridad.

4

Veinte horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El laboratorio forense se encontraba al final del sótano de la comisaría. Paquito y Alfredo caminaban desolados al encuentro del doctor Estévez, quien había verificado la defunción de Beatriz y acababa de realizar la debida autopsia.

Los rostros de los dos inspectores mostraban una oscuridad evidente.

Ellos habían señalado a la chica como la responsable de la muerte de su marido y, en consecuencia, había decidido quitarse la vida. Eran conscientes de que solo habían hecho su trabajo, pero si la chica finalmente resultaba ser inocente, su muerte caería sobre su conciencia. Y si, por el contrario, su muerte no fuera un suicidio, significaría que el responsable de ambas muertes todavía seguía en libertad.

El lugar estaba en penumbra, iluminado únicamente por la fría luz blanca que colgaba sobre la camilla de acero inoxidable. Paquito y Alfredo entraron al lugar en silencio, con las manos en los bolsillos y el peso de la situación reflejado en sus rostros. La puerta se cerró con un leve chirrido detrás de ellos, aislándolos del mundo exterior.

Allí dentro, la realidad era cruda y fría.

El doctor Estévez, enfundado en su bata blanca y con guantes de látex, estaba inclinado sobre un escritorio lleno de informes y muestras etiquetadas. A su lado, una pantalla mostraba los resultados preliminares de la autopsia. Era un hombre joven, metódico hasta el extremo, casi excesivo. El muchacho tenía el hábito de recolocarse las gafas de pasta con la muñeca, evitando tocarlas con los guantes para no contaminar nada.

—Hola, chicos —dijo sin levantar la vista del informe que sostenía—. Supongo que queréis el informe preliminar de la autopsia.

Paquito asintió.

Estévez dejó el informe sobre la mesa y se quitó los guantes con un chasquido rápido antes de mirarlos.

—No hay sorpresas. Todo apunta a que se trata de un suicidio.

Las palabras, aunque esperadas, cayeron como un mazazo. Paquito apretó los labios y desvió la mirada hacia la camilla, donde el cuerpo de Bea estaba cubierto por una sábana blanca.

—¿Estás absolutamente seguro? —preguntó Alfredo.

Si era así, mucho mejor para él.

Menos trabajo.

Carpetazo al canto y a por el siguiente.

Estévez asintió y se acercó a la pantalla, señalando algunos datos mientras hablaba.

—He revisado todo. No hay signos de lucha ni evidencia de que alguien haya intervenido. No hay moretones en las muñecas ni marcas de sujeción. Las pastillas encontradas en su sistema coinciden con el somnífero que ella misma tenía en casa, y la carta que dejó confirma su intención.

Se giró hacia ellos y se recolocó las gafas con la muñeca antes de continuar.

—El contenido del estómago y el nivel de metabolización sugieren que las pastillas fueron ingeridas de una sola vez, y el tiempo de muerte coincide perfectamente con cuando la encontraron. No hay ninguna evidencia física que sugiera que alguien más estuviera implicado.

Paquito respiró hondo y se pasó una mano por el rostro. Aunque la lógica estaba de parte del doctor, la sensación de que algo no cuadraba no lo dejaba en paz.

—Entonces, según todo esto, ¿ella simplemente… decidió hacerlo? —murmuró, más para sí mismo que para nadie en particular.

Al contrario que Alfredo, mi hijo Paquito esperaba con todo su corazón que no se tratara de un suicidio. Porque claro, si fuera ese el caso, el hecho de haberla acusado habría sido sin duda el detonante.

Menos mal que ni se había suicidado ni nada de lo que la habían acusado era realmente cierta.

—Eso parece —dijo Estévez, con su tono clínico y sin emociones.

Alfredo anotó algo en su libreta, aunque no podía dejar de pensar en la carta que encontraron junto al cuerpo.

«Maté a David porque no podía soportar lo que me hizo»

Las palabras seguían resonando en su mente.

Si era cierto, Beatriz se había llevado su culpabilidad a la tumba.

—¿Algo más? —preguntó Alfredo, queriendo asegurarse de que no se dejaban ningún cabo suelto. Y de que se iba lo antes posible. Había varios partidos en los que podría jugarse el sueldo.

Estévez negó con la cabeza.

—No por ahora. Les enviaré el informe final cuando esté listo, pero les aseguro que mis conclusiones no cambiarán. Se trata de un suicidio, y todo apunta a que ella era consciente de lo que hacía.

Paquito miró al doctor durante unos segundos antes de asentir.

Luego desvió la mirada hacia el cuerpo bajo la sábana, inmóvil y frío.

Esos dos mendrugos, habían señalado a esa chica como culpable.

La habían presionado, empujado, interrogado.

Y ahora estaba muerta.

Si me hubieran hecho caso de primeras.

¿Cuándo aprenderían?

—Gracias, Estévez —dijo Alfredo, cerrando su libreta.

Los dos inspectores salieron del laboratorio en silencio, caminando por el largo pasillo del sótano. La oscuridad que cubría sus rostros era evidente. Ninguno de los dos dijo nada durante un rato, pero el peso de la conversación con Estévez se sentía como una losa entre ellos.

Entonces llegué yo.

—No se ha suicidado —solté.

Ambos se giraron de inmediato.

—Pero mamá.

—Ni peros ni peras, Paquito.

—El comisario me está presionando para que cerremos el caso y no hay nada que nos diga lo contrario. No han encontrado huellas en esa casa más que de su amiga Delia, que fue quien la encontró, y de ella misma. Y de Delia no había ni en el vaso ni en ninguna parte de la cocina, de donde cogió el vaso de agua. No hay nada que indique que no fue un suicidio, y Estévez nos lo acaba de confirmar.

Tenía razón.

No había ninguna prueba que indicara lo contrario.

Pero que esa mujer, que no había hecho nunca nada, ni una multa de tráfico, había matado a su futuro marido porque este le había sido infiel y que luego había decidido quitarse la vida y dejar una nota con su firma, era algo que no iba a aceptar.

No.

Esas historias solo pasaban en las películas malas de antena tres que ponían a la hora de la siesta.

En absoluto.

En todo esto había mucho más que investigar.

Mucho oculto entre la maleza de las mentiras.

Y yo lo descubriría.

Aunque mi propio hijo fuera a aceptar una enorme mentira como cierta y fueran a enterrar a Beatriz sin más preámbulos.

Seguiría investigando y daría con la verdad.

Como que mi nombre era Irene San Martín Monleón.

5

Alrededor de ocho meses después de la muerte de Beatriz Montalbán, un hombre vestido con una americana azul petróleo sobre una camisa blanca y un pantalón a juego, caminaba por las instalaciones de La Experiencia a las afueras de Valencia.

En un polígono industrial junto al barranco del Poyo.

Caminaba con esmero a través de interminables pasillos de camino a su despacho, desde donde podía observar toda la experiencia sin interferencias.

Aunque todavía no había dado comienzo la nueva sesión.

En ese momento estaban preparando las captaciones para comenzar en unas pocas horas.

Entró en su despacho donde le aguardaban unas veinte pantallas ancladas a la pared con las imágenes de todas las captaciones en vivo y en directo.

Alzó el dosier que le esperaba sobre la mesa y leyó la lista de nombres.

Asesinos, maltratadores, violadores, ladrones, una asesina en serie…

Esta le llamó la atención.

Rosa Guerrero.

Estaría atento al desarrollo de su sesión.

Un ministro.

Leyó con detenimiento.

Había robado, extorsionado y mandado asesinar a un fotógrafo que sabía de "sus gustos".

Observó la pantalla, ya había sido "captado" mientras asesinaba a una prostituta transexual la noche anterior.

Ojalá muriera de la peor de las maneras.

Se quedaría para comprobarlo.

Siguió revisando la lista durante un rato hasta que se la sabía de memoria.

Eso era parte de su trabajo.

—Míster Tercero —dijo una voz desde el pasillo junto a su despacho.

—Dime —contestó sin apartar la mirada de los papeles.

—Míster Primero le está esperando en la sala de reuniones.

Eso sí que llamó la atención de Míster Tercero, no era habitual que precisara de su presencia justo antes del inicio de la experiencia.

Asintió con la cabeza, dejó el dosier sobre la mesa, y caminó los casi cien metros que separaban sus dos despachos. Los dos principales de la compañía.

Solo había uno más de esa importancia y calibre.

Uno que llevaba abandonado desde hacía mucho tiempo.

—Pasa —dijo Míster Primero cuando Míster Tercero llegó al despacho y tocó a la puerta.

—Ya he revisado a los participantes y…

—No es eso —mira.

Entonces encendió una pantalla en la que salía Lara Larson, anteriormente conocida como Miss Segunda, la compañera de clase de ambos líderes de la compañía que los había abandonado hacía un tiempo.

—Está descontrolada. Tenemos que hacer algo.

—¿Algo cómo qué?

—Algo como que no podemos mirar hacia otro lado, hay que hablar con ella —dijo Míster Primero con rostro serio.

Pero Míster Tercero tuvo una idea mejor.

—Yo me ocupo —zanjó.

Míster Primero nunca hablaría con ella.

Los sentimientos que tenía para con ella le nublaban la mente.

Pero, con ella fuera de juego, Míster Tercero era Míster Segundo de manera práctica.

Y no quería volver a ser el número tres.

La investigaría y obtendría las pruebas suficientes como para convertirla en una digna participante.

—No sabes lo que has hecho, Lara —farfulló ya saliendo por la puerta sin que su líder pudiera escucharlo.

Nada más llegó a su despacho, preparó la lista para la siguiente experiencia y, dentro, metió el nombre de Lara Larson.

Se ocuparía de que el investigador que se encargara de elegir los nombres finales, la metiera a ella en la lista definitiva de participantes.

6

Un día y seis horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Cuando Jaime se despertó, ya varias horas después del amanecer, Delia no estaba a su lado.

No era algo extraño en ella. Muchas veces salía a correr o se ponía a trabajar desde muy temprano.

Además, desde que había pasado lo de David, estaba un poco ida.

Bueno, realmente ya lo estaba desde un poco antes de que encontraran el cuerpo de David, pero bueno.

Entonces recordó que había quedado con Bea para verse.

Esa chica lo estaba pasando fatal y al pobre Jaime le daba una pena inmensa.

Todo lo que había ocurrido había sido para ayudarla y la cosa no había podido salir peor.

O eso pensaba, porque en el momento en el que salió de la cama y bajó al salón, su teléfono le indicó que tenía ocho llamadas perdidas de Delia.

—Jaime… —farfulló la voz de Delia cuando Jaime le devolvió la llamada.

—Delia, ¿qué pasa? ¿Estás bien? Tengo ocho llamadas perdidas tuyas. Perdona, seguía dormido y no me he enterado de nada.

—Jaime, es Bea… —La pausa que hizo fue suficiente para que el corazón de Jaime comenzara a golpear con fuerza.

—¿Qué le pasa a Bea?

—Ella… ella se ha suicidado.

La noticia le golpeó como un puñetazo en el estómago.

Por un momento, no pudo decir nada.

Su mente intentaba procesar lo que acababa de escuchar, pero las palabras de Delia parecían rebotar en su cerebro sin encontrar un lugar donde asentarse.

—¿Qué… qué estás diciendo? ¿Cómo que se ha suicidado?

—La encontré esta mañana en su cama —dijo Delia con la voz rota—. Fui a su casa porque no me respondía los mensajes y habíamos quedado para desayunar. Después de lo de la policía y lo de David, no quería dejarla sola. Tenía una llave de repuesto, así que entré… y ahí estaba. Por Dios, tendría que haberlo visto venir. No debí dejarla sola en esa casa…

Jaime se levantó del sofá, caminando de un lado a otro del salón con el teléfono apretado contra su oreja.

—No puede ser, Delia. Bea no… no haría algo así.

—Eso pensé yo —respondió ella, con un hilo de voz—. Pero había una nota.

Jaime se detuvo en seco, con el corazón en un puño.

—¿Una nota?, ¿Cómo que había una nota?

—Sí, escribió una nota de suicidio. Y, por Dios, Jaime, decía que… decía que ella había matado a David.

El mundo pareció detenerse alrededor de Jaime. Sus pensamientos se atropellaban unos a otros, intentando encontrar sentido a lo que acababa de escuchar.

—No puede ser… —Su voz salió más alta de lo que esperaba—. Bea no mató a David.

—Lo sé. Yo también lo sé. Pero eso es lo que decía la nota. Aunque, por otra parte… se lo merecía.

Jaime se dejó caer en el sofá, con la cabeza entre las manos.

Nada de esto tenía sentido.

Bea estaba muerta.

Había dejado una nota confesando un crimen que él sabía que no había cometido

¿Qué estaba pasando?

Sí que se lo merecía, pero ella no lo había matado.

De eso él estaba tan seguro como que la noche venía detrás del día.

Cuando colgó el teléfono, se quedó sentado en el sofá con la mirada perdida.

No tenía sentido que hubiera escrito una carta de suicidio.

¿Que se hubiera suicidado?

Por desgracia, no podía descartarlo después de lo que la policía pensaba de ella.

Pero que confesara un crimen ficticio era absurdo.

Eso solo beneficiaba a…

No sabía qué pensar.

Tenía que hablar con todos.

Aunque ahora le daba un miedo atroz.

Uno de ellos.

Uno de sus mejores amigos había matado a Bea para encubrir la muerte de David.

Pero…

¿Quién de todos ellos lo habría hecho?

Todos tenían razones para hacerlo, pero ninguna que tuviera el peso suficiente.

Había cosas que el pobre muchacho todavía desconocía.

7

Un día y siete horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

La casa de mi hijo Paquito estaba llena de vida aquella mañana.

El olor del café recién hecho y las tostadas dorándose en la cocina se mezclaba con el sonido de los cuchillos cortando fruta y el leve murmullo de la radio.

Paquito estaba sentado a la cabecera de la mesa del comedor, rodeado de todos nosotros.

Su mujer, Laura, mi nuera, que servía más café; sus dos hijos pequeños, medio dormidos pero atentos a sus teléfonos; y su madre, Irene Monleón, o sea yo.

Yo les había insistido en preparar mi impresionante mermelada de naranja esa mañana, y ahora la colocaba sobre la mesa con un gesto triunfal.

No estaba tan buena como mis croquetas, pero bueno, pocas cosas hay que lo estén.

—Os he dicho mil veces que esta es la mejor mermelada que vais a probar. Nada de esas porquerías de supermercado —dije, mirando a mis nietos con una mezcla de orgullo y desafío.

Menudos membrillos estaban hechos.

—Sí, mamá, eres una Genia de la mermelada, como siempre —respondió Paquito mientras untaba un poco sobre una tostada, intentando no reírse.

—Y no lo olvides. A una madre no se le contradice, Paquito. —Entonces me senté frente a él, ajustando mis gafas de lectura y lanzándole una mirada que llevaba tanto afecto como autoridad.

Paquito rodó los ojos con una sonrisa.

Estaba a punto de dar el primer bocado a su tostada cuando su teléfono sonó sobre la mesa. Lo miró con el ceño fruncido, reconociendo el número de la comisaría.

Con un suspiro, dejó la tostada en el plato y contestó.

—Inspector Monleón.

Al otro lado de la línea, la voz de uno de sus agentes sonaba tensa.

—Señor, tenemos una situación. Beatriz Montalbán ha sido encontrada muerta en su casa. Parece un suicidio.

Paquito cerró los ojos por un momento, dejando escapar un leve suspiro. El peso de la noticia le cayó encima como un martillo.

—¿Estás seguro de que es un suicidio?

—Hay una nota junto al cuerpo y todas las señales apuntan a eso, pero ya está la científica en camino para confirmarlo.

—Voy para allá —respondió Paquito con un tono firme, antes de colgar.

Cuando levantó la vista, todos en la mesa lo estaban mirando. Yo, en particular, tenía una ceja arqueada y los ojos llenos de curiosidad.

—¿Qué ha pasado, Paquito? —pregunté.

Paquito se levantó, alisándose la camisa con las manos.

—Una mujer ha muerto. Parece un suicidio. Tengo que irme.

—¿Una mujer? ¿Qué mujer? —insistí, dejando el cuchillo en el plato con un gesto lento y calculado.

Paquito sabía que no podía engañarme. Que era demasiado perspicaz, siempre lo había sido, y ahora no sería diferente.

—Beatriz Montalbán —respondió, tomando su chaqueta del respaldo de la silla.

—¿Esa pobre chica a la que acusasteis de matar a su novio, pese a que os dije que ella no había sido?

—Mamá, no es tan simple. Ella estaba implicada en el caso —respondió Paquito mientras se ponía la chaqueta.

Me levanté de la mesa con movimientos precisos y determinados. Aunque lentos. A mi edad ya no hacía rápido ni la digestión.

—No me lo creo. Esa chica no se ha suicidado.

Paquito se detuvo en seco, girándose para mirarla con el ceño fruncido.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Le sostuve la mirada, con esa mezcla de inteligencia y confianza que siempre le había hecho sentir como un niño pequeño frente a mí.

—Porque no encaja. Beatriz estaba desesperada, sí, pero no hasta ese punto. Y si ha dejado una nota confesando que mató a ese tal David, entonces mucho menos me lo creo. Parece demasiado conveniente, ¿no te parece?

Paquito suspiró, pasando una mano por su cabello.

—Mamá, no puedes sacar conclusiones así. No tienes todos los datos.

—Y tú tampoco —repliqué, cruzándome de brazos—. Pero si esa nota es lo único que tenéis, lo siento mucho, hijo, pero alguien os está tomando el pelo.

Paquito sabía que discutir conmigo era una batalla perdida antes de empezar, así que intentó cerrar la conversación.

—Mamá, no puedo entretenerme. Esto es algo que debemos manejar nosotros en la comisaría.

Pero no iba a rendirme tan fácilmente.

Faltaría más.

—Entonces voy contigo.

Paquito soltó una carcajada seca, incrédulo.

—Ni hablar.

—¿Por qué no? Como si no fueras a venir a mí a por consejo.

—Mamá, ayudar desde casa es una cosa. Que vayas a una escena del crimen conmigo es otra completamente distinta. Esto no es un juego de detectives, ni es tu trabajo.

—Ni el tuyo no es andar acusando a inocentes. —Le solté, frustrada.

Mira que le había dicho que no había sido ella una y mil veces.

Y la persona que había matado a David, era la que ahora había cerrado el círculo matando a Beatriz.

La persona que ahora me miraba con odio sentado en el banquillo de acusados.

La frase golpeó a Paquito más fuerte de lo que esperaba. Se quedó callado un momento, apretando la mandíbula.

—Mira, mamá, no voy a discutir esto ahora. Si encuentras algo útil desde aquí, como siempre, te escucharé. Pero no puedo llevarte conmigo.

—Está bien. Pero recuerda mis palabras, Paquito. Esto no es lo que parece. Esa chica no se quitó la vida por decisión propia.

Y acerté de pleno.

Vamos, que si acerté.

8

Un día y nueve horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

La mañana estaba fría y gris, como si el día hubiera decidido reflejar el ánimo de Delia. Caminaba deprisa hacia la casa de Beatriz, con el abrigo bien cerrado y una bolsa de pan bajo el brazo llena de cruasanes.

Habían quedado en verse temprano, pero Bea no había respondido a sus mensajes desde la noche anterior, lo que no era habitual en ella. Delia había decidido no preocuparse demasiado, pensando que quizás estaba dormida o necesitaba un momento de tranquilidad después de todo lo que había pasado.

Le parecía increíble que de verdad pudieran llegar a pensar que había sido ella quien había matado a David, aunque, incluso si ese hubiera sido el caso, se lo merecía por lo que le había hecho él a ella.

Cuando llegó a la puerta, tocó el timbre y esperó, pero no hubo respuesta.

Insistió, golpeando suavemente la madera con los nudillos.

—¡Bea! Soy yo, Delia. Abre.

Nada.

Solo el silencio del vecindario aún adormilado.

Delia frunció el ceño, con la inquietud empezando a colarse entre sus pensamientos. Sacó su teléfono y la llamó, pero el tono sonó una y otra vez hasta que saltó el buzón de voz.

Nada.

Su preocupación creció rápidamente.

Hacía bien en estar preocupada.

Respiró hondo y sacó una llave de su bolsillo, una copia que Bea le había dado hacía meses para casos de emergencia. Dudó un instante antes de introducirla en la cerradura.

No le gustaba entrar en su casa así como así.

De hecho, no lo había hecho jamás sin el consentimiento directo de su amiga.

—Voy a entrar, ¿vale? Espero que no te moleste —murmuró, más para calmarse a sí misma que por esperar una respuesta.

Abrió la puerta y el olor a casa cerrada le golpeó de inmediato. No era desagradable, pero tampoco tenía la calidez habitual.

Cerró la puerta tras de sí y la llamó de nuevo.

—¡Bea! Estoy dentro. ¿Estás arriba?

El silencio fue su única respuesta. Delia sintió un nudo formarse en su estómago mientras subía las escaleras, con sus pasos resonando en el vacío de la casa.

Cuando llegó al pasillo del segundo piso, la puerta del dormitorio de Bea estaba entreabierta. Delia se acercó con cautela y empujó la puerta con cuidado.

El nudo en su estómago se apretó con fuerza cuando sus ojos encontraron la escena frente a ella.

Beatriz estaba tumbada en la cama, inmóvil, con los ojos cerrados. La postura era tranquila, casi como si estuviera dormida, pero la palidez de su rostro y la rigidez de su cuerpo lo desmentían. A un lado de la cama, sobre la mesita de noche, había una nota escrita a mano.

Delia se quedó paralizada sintiendo el corazón atronando en el interior de su pecho.

—No… no… —murmuró, negando con la cabeza mientras se acercaba lentamente.

El aire de la habitación era pesado, opresivo.

Cada paso que daba hacia la cama se sentía como si estuviera cruzando un umbral del que no podría regresar. Se detuvo junto al cuerpo de Bea, notando las pequeñas pistas que confirmaban lo que su mente no quería aceptar: el frasco vacío en el suelo, las pastillas esparcidas, la carta doblada al lado de la lámpara.

Con las manos temblorosas, tomó la nota y comenzó a leer.

Lo siento mucho, pero no puedo seguir viviendo con este peso. Fui yo, yo maté a David porque no podía soportar lo que me hizo, porque me traicionó de la peor manera posible. Él me destruyó, y ahora yo he destruido todo lo que era. Lo siento mucho. La rabia se apoderó de mí y no me pude controlar. Aproveché la despedida de soltero de David y que sus amigos al final no salieron de acampada para hacerle ir a ese lugar y acabar con su vida de un disparo en el pecho.

Delia dejó caer la carta sobre la cama y retrocedió un paso, llevándose las manos a la boca para ahogar un grito. Sus pensamientos eran un torbellino de negación y dolor.

Esto no podía estar pasando. Bea no podía haber hecho esto.

Pero ahí estaba, la evidencia clara frente a ella. La nota, las pastillas, el cuerpo inerte. Todo encajaba demasiado bien, como un rompecabezas macabro que alguien había armado con una precisión escalofriante.

—Dios mío… —susurró, con las lágrimas comenzando a deslizarse por sus mejillas.

Se quedó de pie junto a la cama, incapaz de moverse, incapaz de pensar con claridad. Una parte de ella sabía que tenía que llamar a la policía, pero otra parte, más visceral, quería aferrarse a la idea de que todo era un error, una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento.

Finalmente, con dedos temblorosos, sacó su teléfono y marcó el número de emergencias. Mientras esperaba a que contestaran, sus ojos se posaron una vez más en Bea.

Cuando le respondieron al otro lado de la línea, las palabras apenas salieron de su boca.

—Es… es mi amiga. Está… creo que está muerta. —Su voz se quebró, pero logró dar la dirección antes de colgar y dejarse caer sobre una silla junto a la cama.

9

Dos días y tres horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Sin ninguna duda, de todo lo que estaba recreando en mi cabeza antes de declarar ante el juez para llevar a ese monstruo ante la justicia, esta escena era la que más me rompía mi anciano corazón.

La pobre Beatriz se sentó en el suelo de su habitación, rodeada de cajas a medio llenar.

El aire estaba cargado de una tristeza espesa que hasta dolía.

Llevaba horas guardando las cosas de David en cajas, pero el trabajo avanzaba con una lentitud desesperante. Como si realmente no quisiera apartarlas de su vista.

Cada objeto que tocaba era un recuerdo: una camisa doblada con prisas, una fotografía de ambos sonriendo en una escapada a la playa.

Todo parecía cargar el peso de una vida que, de un momento a otro, se había convertido en un cúmulo de escombros.

Desde que la policía comenzó a hacer preguntas sobre su relación con David, su vida se había vuelto una pesadilla.

«Sospechosa principal»

Era la etiqueta que la perseguía en cada interrogatorio, en cada mirada inquisitiva de los inspectores Monleón e Ibáñez —Paquito y Alfredo—, como si ya la hubieran condenado.

La verdad es que en ese momento no quisieron hacerme caso… y así fue.

Beatriz no entendía cómo había llegado a esto. Ella no había hecho nada, absolutamente nada.

Pero en los ojos de la policía, su historia encajaba demasiado bien: la novia engañada, la mujer humillada que había descubierto que David la traicionaba con Sara.

Y eso lo hacía todo peor. Sara, una amiga, alguien que había estado en su casa y a la que conocía desde hacía años. El descubrimiento de la infidelidad había sido como un puñal que se retorcía con cada nueva prueba que los agentes mostraban durante los interrogatorios: mensajes, citas, una relación que parecía haber existido casi en paralelo a la suya. David no solo había traicionado su confianza; había convertido su vida en un espectáculo de sospechas y dolor.

El muy…

Pero no…

Ella no lo había matado.

Ella no quería con toda su alma.

Guardó un álbum de fotos en la caja con las manos temblorosas por el cansancio y la tristeza.

Apenas había dormido la noche anterior, la pobre muchacha.

Para calmarse, había tomado un somnífero que ahora comenzaba a hacer efecto, pero la sensación no era de alivio, sino de un peso cada vez más grande que se instalaba en sus párpados.

Todo se sentía demasiado.

La tristeza.

La enorme culpa por algo que no había hecho.

Y la certeza de que no había forma de convencer a nadie de su inocencia.

No tenía fuerzas para luchar.

Lo había perdido todo en el momento en el que el cuerpo del que iba a convertirse en su marido dejó de latir.

Dejó caer la cabeza entre las manos y cerró los ojos, respirando hondo. Pero justo cuando estaba a punto de rendirse al agotamiento, un ruido detrás de ella la sacó de su ensimismamiento.

Un crujido.

Se giró rápidamente con el corazón golpeando fuerte contra su pecho, pero no vio nada.

La habitación estaba en penumbra, iluminada únicamente por una lámpara en su mesita de noche.

Las sombras danzaban en las esquinas, alargadas y borrosas, y el silencio que siguió al ruido se sintió opresivo.

—¿Hola? —preguntó con voz temblorosa, pero nadie respondió.

¿Quién iba a hacerlo?

Ya nunca escucharía el sonido de las llaves que indicaba que David había llegado.

Ni el tono de su voz que mostraba si su día había sido bueno, malo o regular.

Se levantó con esfuerzo.

El cansancio acumulado, haciéndole más difícil moverse con rapidez.

Caminó hasta la puerta de la habitación y miró hacia el pasillo.

Nada.

Todo estaba en calma, o al menos lo parecía.

Tragó saliva y cerró la puerta de nuevo, tratando de convencerse de que había sido su imaginación. Estaba cansada y confusa.

Todo esto era fruto de su mente agotada, nada más.

Volvió a sentarse, dejando escapar un suspiro.

Sin embargo, antes de que pudiera retomar su tarea, una voz resonó detrás de ella.

Era clara, suave y demasiado familiar.

—No te preocupes, Bea. Todo terminará pronto.

Se congeló.

Esa voz.

Una voz que conocía, una voz en la que hasta hacía muy poco había confiado.

Giró la cabeza de golpe y lo vio. Una figura que se acercaba lentamente, con pasos calculados, con una calma que le resultó perturbadora.

—¿Qué haces aquí? —logró decir con un hilo de voz—. Fuiste tú…

La figura sonrió, inclinándose ligeramente hacia ella, con una expresión que en otro momento le habría resultado tranquilizadora.

Ahora le parecía inquietante.

Alarmantemente perturbadora.

—Tranquila, Bea. Estoy aquí para ayudarte.

Intentó levantarse, pero sus piernas no respondieron como esperaba. El somnífero estaba ganando la batalla contra su voluntad. Su cuerpo se sentía pesado, sus brazos como si estuvieran atrapados bajo el agua.

—¿Por qué…? —susurró, su voz apagándose a medida que su visión comenzaba a volverse borrosa.

La figura dio otro paso hacia ella, agachándose para quedar a su altura.

—Shhh… No pienses en eso ahora. —La voz era suave, casi cariñosa, mientras sacaba un pequeño frasco del bolsillo.

—Pero…

—Te lo advertí, te dije que te mataría si abrías la boca.

—Pero yo… no… he dicho nada.

—No, pero lo harás. O bueno, lo habrías hecho…

Beatriz quiso gritar, moverse, hacer algo, pero el cansancio había ganado.

Solo pudo observar, impotente, cómo las manos de la figura abrían el frasco y sacaban varias pastillas.

Su boca fue forzada a abrirse, y las pastillas bajaron por su garganta acompañadas de un vaso de agua que no recordaba haber visto cerca.

¿Lo llevaría esa persona encima?

Todo se desvaneció.

Cuando el silencio volvió a apoderarse de la habitación, la figura se quedó junto al cuerpo inerte de Beatriz, observándola con una mezcla de frialdad y cálculo.

Todo debía parecer perfecto, un escenario que no dejara lugar a dudas.

Con movimientos meticulosos, buscó un bolígrafo y un papel en el escritorio.

Lo siento mucho, pero no puedo seguir viviendo con este peso. Fui yo, yo maté a David porque no podía soportar lo que me hizo, porque me traicionó de la peor manera posible. Él me destruyó, y ahora yo he destruido todo lo que era. Lo siento mucho. La rabia se apoderó de mí y no me pude controlar. Aproveché la despedida de soltero de David y que sus amigos al final no salieron de acampada para hacerle ir a ese lugar y acabar con su vida de un disparo en el pecho.

La figura dejó el bolígrafo y repasó la nota, asegurándose de que todo estuviera en orden. Entonces firmó con la mano izquierda, un detalle simple, pero crucial. Tanto la figura como Beatriz eran zurdas, y ambos lo sabían. Eran los únicos del grupo en serlo.

Tras revisar el escenario una última vez, la figura apagó la lámpara, dejando la habitación en penumbra. Salió con pasos silenciosos, cerrando la puerta tras de sí, y desapareció en la oscuridad de la noche.

En la habitación quedó el cuerpo inerte de Beatriz, rodeado de cajas a medio llenar y recuerdos a medio borrar, con una carta cuidadosamente escrita que contaría una mentira devastadora.

Una mentira que, de alguna manera, encajaba demasiado bien con la verdad que todos esperaban.

Una verdad que, de no ser por esta anciana señora, aquí presente, seguiría siendo la única verdad.

Menos mal que estaba yo para salvar el recuerdo de esa pobre muchacha.

10

Tres días y quince horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

La sala de interrogatorios de la comisaría tenía un aire frío e impersonal, diseñado para incomodar a quienes pasaban por ella. Paquito y Alfredo estaban sentados en lados opuestos de la mesa, con un bloc de notas y un vaso de agua a su disposición.

Bea fue la primera en entrar, con el rostro pálido y ojeras marcadas que hablaban de noches sin dormir. Paquito la invitó a sentarse con un gesto, mientras Alfredo se reclinaba en su silla con los brazos cruzados.

—Beatriz —comenzó Paquito, con un tono que intentaba ser amable pero directo—. Sabemos que esta situación es difícil, pero necesitamos que responda algunas preguntas.

Bea asintió lentamente, frotándose las manos como si necesitara calmarse.

—Claro. Pregunten lo que necesiten.

Paquito lanzó una mirada rápida a Alfredo antes de continuar.

—Hemos hablado con sus amigos y sabemos que David dejó la despedida de soltero temprano. Según nos contó, usted estaba en casa esa noche, ¿correcto?

—Sí —respondió Bea, sin mirarlos directamente—. Me quedé sola en casa. Estaba esperando a que él volviera.

—¿Había algún motivo por el que se preocupara? —preguntó Alfredo, rompiendo su silencio con un tono más seco.

Bea negó con la cabeza.

—No al principio. Pero cuando pasaron las horas y no volvía… pensé que algo le había pasado.

—¿Habló con alguien más esa noche? —intervino Paquito.

—Llamé a Delia y a Jaime cuando no pude localizar a David. Quería saber si sabían algo. Y después de eso, llamé a la policía.

Alfredo dejó escapar un leve resoplido, aunque no lo suficientemente fuerte como para que Bea lo notara.

—Claro, pero eso fue al día siguiente, dejó pasar toda la noche y todo el día antes de llamar a nadie. ¿Era normal que David estuviera tanto tiempo fuera?

—No, para nada, pero era su despedida de soltero y no sabía exactamente cuál era el plan. Se lo llevaron por la tarde, y esperaba que volviera en algún momento del día siguiente. Llegó la noche y todavía no estaba, y, al acostarme y despertarme a mitad de la noche, pensé que ya era demasiado raro.

—O sea, que se va a dormir sin preocuparse y se levanta unas pocas horas después y ahí sí, ahí ya tocaba preocuparse —dijo Alfredo con tono jocoso.

—Bueno, no sé, yo… o sea, sí que me parecía raro, pero cuando ya era de madrugada ya era imposible. Y cuando llamé a Jaime y me dijo que él se había ido el día anterior en mitad de la noche y que pensaban que se había ido a casa, es cuando llamé a la policía

Paquito inclinó la cabeza, observándola con atención.

—¿Y qué hay de las denuncias que nunca llegaron a presentarse? Algunos testigos han mencionado que David la golpeó.

Bea apretó los labios, evitando responder de inmediato.

—Eso no es cierto —dijo finalmente, con una voz que apenas era un susurro—. Ya se lo dije a Delia. Fue un ladrón que entró en casa, no David. Incluso pusimos una denuncia. Él no me puso la mano encima, nunca lo hizo.

—Muy bien, Beatriz, ¿hay alguien que pueda confirmar que estuvo en casa toda la noche?

Ella negó con la cabeza.

—No, estaba yo sola.

—Muy bien —dijo Paquito con una idea formándose en la mente.

11

Tres días, catorce horas y treinta minutos antes del entierro de Beatriz Montalbán

Rubén entró a la sala de interrogatorios con el mismo aire de tranquilidad que había mostrado en el resto del día. Aunque sus ojos revelaban el cansancio acumulado, su postura era relajada, como si hubiera preparado mentalmente cada respuesta. Se sentó frente a Paquito y Alfredo, cruzando los brazos sobre la mesa metálica.

—Señor Galán, gracias por venir —dijo Paquito, tomando la libreta para anotar lo necesario —. Esto no debería llevar mucho tiempo, solo queremos aclarar un par de cosas sobre la noche en que David desapareció.

—Claro, lo que necesitéis —respondió Rubén, acomodándose en la silla.

Paquito revisó sus notas antes de levantar la vista.

—Entendemos que usted conocía a David desde hacía años, a través de Jorge, ¿no?

Rubén asintió.

—Sí. Jorge y yo nos conocimos en la universidad, estudiamos periodismo juntos. David era su amigo de toda la vida, así que poco a poco terminé formando parte del grupo.

—¿Qué tal era su relación con él? —preguntó Alfredo, sin levantar la vista de su bloc de notas.

—Buena. No éramos los mejores amigos, pero nos llevábamos bien. Nos conocíamos desde hacía muchos años y nunca tuvimos problemas. Los dos éramos parte del grupo.

Paquito tomó el relevo, inclinándose hacia adelante.

—Según nos ha contado, esa noche estaba en casa de Carlos con el resto del grupo ¿a qué hora se fue? —preguntó Alfredo, levantando finalmente la mirada para fijarla en Rubén.

Rubén reflexionó un momento antes de responder.

—Diría que entre las dos y las tres de la mañana. Fue el primero en irse. Nosotros nos quedamos.

—¿Cómo lo vio cuando se fue? —preguntó Paquito, con un tono que pretendía parecer casual pero cargado de intención.

—Normal. No parecía preocupado ni nada. Dijo que tenía sueño y que prefería marcharse. Pero, vamos, que se lo había pasado de puta madre.

—¿Había bebido?

—Era una despedida de soltero, no, mejor, era su, despedida de soltero, claro que había bebido.

—¿Y dejasron que se fuera en coche?

—No, claro que no, nosotros fuimos a por él a su casa en el coche de Jaime, no podía irse en coche. Dijo que pillaría un taxi.

—¿Y sabe cómo pudo aparecer su coche en el lago cerca de donde lo encontraron?

—No, ni idea, solo puede ser que fuera en taxi hasta su casa y que de ahí cogiera el coche, pero es raro.

—¿Si fuera así alguien lo sabría?

—La única persona que estaba en su casa era Bea, pero a esas horas estaría durmiendo.

—Claro.

Paquito anotó algo en su libreta, mientras Alfredo retomaba la conversación.

—¿Y ustedes? ¿Qué hicieron después de que él se fuera?

—Nos quedamos en casa de Carlos. Hablamos, bebimos un poco más, pero nada fuera de lo común. Jaime se fue al día siguiente a comer con sus suegros. Jorge se marchó más tarde, con Sara. Yo me quedé con Carlos porque él no se encontraba bien. Había bebido bastante y preferí quedarme para asegurarme de que estaba bien.

—¿Y avisó a alguien de quese quedaría? —preguntó Paquito, levantando una ceja.

—Sí, le mandé un mensaje a Inés, mi novia. Le dije que me quedaría en casa de Carlos hasta que se sintiera mejor.

Alfredo se inclinó hacia atrás en su silla, cruzando los brazos mientras estudiaba a Rubén.

—¿A qué hora se fue finalmente?

—A eso de las tres o cuatro de la tarde. Carlos ya estaba mejor, así que me fui a casa.

—¿Notó algo raro en David durante la despedida? Algo fuera de lo habitual —preguntó Paquito, observándolo con atención.

Rubén negó con la cabeza.

—Nada raro. Estuvo bien durante toda la noche. Habló con todos, bebió un poco, pero no más de la cuenta.

—¿Y qué opina de lo que le pasó? —preguntó Alfredo, con un tono más inquisitivo.

Rubén exhaló profundamente, dejando escapar un leve suspiro.

—Es una locura. No sé quién podría haberle hecho algo así. Todos estábamos preocupados cuando desapareció, y lo de ahora… encontrarlo muerto… es increíble. Nunca lo vi cómo alguien que se mete en líos, pero claro, después de lo de Bea.

Paquito asintió lentamente, anotando algo más en su libreta antes de cerrar el bolígrafo. Sabía a qué refería a la perfección.

—Una última cosa. Dice que se quedó con Carlos hasta que se sintió mejor. ¿Le parece que alguien más pudo haberse ido sin que lo notara?

Rubén negó con firmeza.

—Cuando me quedé con Carlos ya era al día siguiente y todos se habían ido. Y durante la noche nadie se fue, además en el salón dormíamos Jorge y yo. Y ni él se fue ni me fui yo. Y si Jaime o Carlos hubieran salido nos habrían pasado por al lado.

Paquito y Alfredo intercambiaron una mirada breve antes de dar por terminado el interrogatorio.

—Gracias, señor Galán. Por ahora es todo. Si necesitamos algo más, le llamaremos.

Rubén asintió y se levantó con calma, saliendo de la sala con una postura relajada, aunque la tensión en sus hombros delataba que la situación no le resultaba tan sencilla como pretendía

mostrar.

Cuando la puerta se cerró tras él, Alfredo dejó caer su bolígrafo sobre la mesa y se recostó en la silla.

—Tiene coartada, igual que los demás.

Paquito asintió, aunque frunció el ceño mientras miraba la puerta por la que Rubén acababa de salir.

Los dos se quedaron en silencio, el eco de las palabras de Rubén resonando en sus cabezas mientras intentaban encajar las piezas del caso. Todos parecían tener coartadas.

12

Tres días y catorce horas minutos antes del entierro de Beatriz Montalbán

Delia entró en la sala con el porte firme, aunque sus ojos revelaban el cansancio de los últimos días. Saludó con un leve movimiento de cabeza a Paquito y Alfredo antes de sentarse frente a ellos. La silla metálica crujió ligeramente bajo su peso, pero ella no se inmutó.

—Gracias por venir —dijo Paquito, abriendo su libreta y tomando el bolígrafo.

—No hay de qué —respondió Delia, colocando las manos entrelazadas sobre la mesa. Su voz era controlada, pero había un ligero temblor en su tono.

Alfredo se inclinó hacia adelante.

—Entendemos que la señora Montalbán la llamó la noche en que David desapareció. Cuéntenos exactamente qué pasó después de esa llamada.

Delia asintió, respirando hondo antes de hablar.

—Era tarde, alrededor de las tres de la mañana. Yo ya estaba dormida cuando sonó mi teléfono. Era Bea… estaba muy nerviosa. Me dijo que David no había vuelto de la despedida de soltero y que no contestaba el teléfono.

Paquito la observó atentamente mientras tomaba notas.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Me dijo que estaba preocupada, que eso no era algo normal en él. Insistía en que algo había pasado.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó Alfredo, sin apartar los ojos de ella.

—Primero intenté calmarla, pero no conseguí tranquilizarla. Así que desperté a Jaime y decidimos usar la función de "Buscar mi iPhone" para localizar el móvil de David. Él me dijo que no sabía nada de David desde el día anterior. Que se había ido nada más terminar la despedida en mitad de la noche y que el resto se habían quedado a dormir en casa de Carlos.

—Y ese rastreo les llevó hasta el lago —intervino Paquito, asentando la cabeza como si confirmara un dato que ya sabía.

—Sí, exactamente. Fuimos en el coche de Jaime hasta el lugar donde la aplicación indicaba que estaba el móvil.

Alfredo levantó una ceja, intrigado.

—¿Qué encontraron cuando llegaron?

—El coche de David, ahí al lado del lago. Estaba cerrado, pero Bea tenía las llaves, así que lo abrió.

Paquito inclinó la cabeza, curioso.

—¿Qué había dentro?

—Su móvil, apagado, en el asiento del copiloto. Revisamos todo lo que pudimos: la guantera, los asientos… No había rastro de él.

—¿Y entonces llamaron a la policía? —insistió Alfredo, inclinándose hacia atrás.

—Sí, Bea fue quien llamó. Pensamos que era lo mejor en ese momento.

—Bueno, lo mejor habría sido comentar lo del GPS a la policía antes de ir por su cuenta, pero bueno.

Paquito dejó de escribir por un momento y fijó su mirada en Delia.

—Señora Segura, sabemos que usted no tenía una buena opinión del señor Linares. ¿Es correcto?

Delia tensó la mandíbula, pero mantuvo la compostura.

—Así es, aunque es algo reciente. Hasta hace poco era uno de mis mejores amigos, desde que Jorge lo metió en el grupo cuando iban juntos a clase.

—¿Por qué el cambio? —preguntó Alfredo, cruzando los brazos.

—Porque sabía que le pegaba a Bea. Nunca lo admitió, pero yo lo sabía.

—¿Cómo llegó usted a esa conclusión? —insistió Paquito, con un tono más severo.

—Hace unas semanas Bea apareció con un golpe en la cara. Dijo que había sido un ladrón, pero no me lo creí. Desde entonces, mi relación con él se enfrió completamente.

Paquito intercambió una mirada rápida con Alfredo antes de continuar.

—¿Dónde estuvo usted el día en que David desapareció?

—Con mis padres. Pasé todo el día en su casa. Jaime llegó a la hora de comer y se quedó conmigo.

Alfredo levantó la barbilla, evaluándola con la mirada.

—¿Puede alguien confirmar su coartada?

—Mis padres y mi hermana.

Paquito asintió, anotando algo más en su libreta.

—Entonces, ¿usted no vio al señor Linares en ningún momento ese día?

—No. La última vez que lo vi fue hace días, antes de la despedida de soltero.

—¿Notó algo extraño en su comportamiento? —preguntó Alfredo, con voz firme.

Delia negó con la cabeza.

—No, nada. Estaba como siempre.

Paquito dejó el bolígrafo sobre la mesa, inclinándose hacia atrás.

—Una última pregunta, ¿cree usted que Beatriz pudo haber hecho algo al señor Linares?

Delia dudó un instante antes de responder, mirando fijamente a Paquito.

—No. Bea no sería capaz de algo así.

—¿Está completamente segura? —insistió Alfredo, fijando sus ojos en ella.

—Sí, completamente. David la destrozó, pero ella no lo mató.

Paquito cerró su libreta y se inclinó hacia adelante.

—Gracias, señora Segura. Por ahora es suficiente. Si necesitamos algo más, nos pondremos en contacto con usted.

Delia asintió y se levantó de la silla con calma, ajustándose la chaqueta antes de dirigirse a la puerta.

—Espero que encuentren al culpable.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Alfredo soltó un leve suspiro, dejando caer el bolígrafo sobre la mesa.

—Tiene coartada, y todo lo que dice encaja.

—Sí —respondió Paquito, con el ceño fruncido—. Pero no puedo quitarme de la cabeza el evidente desprecio que sentía por David.

13

Tres días, trece horas y cuarenta minutos antes del entierro de Beatriz Montalbán

Jaime entró en la sala con una expresión tensa pero controlada. Saludó con un leve asentimiento a mi hijo Paquito y su compañero Alfredo antes de sentarse en la silla frente a ellos. Colocó las manos sobre la mesa, entrelazándolas con fuerza, como si intentara mantener la calma a pesar de la incomodidad evidente en sus gestos.

—Gracias por venir, señor Correa —dijo Paquito mientras abría su libreta y preparaba el bolígrafo.

—No hay de qué —respondió Jaime, con un tono seco.

—Entendemos que estuvo en la despedida de soltero de David Linares. ¿Puede contarnos lo que pasó esa noche? —preguntó Paquito, yendo directamente al grano.

Jaime asintió lentamente, recordando la noche en cuestión.

—Sí, estuvimos en casa de Carlos, todos los amigos. David llegó temprano y estuvo con nosotros durante varias horas, pero se fue antes que los demás, entre las dos y las tres de la madrugada.

—¿Recuerda si dijo adónde iba? —preguntó Alfredo, ladeando la cabeza.

—No, no lo dijo. Simplemente se levantó y se despidió. Dijo que estaba cansado y que prefería marcharse a descansar. Que se lo había pasado genial pero que ya era hora de irse.

Paquito hizo una anotación rápida antes de seguir.

—¿Y usted qué hizo después de que David se marchara?

—Me quedé un rato más con los demás. Después me fui a dormir allí, en la habitación de invitados mientas que Rubén y Jorge durmieron en el salón.

—¿Qué hizo al día siguiente? —preguntó Alfredo, fijando la mirada en Jaime.

—Me levanté tarde porque era ya de madrugada cuando nos acostamos, me duché y fui directamente a casa de mis suegros. Teníamos una comida familiar.

Paquito levantó la vista de su libreta.

—¿A qué hora se fue de casa de Carlos?

—A eso de las dos y media o tres de la tarde, creo —dijo el muchacho no muy convencido, lógico.

Alfredo se inclinó hacia adelante, entrelazando los dedos sobre la mesa.

—Señor Correa, ¿tiene alguna idea de por qué David fue al lago? ¿Alguna vez mencionó ese lugar?

Jaime negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—No tengo ni idea. Nunca lo mencionó y, hasta donde sé, no era un lugar que frecuentara.

—¿Sabe qué podría estar haciendo allí? —preguntó Paquito, observándolo con atención.

—No. Es una de las cosas que más me desconciertan porque era cerca de donde íbamos a hacer la despedida pero al final cambiamos de opinión por el tiempo. Iba a hacer más frío del que pensábamos y nos dio pereza ir de acampada.

Paquito asintió antes de cambiar de tema.

—¿Sabe si David tenía enemigos? ¿Alguien que quisiera hacerle daño?

Jaime dudó un instante antes de responder.

—No que yo sepa.

—¿Y usted qué opinaba de él? —preguntó Paquito.

Jaime apretó los labios, como si dudara en responder.

—Era uno de mis mejores amigos.

Paquito observó a Jaime durante unos segundos antes de hablar.

—¿Y qué hay de Bea? ¿cree que ella podría haberle hecho algo? —preguntó Alfredo, con un tono más incisivo.

Jaime parpadeó, sorprendido por la pregunta.

—Bea… no creo que ella pudiera hacerlo.

Paquito cerró su libreta lentamente, dándole a Jaime una mirada evaluadora.

—¿Hay algo más que crea que deberíamos saber?

—No, eso es todo lo que sé —respondió Jaime con un leve encogimiento de hombros.

Paquito asintió, indicando con un gesto que el interrogatorio había terminado.

—Gracias, señor Correa. Por ahora es suficiente. Si necesitamos algo más, nos pondremos en contacto.

14

Tres días, trece horas y dos minutos antes del entierro de Beatriz Montalbán

Jorge entró a la sala de interrogatorios con los hombros rectos y una expresión neutra. Saludó con un breve movimiento de cabeza a Paquito y Alfredo antes de sentarse frente a ellos. Sus manos descansaban sobre la mesa metálica, entrelazadas, mientras trataba de proyectar calma.

—Gracias por venir, señor Hurtado —dijo Paquito mientras abría su libreta y ajustaba su bolígrafo.

—No hay de qué —respondió Jorge con un tono bajo.

—Entendemos que estuvo en la despedida de soltero de David Linares. ¿Puede contarnos qué pasó esa noche? —preguntó Paquito, con un tono tranquilo pero directo.

Jorge asintió ligeramente, repasando los eventos en su mente antes de hablar.

—Sí, estuvimos en casa de Carlos. David estuvo con nosotros unas horas, desde que fuimos a recogerle a su casa. Fue el primero en irse, a eso de las dos o las tres de la madrugada.

—¿Y usted qué hizo después de que él se marchó? —preguntó Alfredo, anotando algo en su libreta.

—Nos quedamos los demás. Seguimos bebiendo un poco más, hablando… Nada fuera de lo común. Luego, cada uno buscó dónde dormir.

—¿Dónde durmió usted? —insistió Alfredo.

—En el sofá. Carlos estaba en su habitación, Rubén también se quedó allí, y Jaime ocupó la habitación de invitados. Todos nos quedamos hasta el día siguiente.

Paquito asintió, escribiendo en su libreta antes de levantar la vista.

—¿A qué hora se marchó al día siguiente?

—A eso del mediodía.

Alfredo levantó la mirada, evaluándolo.

—Señor Hurtado, sabemos que Sara mantuvo una relación con David. ¿Cómo se sintió usted al respecto?

Jorge tensó la mandíbula, pero respondió con calma.

—Me dolió, claro. Nadie quiere enterarse de algo así.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Paquito, inclinándose hacia adelante.

—Lo descubrí hace poco. Revisé unos mensajes en su móvil. Era evidente, aunque ella intentó negarlo al principio.

—¿Confrontó usted a David sobre esto? —preguntó Alfredo, ladeando ligeramente la cabeza.

—No. Decidí que no valía la pena.

—¿Y a Sara? —preguntó Paquito.

Jorge asintió, bajando un poco la mirada.

—Sí. Hablé con ella. No fue una conversación fácil, pero ya tenía claro que nuestra relación estaba rota.

Paquito levantó una ceja, intrigado.

—¿Por qué no cortó con ella inmediatamente?

Jorge respiró hondo, como si quisiera ordenar sus palabras.

—Porque no quería arruinar la despedida de soltero. Sabía que era importante para todos, así que decidí esperar a que pasara para terminar las cosas.

—¿Cómo describiría su relación con David antes de todo esto? —preguntó Alfredo, con un tono más relajado.

—Éramos amigos desde hace años. Lo conocí en la universidad. Éramos muy buenos amigos.

—¿Tenía usted algún problema con él, aparte de lo de Sara? —preguntó Paquito.

Jorge negó con la cabeza.

—No, eso fue lo único.

Paquito escribió algo más en su libreta antes de levantar la mirada.

—¿Cree que alguien de su grupo podría haberle hecho daño a David?

Jorge pareció dudar por un momento, pero negó con la cabeza.

—No lo creo. Todos teníamos nuestras diferencias entre nosotros, supongo que como todo el mundo, pero eso es todo.

—¿Y qué opina de Bea? —preguntó Alfredo, cambiando el enfoque.

—¿Bea? No sé… no creo que pudiera hacer algo así.

Paquito cerró su libreta lentamente y se inclinó hacia atrás en su silla.

—Señor Hurtado, ¿hay algo más que crea que debamos saber?

Jorge negó con firmeza, mirándolo directamente.

—No, eso es todo lo que sé.

—Muy bien. Por ahora es suficiente —dijo Paquito, indicándole que podía levantarse.

Jorge se puso de pie, ajustándose la chaqueta antes de dirigirse a la puerta.

Cuando la puerta se cerró tras él, Alfredo dejó escapar un leve suspiro mientras se recostaba en la silla.

—Tiene coartada, pero no se puede ignorar lo de Sara. Es un buen motivo para odiar a David.

Paquito asintió, con la mirada fija en sus notas.

—Eso es cierto, pero por ahora todo en su historia encaja.

—Encaja demasiado bien, si me preguntas. Aunque si se quedó en casa de Carlos toda la noche, no pudo ser él.

Paquito cerró la libreta y dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Habrá que seguir investigando. Algo me dice que aún no sabemos todo lo que pasó esa noche.

15

Tres días, doce horas y veinte minutos antes del entierro de Beatriz Montalbán

Carlos Nieto estaba sentado frente a Paquito y Alfredo, moviendo las manos inquietas sobre sus rodillas. La sala de interrogatorios, con sus paredes grises y la luz fría del fluorescente, parecía empequeñecerlo más de lo que ya lo hacía su postura encorvada. Su mirada estaba fija en la mesa metálica, como si en ella pudiera encontrar las respuestas que él mismo no tenía.

O más bien, que no quería encontrar.

Paquito observaba a Carlos con el rostro sereno mientras abría su libreta, dejando que el silencio inicial hiciera su trabajo. Alfredo, por otro lado, estaba recostado en su silla, con los brazos cruzados.

—Gracias por venir, señor Nieto —dijo Paquito, rompiendo finalmente el silencio.

Carlos levantó la vista, asintiendo lentamente.

—De nada… aunque no estoy seguro de que pueda ayudar mucho.

—Eso lo veremos —respondió Alfredo, con tono seco.

Paquito tomó el bolígrafo y se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Sabemos que la noche de la despedida de soltero fue en su casa. Queremos que nos cuente qué recuerda de esa noche.

Carlos soltó un suspiro, encogiéndose de hombros.

—Sinceramente, no mucho. Bebí bastante, más de lo que suelo hacerlo, y las cosas están un poco borrosas.

—Empiece por lo que recuerde, aunque sean detalles pequeños —insistió Paquito, anotando mientras hablaba.

Carlos se pasó una mano por el pelo, intentando ordenar sus pensamientos.

—Pues… todos estábamos en mi casa. Estuvimos bebiendo, charlando… Lo típico. Pero después de un rato… ya no sé. Perdí la noción del tiempo.

—¿Recuerda a qué hora se fue David? —preguntó Alfredo, inclinándose hacia adelante.

Carlos negó con la cabeza.

—No. Cuando me desperté al día siguiente, él ya no estaba.

—¿Y qué hay del resto? —preguntó Paquito, anotando algo más en su libreta.

—Cuando abrí los ojos, Rubén estaba conmigo. Jorge y Jaime ya se habían ido.

—¿A qué hora se despertó? —preguntó Alfredo.

—Sobre dos o las tres, creo. Me sentía fatal… por la resaca. Rubén estaba allí y me dijo que Jorge y Jaime se habían marchado hacía poco, pero no hablamos mucho más.

Paquito levantó la mirada, evaluando sus palabras.

—¿Diría que bebió lo suficiente como para no recordar bien lo que pasó esa noche?

Carlos asintió, apretando los labios.

—Sí, es probable. Bebí más de la cuenta, eso seguro. No es la primera vez que me pasa, aunque siempre me digo que será la última.

Alfredo cruzó los brazos, observándolo con atención.

—¿Notó algo raro en David esa noche? ¿Algún comportamiento extraño?

Carlos negó con la cabeza rápidamente.

—No, nada. Parecía normal.

—¿Cómo era su relación con él? —preguntó Paquito, cambiando ligeramente el enfoque.

Carlos dudó un momento antes de responder.

—Muy bien, éramos muy buenos amigos, incluso le pedí dinero y no dudó en dejármelo.

—¿Dinero? ¿cuánto dinero?

—Unos cinco mil euros. Acababa de comprarme la licencia del taxi y iba un poco justo.

—Comprendo, ¿y no llegó a devolvérselo?

—No, a David le iba bien, no parecía preocuparle.

Paquito asintió, tomando nota.

—¿Sabía que Sara, la novia de Jorge, tenía una relación con David?

Carlos abrió los ojos con sorpresa, quedándose un momento en silencio antes de hablar.

—¿Qué? No tenía ni idea… ¿De verdad?

—Sí. ¿Nunca notó nada raro entre ellos? —preguntó Alfredo, evaluando su reacción.

—No, para nada. Si eso pasó, lo mantuvieron bien escondido.

Paquito dejó el bolígrafo sobre la mesa y lo miró fijamente.

—Carlos, sabemos que había rumores de que David le pegaba a Bea. ¿Qué puede decirnos sobre eso?

Carlos desvió la mirada hacia la pared, apretando las manos sobre la mesa.

—Siempre pensé que eran solo eso, rumores. Pero… Bea estaba rara últimamente, más callada. Si era verdad, nunca lo dijo, y yo no quise meterme donde no me llamaban.

—¿Cree que ella podría haberle hecho algo? —preguntó Alfredo, con un tono más directo.

Carlos negó con firmeza, aunque parecía algo inseguro.

—No.

Paquito observó a Carlos por unos instantes antes de hablar.

—¿Hay algo más que crea que debamos saber?

Carlos negó con la cabeza, apretando los labios.

—No. Eso es todo lo que recuerdo.

Paquito cerró la libreta, indicando con un gesto que el interrogatorio había terminado.

—Gracias, señor Nieto. Si necesitamos algo más, nos pondremos en contacto.

Cuando salió de la sala, Alfredo soltó un leve resoplido mientras se recostaba en la silla.

—Este no sabe nada. Está claro.

—No, no sabe —respondió Paquito, con el ceño fruncido—. Pero su falta de memoria deja un vacío importante. Si alguien de ese grupo sabe más, Carlos no es quien nos lo va a decir.

—Eso está claro. Pero ese vacío que deja… alguien lo tiene que llenar.

16

Más o menos una semana antes de que Rosa Guerrero despertara en el interior de un coche que era igual que el suyo, pero que en realidad no lo era, dentro de un garaje que era igual que el suyo, pero que realmente no lo era, un hombre de unos sesenta y cinco años vestido con un traje negro, chaleco y pajarita, elaboraba una lista de nombres para cuando la señorita Larson regresara a casa.

En ese momento, él debía haberle preparado un listado de objetivos aceptables, colocados en filas por distintos tipos de orden.

Delitos cometidos.

Dificultad.

Perseguidos o no por la ley.

Investigados o no por la ley.

Y así unas diez columnas más que a Nicholas le parecían importantes.

En esa lista había ya varios nombres. Algunos de ellos, personas que se habían librado del sistema gracias al dinero.

Era curioso, ya que justamente el dinero de la señorita Larson era lo que los iba a hacer caer.

Bueno, el dinero, y sus necesidades básicas innombrables. Claro está.

Pero bueno, sin duda el dinero era una de las razones de su futura caída.

En la lista había violadores.

Un par de asesinos.

Una mujer que había robado niños hacía cuarenta años en hospitales para venderlos a familias ricas que no podían procrear.

Un terrorista.

Un timador.

Ladrones.

Atracadores de bancos.

Bueno, una gran cantidad de escoria humana.

Pero en la lista y orden en el que Nicholas los dividía, no solo importaban los delitos cometidos por ellos, sino también, un castigo acorde a su acción.

Para la señorita Larson, ser capaz de adivinar qué castigo era el indicado para cada delito era todo un martirio.

Y mira que lo llevaban trabajando años.

Incluso con juegos de quién es quién, con preguntas y respuestas.

Y, aunque había mejorado enormemente, seguía siendo difícil para ella el hecho de decidir.

Si la dejaba por su cuenta, era capaz de cortar en cachitos a un timador y de destrozar el parabrisas a un asesino en serie.

Pero bueno, para eso estaba el bueno de Nicholas. Para guiarla.

Cuando hubo terminado su lista con toda la información que llevaba recopilando semanas, la dejó en su habitación para cuando la señorita regresara de su castigo a su actual víctima, el señor Daniel Ayala.

En este caso, el castigo, sin duda alguna, era adecuado.

Ese hombre era una verdadera vergüenza para la humanidad.

Dejaría que revisara todos los nombres, aunque dejó uno en la parte arriba de la lista.

Una mujer que mataba a mujeres y coleccionaba sus cabezas en tarros.

Una mujer que Nicholas desconocía que estaba a menos de una semana de ser elegida por "La Experiencia"

17

Tres días y veinte horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El laboratorio forense estaba en silencio, salvo por el leve zumbido de las luces fluorescentes.

Paquito y Alfredo entraron despacio, con la tensión del día reflejada en sus rostros.

El doctor Estévez, siempre impecable con su bata blanca y sus gafas de pasta, estaba esperando junto al cuerpo de David, cubierto por una sábana blanca.

La mesa metálica parecía aún más fría bajo la luz brillante.

—Hola chicos, gracias por venir —dijo Estévez, ajustándose las gafas con la muñeca antes de señalar el informe que tenía en la mano—. Tengo los primeros resultados.

—A ver, suéltalo —dijo Alfredo, mientras se apoyaba en la pared cruzándose de brazos.

Estévez levantó la sábana con cuidado, dejando al descubierto el torso del cuerpo de David. Había una única herida visible en el pecho, rodeada por un hematoma oscuro.

—La víctima tiene un único disparo en el pecho, justo a la altura del corazón. Fue a corta distancia. La bala no atravesó ningún órgano vital de forma inmediata, pero causó una hemorragia interna que resultó letal. Muerte rápida, probablemente en cuestión de minutos.

Paquito se inclinó un poco para mirar más de cerca, con las manos en los bolsillos.

—¿Qué calibre?

—Un calibre pequeño, probablemente un 22 —respondió Estévez, colocando la sábana de nuevo sobre el cuerpo—. No es un arma común para este tipo de asesinatos, pero puede ser letal si el disparo es certero.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el agua? —preguntó Alfredo desde su posición.

Estévez se giró hacia una pantalla donde mostraba una gráfica con datos.

—Basándome en el estado del cuerpo, puedo decir que lo lanzaron al agua menos de una hora después de morir. Pero no murió ahogado. La poca agua en los pulmones es post-mortem, simplemente por el tiempo que estuvo en el lago.

Paquito cruzó los brazos, con el ceño fruncido.

—¿Murió donde lo encontramos?

—Es difícil asegurarlo al cien por cien —dijo Estévez, girándose hacia ellos—. Es probable que lo lanzaran al agua cerca del lugar donde lo hallaron. Aunque el agua pudo mover el cuerpo, no creo que haya ido demasiado lejos.

Alfredo asintió, pensativo, mientras tamborileaba los dedos en la pared.

—¿Y señales de lucha?

Estévez negó con la cabeza.

—Nada. Ni cortes, ni moretones recientes, ni marcas de sujeción. Todo indica que no opuso resistencia.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Paquito.

—Entre las seis y las ocho de la madrugada —respondió el forense, volviendo a ajustar sus gafas—. Y como dije, fue menos de una hora después de morir cuando el cuerpo entró al agua. Probablemente al amanecer.

Paquito intercambió una mirada con Alfredo, quien echaba de vez en cuando un ojo a su móvil.

—Entonces, lo mataron rápido, lo movieron todavía más rápido y lo tiraron al agua. Todo parece bastante… eficiente —comentó Alfredo.

—Eficiente, sí —admitió Estévez—. Pero aún hay incógnitas. Estoy analizando muestras de tejido para buscar restos de pólvora o sustancias químicas que puedan darnos más pistas. También he enviado la bala a balística. Os informaré en cuanto tenga algo.

Paquito asintió con un gesto agradecido.

—Gracias, Estévez. Haznos saber si encuentras algo más.

Cuando salieron del laboratorio, Alfredo y Paquito se dirigieron a sus mesas y de camino se encontraron con Larson y Sánchez, que llegaban del aviso que habían recibido con un par de detenidos y un cabreo del demonio.

—Un disparo directo, sin señales de lucha, cuerpo al agua… Esto no tiene pinta de improvisación —dijo Alfredo, mirando al horizonte y diciendo algo con cierto sentido por primera vez desde que lo conozco.

—No, pero un 22 no es el arma que usaría un profesional. Esto tiene algo raro —respondió Paquito, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo.

Alfredo dio una calada larga y soltó el humo con lentitud.

—Bueno, raro o no, esto se pone interesante.

—Interesante no es la palabra que yo usaría, la verdad…—murmuró Paquito.

En cambio, yo sí, porque otra cosa puede que no, pero el caso interesante, era.

Vamos que si lo era.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alfredo sentándose sobre su silla con la ayuda de un suspiro.

—Vamos a hablar con sus amigos y con su novia, a ver si alguien sabe algo.

18

Cuatro días y dos horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El bullicio habitual de la comisaría se sentía más apagado aquella tarde. Mi hijo Paquito y su compañero Alfredo entraron por la puerta principal.

El *hall* estaba lleno de movimiento: agentes respondiendo llamadas, redactando informes y siguiendo procedimientos, pero todo parecía moverse a un ritmo más lento de lo habitual. La aparición del cuerpo de David Linares había teñido el ambiente de algo más pesado, algo que todos sentían, pero nadie decía.

—Voy a necesitar otro café —murmuró Alfredo mientras revisaba los resultados de la noche en su móvil.

Era cansinito el muchacho.

—Primero tenemos que hablar con Sánchez y Larson —respondió Paquito, girándose hacia el pasillo que llevaba a las oficinas.

En una de las salas, la inspectora Lara Larson y el inspector Ernesto Sánchez ya los esperaban, sentados frente a una mesa con una pila de papeles entre ellos. Larson tenía una expresión seria mientras repasaba un informe, y Sánchez, más relajado, parecía distraído jugueteando con un bolígrafo. El inspector, un hombre en muy baja forma y bastante mediocre, parecía penando más en el desayuno que en la conversación.

—¿Qué tal en el lago? —preguntó Lara Larson en cuanto los vio entrar.

Paquito dejó su chaqueta en el respaldo de una silla y se sentó, mientras Alfredo hacía lo mismo con menos prisa.

—Encontramos el cuerpo —respondió Paquito con un tono seco—. Estaba parcialmente sumergido, cerca de la orilla. El juez ya procedió con el levantamiento, y el cuerpo está en el laboratorio forense. Estévez se encargará de la autopsia.

Larson asintió, dejando el informe a un lado.

—¿Y el coche?

—Cerrado, sin signos de forcejeo. Solo estaba el móvil de David dentro, apagado —dijo Alfredo mientras se cruzaba de brazos—. Sin testigos y sin pistas evidentes.

—La novia y sus amigos parecían estar muy implicados en la búsqueda —añadió Paquito—. Pero nadie tenía nada claro sobre dónde podría haber estado David antes de desaparecer.

Sánchez dejó de jugar con el bolígrafo y se inclinó hacia adelante.

—¿Algo sospechoso en ellos?

Paquito dudó un momento antes de responder.

—No directamente, pero todos parecen saber más de lo que dicen, especialmente los amigos. Uno de ellos estaba tan ido que apenas parecía estar presente.

Larson levantó una ceja.

—¿Alguna hipótesis?

—No hasta que tengamos el informe de Estévez. El disparo en el pecho no parece algo accidental, pero necesitamos saber más antes de sacar conclusiones.

Sánchez asintió lentamente, pero antes de que pudiera responder, un agente apareció en la puerta.

—Inspectores, tenemos un aviso en el barrio viejo. Parece un robo con violencia.

Larson y Sánchez se levantaron de inmediato, listos para salir.

—Mantenednos informados —dijo Larson antes de desaparecer por el pasillo junto a su compañero.

Cuando se quedaron solos, Alfredo soltó un largo suspiro y se dejó caer en la silla con más comodidad.

—Bueno, ahora a esperar a que Estévez nos diga lo que ya sabemos: que a este pobre diablo lo mataron y lo dejaron tirado en el lago como si fuera basura.

—Más respeto, Alfredo —respondió Paquito. Sacó su teléfono y lo miró un momento, considerando si llamarme.

Yo siempre tenía una manera de ver las cosas que él no lograba comprender, pero ahora no era el momento.

Pasaron unos minutos en silencio hasta que las puertas de la comisaría se abrieron y entraron Bea, Delia y Jaime. Bea iba al frente, con los ojos hinchados y la cara pálida, como si apenas pudiera sostenerse. Delia la sujetaba del brazo, hablando en voz baja para intentar calmarla. Jaime caminaba detrás de ambas, con una expresión sombría.

Paquito y Alfredo se levantaron al verlos entrar.

—Gracias por venir —dijo Paquito, con un tono más suave del habitual.

—¿Es cierto? ¿De verdad es él? —preguntó Bea con un hilo de voz, aunque en el fondo sabía la respuesta.

—Queremos que lo confirme —dijo Paquito—. Sé que es difícil, pero es necesario.

Bea asintió lentamente, y Paquito la guio hacia la sala donde el cuerpo de David estaba siendo conservado antes de la autopsia. Delia y Jaime intentaron acompañarla, pero Alfredo los detuvo.

—Mejor esperen aquí. Esto es algo que tiene que hacer sola.

Delia quiso protestar, pero Jaime la tomó del brazo, haciendo un gesto para que se quedara en silencio.

Dentro de la sala, Bea se quedó de pie frente a la camilla metálica, donde el cuerpo de David yacía cubierto por una sábana. El forense Estévez estaba al lado, esperando instrucciones.

—Cuando estés lista —dijo Paquito con voz tranquila.

Bea asintió de nuevo, y Estévez retiró la sábana con cuidado, dejando al descubierto el rostro pálido de David. Bea se llevó una mano a la boca, ahogando un sollozo que rápidamente se transformó en un llanto desgarrador.

—Es él… —dijo entre lágrimas, inclinándose hacia adelante como si quisiera tocarlo, pero deteniéndose a mitad de camino—. Es él…

Paquito esperó unos segundos antes de hacer un gesto a Estévez para que cubriera nuevamente el cuerpo. Luego acompañó a Bea hacia la salida, donde Delia y Jaime la recibieron con abrazos y palabras de consuelo.

En ese momento, las puertas volvieron a abrirse, y el resto de los amigos de David comenzaron a llegar uno a uno. Carlos parecía aún más perdido que antes, Rubén tenía la mandíbula apretada, y Jorge evitaba la mirada de todos.

Paquito los observó en silencio, sus ojos detenidos en cada uno de ellos.

Había algo en ese grupo, algo que no encajaba del todo, pero todavía no sabía qué era lo que podía ser.

19

Cuatro días y siete horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

La bruma comenzaba a disiparse cuando mi hijo Paquito, acompañado de su colega Alfredo Ibáñez, llegó al claro junto al lago.

La escena estaba delimitada por cinta amarilla, y varios agentes de uniforme trabajaban cerca de la orilla. Entre ellos, un hombre vestido con un mono blanco de la científica se inclinaba sobre el cadáver, mientras los destellos de las cámaras fotográficas documentaban cada ángulo del cuerpo.

Paquito se detuvo unos pasos antes de la escena, observando con detenimiento lo que tenía delante. Alfredo ya tenía su libreta en la mano y estaba preparado para tomar notas. Aunque en su cabeza solo pensaba en los partidos en los que había apostado y que habían dado un resultado negativo para sus intereses.

Sus ojos mostraban que, como muchas otras noches, se había saltado las horas de sueño con la mirada puesta en la pantalla sin apenas descanso.

—¿Qué tenemos? —preguntó Paquito mientras caminaba hacia el cadáver.

Un agente joven, que parecía algo abrumado por la magnitud del caso, se acercó a ellos con rapidez. Hasta el rostro lleno de acné tenía el muchacho. No tendría ni veinte años y tenía que estar ahí, viendo esa imagen que ya no conseguiría olvidar.

—Hombre, calvo, unos cuarenta años. Fue encontrado flotando en el lago por un pescador, Antonio Moreno, a primera hora de la mañana. Según el informe preliminar, tiene un disparo en el pecho, pero la muerte ocurrió al menos una hora antes de que el cuerpo terminara en el agua —explicó el joven agente, señalando hacia el cadáver que yacía sobre una lona junto a la orilla.

Paquito y Alfredo se acercaron al cuerpo, observando cada detalle con cuidado. El cadáver tenía el torso empapado y el rostro ligeramente hinchado, los ojos cerrados y una mueca que parecía congelada en una mezcla de dolor y sorpresa. La herida de bala en el pecho, cerca del esternón, estaba rodeada por un anillo ennegrecido.

—¿Qué nos dice la científica? —preguntó Alfredo, mirando al forense que seguía trabajando junto al cadáver.

El hombre se levantó con calma, quitándose los guantes para dirigirse a ellos.

El forense de la comisaría de Paquito era un hombre bastante joven, apenas había cumplido los treinta años. Llevaba unas gafas de pasta que se recolocaba con la muñeca para no tocarla con los guantes y le encantaba escuchar heavy metal con sus cascos inalámbricos mientras procedía con las autopsias.

Me caía bien.

—El disparo fue torpe. Quien lo hizo probablemente no tenía experiencia o estaba nervioso. La bala no atravesó ningún órgano vital de forma inmediata, pero causó una hemorragia interna que resultó letal. Según el estado del cuerpo, murió entre una y dos horas antes de que lo arrojaran al agua. Lo que es seguro es que no murió por ahogamiento.

Paquito asintió lentamente, procesando la información mientras sus ojos seguían fijos en el cadáver.

El pobre hacía cómo que sabía lo que hacía mientras cientos de preguntas se le pasaban por la mente.

Ansioso estaba por llegar a casa y contarme la película para que le diera mi opinión de experta.

—¿Se sabe desde dónde se hizo el disparo? —preguntó Alfredo, apuntando en su libreta. Aunque era muy probable que hubiera hecho la pregunta por hacerla, mientras repasada los resultados de la noche anterior.

Todos los partidos habían estado bien elegidos, pero otra vez había vuelto a fallar.

Siempre había alguno que fallaba.

Y muchas veces el que a primera vista parecía más sencillo.

—No hay residuos de pólvora en el cuerpo ni en la ropa que puedan darnos una pista de la distancia exacta —respondió el forense—. Pero por la trayectoria de la bala, parece que le dispararon desde el frente y ligeramente hacia abajo, como si la víctima estuviera sentada o incluso de rodillas.

Paquito entrecerró los ojos y miró el lago. El agua tranquila parecía burlarse de la violencia que había ocurrido tan cerca.

—¿Y el arma? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

El agente joven negó con la cabeza, algo incómodo.

—No hemos encontrado ningún arma, inspector. Ni en el agua ni cerca de la orilla.

—Claro que no —murmuró mi hijo, cruzándose de brazos—. No iban a dejarla aquí, ¿verdad?

No iba a ser tan fácil.

Alfredo cerró su libreta un momento y miró a su compañero.

—Entonces tenemos un cadáver con un disparo mal hecho, arrojado al lago para deshacerse de él. Pero, ¿por qué tomarse tantas molestias? Si lo mataron aquí, podrían haberlo dejado en cualquier parte.

Paquito negó con la cabeza, observando nuevamente el entorno.

—No creo que lo mataran aquí. Esto es demasiado abierto, demasiado arriesgado. Más bien parece que lo trajeron después de muerto, con la esperanza de que el agua se lo llevara u ocultara alguna prueba.

Alfredo asintió, aunque todavía quedaban demasiadas preguntas sin respuesta.

—¿Quién es la víctima? ¿Sabemos si es nuestro hombre?

Otro agente, que estaba examinando un pequeño montón de pertenencias encontradas en los bolsillos del cadáver, se acercó a los inspectores.

—Nada, señor. No llevaba documentación.

Paquito chasqueó la lengua, frustrado.

—Así que tampoco tenemos un nombre. Esto mejora cada vez más.

—¿Y el pescador? —preguntó Alfredo, cambiando de tema.

El joven agente señaló hacia un hombre sentado en el borde de un coche patrulla, envuelto en una manta térmica y sosteniendo un vaso de café con las manos temblorosas. Era Antonio, el hombre que había hecho el hallazgo. Parecía ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor, mirando fijamente el agua como si esperara que el lago le diera alguna respuesta.

—Voy a hablar con él —dijo Paquito, caminando hacia Antonio mientras Alfredo se quedaba junto al cadáver, revisando las pertenencias.

Cuando llegó junto al pescador, se inclinó ligeramente para ponerse a su altura.

—Antonio, ¿verdad? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

El hombre levantó la vista lentamente, con un destello de nerviosismo en los ojos.

—Sí… sí, señor. Toni, si puede ser.

—Claro, Toni, yo soy el inspector Francisco Monleón, de homicidios. Necesito que me cuentes exactamente cómo encontraste el cuerpo esta mañana.

Toni asintió, tragando saliva antes de hablar.

—Estaba pescando, como siempre. Llegué temprano, antes del amanecer. Fue cuando vi algo flotando en el agua. Al principio pensé que era un tronco, pero… cuando me acerqué, vi que era un hombre. No vi a nadie más, ni escuché nada extraño antes.

—¿Y después? —presionó mi hijo, como un campeón.

—Llamé a emergencias. No sabía qué hacer. Pensé que quizá había pasado durante la noche, pero no tengo ni idea de cómo llegó allí.

—Está bien, Toni. Por ahora no te preocupes más. Si necesitamos algo, volveremos a hablar contigo.

Toni asintió de nuevo y bajó la mirada al vaso de café en sus manos.

Cuando Paquito regresó junto a Alfredo, el forense ya había terminado de documentar el cadáver y los agentes comenzaban a recoger las pruebas. El lago, aparentemente tranquilo, se había convertido en el epicentro de un misterio, sería más complicado de lo que parecía.

Sobre todo si no querían hacerme caso a mí.

—¿Algo? —preguntó Alfredo mientras su compañero se acercaba.

—No, nada. Cuando el juez proceda con el levantamiento del cadáver, se lo llevarán para hacerle la autopsia. Vamos a ver si encontramos algo por aquí. Estaría bien saber dónde lo mataron, así que vamos a buscar por los alrededores, pero es posible que el río lo haya movido bastante.

Dicho esto, Alfredo bajó la voz y dijo.

—Bueno, vamos a comisaría y llamamos a tu madre, a ver qué opina.

—Pero, hombre, ¿tú también?

—¿Qué? Es buena y nos ahorra trabajo, somos los putos amos en la comisaría gracias a ella.

¡Qué bien me caía ese hombre cuando me alagaba!

—Vale, está bien, vamos a comisaría y la llamamos, pero solo para que nos dé su opinión. El caso es nuestro. Estoy bastante convencido de que se trata de David Linares.

—Que sí, que sí, Paquito, que es nuestro.

Paquito le dedicó una mirada asesina.

Nadie le llamaba Paquito más que yo.

20

Cuatro días y tres horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

La mañana estaba cubierta de niebla, un velo espeso que hacía difícil distinguir la línea entre el cielo y el agua. Un relativamente joven pescador, llamado Antonio, pero al que todos llamaban Toni, remaba despacio, dejando que el movimiento del bote rompiera el silencio absoluto del lago.

Era su rutina.

El muchacho se levantaba al amanecer, cargaba el equipo, y se perdía en el agua.

Para Toni, el lago era su refugio, un lugar que siempre había asociado con la paz y el aislamiento.

Una paz que cada vez le costaba más encontrar en su casa, con los niños y su cada vez más irascible mujer.

Ese día, sin embargo, algo iba a cambiar.

Mientras remaba hacia su lugar favorito, una ligera perturbación en la superficie del agua llamó su atención.

A primera vista, pensó que era un tronco arrastrado por las lluvias recientes.

Iluso.

Pero conforme se acercaba, el objeto adquirió una forma que le resultó inquietantemente familiar.

No era un tronco.

En absoluto.

Toni dejó los remos a un lado y se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos para ver mejor a través de la niebla.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

Flotando sobre la superficie del agua, vio un cuerpo, inmóvil, boca abajo.

Tragando saliva, Toni agarró uno de los remos y con cuidado empujó el cuerpo para darle la vuelta. El movimiento hizo que el agua se agitara, rompiendo el reflejo turbio del amanecer. El cuerpo giró lentamente, revelando un rostro hinchado y sin pelo, con los ojos entreabiertos y vidriosos.

El pescador retrocedió instintivamente, tambaleándose ligeramente en el bote.

Nunca antes había visto un cadáver.

Esa suerte que había tenido.

Con las manos temblorosas, Toni buscó su teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

Sus dedos, normalmente capaces, estaban torpes por el frío y los nervios y tardaron más de lo normal en desbloquearlo.

Finalmente, marcó el número de emergencias y llevó el teléfono a su oído mientras miraba fijamente el cuerpo.

—¿Emergencias? —La voz de la operadora sonó calmada, profesional, como si nada en el mundo pudiera alterarla.

—Estoy en el lago… —Toni tuvo que detenerse un momento para recuperar el aliento—. He encontrado un cadáver.

La operadora guardó silencio por un segundo antes de responder con un tono más serio.

—¿Puede decirme su ubicación?

Toni miró alrededor, buscando puntos de referencia entre la maleza. Describió lo mejor que pudo la zona.

—Puedo enviarle mi ubicación por GPS con el móvil.

—Busque qué punto le marca y dígamelo.

Y eso hizo.

Después la operadora prosiguió.

—¿Puede describir el cuerpo?

—Es un hombre. Calvo. Lleva una camisa azul, pero está empapada. No parece que haya estado mucho tiempo en el agua… No sé, no sé qué más decir.

—¿Puede quedarse en el lugar hasta que lleguen las autoridades? —preguntó la operadora.

—Sí… —respondió Toni, aunque la idea de quedarse allí con el cuerpo lo hacía estremecerse —. Sí, me quedaré.

Colgó el teléfono y dejó caer la cabeza hacia atrás, mirando el cielo nublado.

Mientras esperaba, el bote se balanceaba suavemente. El cuerpo, a pocos metros, permanecía inmóvil, como un recordatorio inquietante de que incluso los lugares más pacíficos pueden esconder secretos oscuros. Por primera vez, Toni deseó no haber salido a pescar esa mañana.

Ya nunca volvería a ver ese lugar con los mismos ojos.

21

Cuatro días y diez horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Era la primera vez que veía a todos esos jóvenes.

A la futura fallecida, a sus amigos, y a la mano ejecutora que la envió con el creador antes de hora.

La brisa del lago llevaba consigo un olor a tierra húmeda, a bosque, a algo primigenio que no he podido sacarme de la cabeza desde que llegué aquí.

Paquito me dijo: “Mamá, hemos encontrado un coche sin nadie dentro y su mujer ha denunciado su desaparición”. Así que ahí estaba, en mitad de la Sierra de la Calderona, envuelta en el murmullo de gente buscando un cadáver que ninguno quería encontrar.

A mi izquierda, Paquito discutía con su compañero, Alfredo.

Este último, siempre distraído, parecía más interesado en algún partido que en el hecho de que el hombre desaparecido, David Linares, podría estar a pocos metros, enterrado bajo la maleza o flotando en las aguas oscuras del lago.

Paquito, en cambio, tenía el ceño fruncido y el aire de alguien que está intentando parecer más ocupado de lo que realmente está.

Mi hijo era muchas cosas, pero no era un gran mentiroso. A veces lo observo y pienso que la mitad de su éxito en la policía es pura suerte.

Y la otra mitad es gracias a mí, su anciana madre.

—¿Qué te parece, mamá? —me preguntó de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

Lo miré, inclinando la cabeza.

—¿Qué me parece qué?

—El coche. Todo esto. ¿No crees que es raro?

—Raro, sí. Pero lo raro siempre tiene una explicación lógica si se mira con cuidado.

—¿Y cuál es? —preguntó, con un tono que mezclaba sarcasmo y curiosidad real.

Le di una palmadita en el hombro, sonriendo.

—Eso es para lo que estás aquí, para averiguarlo, hijo mío.

Paquito frunció el ceño, murmurando algo que no escuché mientras se giraba hacia Alfredo, que estaba apoyado contra un árbol mirando su teléfono. Me preguntaba cómo ese hombre seguía todavía en el cuerpo.

Más allá, vi a un grupo de jóvenes buscando entre los arbustos y junto al lago. Los reconocí por las descripciones de Paquito: Bea, la novia destrozada; Delia, la amiga leal con demasiadas opiniones, y Jaime, que parecía cargar algo más pesado que su propio cuerpo.

Junto a ellos estaban otros chicos cuyos nombres no conocía todavía, pero que pronto escucharía.

Carlos, el delgado con los ojos perdidos, estaba mirando al suelo con una expresión que había visto demasiadas veces en mi vida.

No era la expresión de alguien que buscaba; era la expresión de alguien que huía.

¿De qué?

Todavía no tenía la respuesta.

—Ese chico —le dije a Paquito, señalando a Carlos.

—¿Qué pasa con él?

—¿Por qué está aquí? No parece estar buscando nada.

Paquito le siguió mi mirada, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Es amigo del desaparecido.

—Ah, claro. Porque eso explica por qué parece estar a punto de desmoronarse. —Le dediqué una mirada que sé que supo reconocer a la perfección.

"Haz algo útil por una vez, hijo mío."

Cosas de madres.

Paquito no respondió, porque sabía que tenía razón.

Mientras yo hablaba con mi hijo y le ponía las pilas, los amigos de David y Bea buscaban a su amigo como locos al grito de ¡David!, ¡David! Nada demasiado original, todo sea dicho.

Jaime, que no quería acercarse a sus amigos, se mantenía junto a Delia y Bea, a la cabeza de todos, adentrándose en el bosque.

Carlos, algo descolocado, hacía como que buscaba mientras su mente trataba de evadirse de lo que ocurría a su alrededor.

Rubén, sin quitar los ojos de Carlos, preocupado por su estado de salud, caminaba junto a su novia Inés, en el centro de un grupo de voluntarios que se habían unido a sus amigos y familiares en busca del desaparecido.

Y Jorge, que después de discutir con Sara y de echarse toda la mierda que llevaban dentro, había acudido él solo a la búsqueda, mientras ella se había quedado en casa.

Este último, separado del grueso del grupo, se acercó a la orilla del lago, siguiendo lo que parecían las ruedas de un coche. Iba arrastrando los pies y mirando a su alrededor para que nadie viera lo que hacía, para, al llegar al lago, dar con una cartera en el suelo.

Alzó la mirada.

La devolvió al suelo.

Miró de nuevo a su alrededor y, cuando confirmó que no había nadie, la cogió con unos dedos imaginarios cruzados. Rezando para que no fuera la de David.

No acertó.

David Linares Remeses, decía su DNI junto al carnet de conducir, dos tarjetas de débito y un par de billetes, unto al carnet de una biblioteca y una foto de Bea.

No se lo pensó.

En cuanto volvió a comprobar que no había nadie a su alrededor, lanzó la cartera al agua esperando que nunca más volviera a surgir y que se hundiera junto con sus más oscuros secretos.

La carteta nunca vio la luz…

Los secretos…

Ya me ocuparía yo de iluminarlos.

22

Ya había transcurrido la primera parte de La Experiencia cuando el hombre vestido con una americana azul petróleo sobre una camisa blanca y un pantalón a juego, ahora conocido como Míster Tercero, se recostó sobre su silla.

Ya había varias sorpresas, qué duda cabía.

Jamás había pensado que esa asesina de mujeres fuera a sobrevivir al cocodrilo, aunque bueno, su rival era un maldito profesor pederasta.

Tampoco había sido un gran rival.

Pero bueno, sin duda alguna estaba siendo emocionante.

La audiencia era una barbaridad.

Aunque, claro. No había dejado de aumentar desde que fue creada un par de años atrás por Míster Primero, Miss Segunda, y él mismo.

Pero era en los últimos meses donde había terminado de arrancar.

Tenían espectadores en todos los rincones del mundo.

Ricos, pobres y medianos.

Altos, fuertes y delgados.

De todos los tipos.

Porque todo el mundo mundial necesita venganza.

Y todo el mundo mundial quería ver a los malos perder.

Por esa razón nunca los detendrían.

Por esa razón y por lo bien protegidos que estaban.

Eso también, claro.

Entonces se fijó en la pantalla, ya habían llegado todos los participantes para la siguiente fase de la prueba, no, todos no, casi todos.

¿Qué era lo que ocurría?

Tiró para atrás en una de las pantallas.

Dos de los participantes no avanzaban…

Miró sus nombres:

Juan Vicente Segura.

Y…

Nick Teller.

—¡Levántate y haz lo que te digo! —decía Nick Teller, con un acento evidentemente americano.

El otro, el tal Juan Vicente, negaba con la cabeza, todavía recostado sobre el suelo, con las manos sobre las rodillas, mientras una jauría de perros rabiosos y hambrientos se escuchaba al final de lo que parecía un laberinto.

Algunos de ellos ya estaban sueltos y no tardarían en dar con los participantes. Era poco frecuente que ambos participantes fallecieran en esa fase de la experiencia y que ninguno avanzara. Sin embargo, sí que podía darse el caso si, como parecía en ese momento, uno de los dos se negaba a hacer nada.

—Mira —dijo Nick Teller cogiendo del cuello al otro—. Si no haces lo que te digo, yo mismo te voy a arrancar los intestinos, ¿me has comprendido?

El otro pareció reaccionar. Entre una muerte probable y una muerte segura, eligió la primera opción.

Asintió con la cabeza con muy poca seguridad antes de ponerse en pie. Algunos de esos animales ya comenzaban a acercarse mientras se relamían y aullaban. El laberinto era enorme. Además, mientras no estuvieran jugando, Miss Séptima mantendría alejados a los canes. No tendría ninguna gracia si se los comieran a ambos antes de comenzar a jugar.

Pero, por fin, había comenzado.

—Coge esa palanca y yo te diré qué veo y de qué cuerda tienes que tirar.

El otro hombre asintió y obedeció las instrucciones.

—Tira de la de la derecha —ordenó sin más preámbulos mientras algunos de los perros ya se asomaban al fondo del pasillo.

Al hacerlo, una compuerta al otro lado del laberinto comenzó a abrirse, aunque no era ni remotamente suficiente como para que alguno de los dos pudiera pasar por la ranura.

—Ahora la del centro.

Repitió la acción al tiempo en el que cuatro perros ya estaban a menos de cien metros de su posición.

Entonces y, al ver que la apertura ya parecía lo suficientemente amplia, Juan Vicente soltó las cuerdas y salió disparado hacia la salida. Al verlo, Nick Teller se dio la vuelta y corrió tras él mientras los perros se aproximaban cada vez más.

Juan Vicente era mucho más rápido de lo que parecía. Por mucho que el otro participante fuera si cabe más veloz, la distancia entre ellos parecía excesiva. El primero de ellos se lanzó hacia la compuerta y pasó resbalando justo cuando llegaba junto a él.

—Lo siento —farfulló Vicente Segura mientras la compuerta se cerraba ante sus narices y Nick Teller quedaba atrapado con los canes.

Este apretó los dientes y los puños y se dio la vuelta para mirar directamente a la muerte a los ojos.

Los perros se lanzaban contra él, cuando, de una manera totalmente sorprendente y brutal, este comenzó a golpearles como si fueran sacos de boxeo. Incluso llegó a romperle el cuello a uno de los perros, provocando un crujido horripilante.

Cuando tres de los perros ya estaban muertos sobre la arena, dos de los animales le acertaron en las piernas y no pudo sino gritar de dolor mientras trataba de agarrarlos por las mandíbulas.

Míster Tercero salió de su despacho y le gritó a Miss Séptima.

—¡Ayúdale! ¡Ya!

—Pero señor…

—Ese hombre no puede morir así, es demasiado bueno. Esto es espectáculo, vamos.

—Sí, Míster Tercero.

Entonces una compuerta se abrió y una espada quedó clavada sobre la arena.

—Bien, esto le dará emoción.

El hombre no se lo pensó dos veces, la agarró por el mango y comenzó a segar cabezas caninas como si no hubiera un mañana.

Realmente no lo había para él si no salía de ese desierto con vida.

Cuando más de media docena de enormes y fieros perros yacían ante él hechos pedazos y el hombre miraba hacia la cámara en riguroso silencio, sin apenas reaccionar de manera alguna ante su hazaña, una compuerta se abrió y le permitió su merecido paso hacia la siguiente fase de la experiencia.

—No puede ser… —farfulló el hombre que había salido en primer lugar. Estaba muerto de miedo y, tenía razón para estarlo—. Lo siento mucho yo… he salido corriendo en cuanto he visto que venían a por mí…

No había llegado a decir la última palabra, cuando Nick Teller le rebanó la cabeza con la espada que portaba entre las manos. Un corte limpio y poderoso con ambas manos que segó la vida del hombre de un solo corte.

Míster Tercero dio un respingo.

Eso no se lo esperaba.

Miss Séptima lo miró de soslayo.

Por algo como eso, la rectificación debería de ser letal, pero sabía que cuando era Míster Tercero el encargado de dirigir una experiencia, primaba la espectacularidad.

Distinto era el caso cuando lo hacía Míster Primero, o como cuando, hacía ya mucho tiempo, estaba Miss Segunda entre ellos.

—Dile que suelte la espada.

—Sí, Míster Tercero —contestó Miss Séptima antes de decir por el micrófono—. Se le ha permitido eliminar a su competidor dadas las circunstancias concretas que le han llevado hasta este punto, sin embargo, ahora deberá devolver el arma al interior de su portal antes de continuar con la experiencia.

El hombre no pareció tener demasiadas ganas de obedecer. Mantenía la mirada puesta sobre los participantes, escrutándolos, preguntándose si podría salir ahora mismo de ahí si acababa con todos ellos a tajo limpio.

—Insisto en que debe devolverla; si no lo hace, será debidamente aleccionado.

El hombre no cambió el semblante y, después de emitir un suspiro, lanzó la espada hacia el interior y cayó de rodillas debido a sus heridas.

—Se agradece su comprensión, ahora pueden continuar con la experiencia.

Míster Tercero suspiró.

No podía haberse complicado tanto tan rápido.

Ahora todo continuaría como debía.

Regresó a su despacho desde donde podía observar el exterior, el lugar desde donde Miss Séptima, rodeada de miembros de distintos grados, le servían de apoyo e iban manejando todas las fases de La Experiencia.

Ahora podría disfrutar de un buen espectáculo mientras se aseguraba de que en la siguiente ronda estuviera Lara Larson en el interior de esa pantalla.

Y se aseguraría de que no saliera con vida.

23

Cinco días y veintitrés horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El lugar estaba iluminado por las luces de los coches patrulla, que proyectaban destellos azulados sobre los árboles circundantes y el lago. La quietud natural del bosque había sido reemplazada por el murmullo constante de las radios policiales y el crujir de las botas sobre el suelo húmedo.

Mi hijo, el inspector Francisco "Paquito" Monleón y su compañero, Alfredo Ibáñez, llegaron en su vehículo poco después de recibir la llamada de Bea.

Paquito salió del coche con el ceño fruncido, observando el entorno mientras se abrochaba la chaqueta. A su lado, Alfredo daba un largo bostezo, claramente más interesado en los resultados deportivos de la madrugada que en el caso que tenían entre manos.

—Así que este es el sitio —dijo Alfredo mirando hacia el coche de David—. No entiendo por qué no se limitaron a esperar en casa.

—Si tu pareja estuviera desaparecida, tú tampoco esperarías en casa —respondió Paquito, caminando hacia Bea, Jaime y Delia, que estaban agrupados junto al coche, visiblemente cansados.

—Buenas noches —dijo Paquito al llegar, con un tono profesional pero no frío. Miró a cada uno de ellos antes de continuar—. Soy el inspector Monleón, y este es mi compañero, el inspector Ibáñez. Entendemos que este coche pertenece a David…

Alfredo le puso cara como, como diciendo, a mí no me mires, te han llamado a ti.

—David Linares —respondió Bea con voz temblorosa.

Paquito asintió, mientras Alfredo se quedaba unos pasos atrás, mirando el coche con las manos en los bolsillos. El cuerpo de Alfredo estaba presente, pero su mente estaba en otro lugar. Pensaba en las apuestas de esa noche, repasando los partidos en su cabeza, considerando si mirar el móvil para ver los resultados estaría fuera de lugar.

Decidiendo que por desgracia así era.

—Explíquenme exactamente cómo llegaron aquí —dijo Paquito, sacando una pequeña libreta de su bolsillo.

Bea, con la voz aún inestable, explicó cómo usaron "Buscar mi iPhone" para localizar el móvil de David, cómo encontraron el coche cerrado y vacío, y cómo decidieron llamar a la policía después de no encontrarlo.

—Está apagado —añadió Bea, mostrando el teléfono de David que había encontrado dentro del coche—. Estaba en el asiento, pero no funciona.

Paquito tomó nota, aunque su mente divagaba momentáneamente hacia su madre, una servidora.

Si yo hubiera estado ahí en ese momento, probablemente ya habría hecho preguntas que a él ni se le habían ocurrido.

Había algo en mi manera de pensar, en cómo conectaba los puntos, que siempre lo impresionaba. Sin embargo, no podía permitirse mencionar a su madre delante de sus compañeros o de los testigos. No era profesional, y él lo sabía.

—Está bien, han hecho lo correcto al llamarnos —dijo finalmente, cerrando la libreta—. Ahora vamos a echar un vistazo al coche.

Alfredo se unió a él con una lentitud que evidenciaba su falta de entusiasmo. Ambos comenzaron a revisar el vehículo con cuidado, abriendo cada compartimento y buscando cualquier pista que pudiera explicar lo ocurrido.

Encontraron algunas pertenencias de David: un paquete de chicles, algunos papales de su trabajo, una tienda de campaña, una mochila, algo de ropa y una botella de agua casi vacía en el asiento trasero.

Nada fuera de lo común.

—Está limpio —murmuró Alfredo mientras cerraba la guantera y se enderezaba. Miró a Paquito y se encogió de hombros—. No hay nada aquí que nos diga dónde está.

Paquito frunció el ceño, mirando hacia el lago y luego hacia el bosque.

Se giró hacia Bea, Jaime y Delia, que observaban desde unos metros de distancia con expresiones ansiosas.

—Vamos a peinar la zona —dijo Paquito, con un tono tranquilo—. Si David está aquí, lo encontraremos.

—¿Y mientras tanto? —preguntó Bea, con lágrimas contenidas en los ojos.

—Mientras tanto, ustedes deberían ir a descansar. No tiene sentido que se queden aquí esperando. Les aseguramos que haremos todo lo posible para encontrarlo.

—Pero… —Bea intentó replicar, pero Delia la tomó suavemente del brazo.

—Haremos lo que dicen, Bea. Ahora no podemos hacer más.

—Si encuentran algo, avísennos de inmediato.

—Por supuesto —respondió Paquito, haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Mientras los tres se alejaban hacia el coche de Jaime, Paquito observó cómo se iban con una expresión pensativa. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, se giró hacia Alfredo.

—Esto no me gusta nada.

—A mí tampoco, pero por razones diferentes. Espero que esto no me retrase para el partido de las cinco.

Paquito lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

Miró de nuevo hacia el bosque, con la sensación de que aquella noche iba a ser más larga de lo que cualquiera de ellos esperaba.

David Linares no estaba allí, pero su ausencia llenaba el lugar con preguntas que todavía no tenían respuestas.

Encontró respuestas a sus preguntas.

Sin embargo, todas las respuestas eran erróneas.

24

Seis días y una hora antes del entierro de Beatriz Montalbán

La noche era cerrada, y la única iluminación provenía de los faros del coche de Delia mientras subía por las curvas estrechas de la carretera que serpenteaba entre los árboles de la Sierra de la Calderona.

En el asiento del copiloto, Beatriz estaba inquieta, mirando su teléfono con el rostro tenso, los ojos clavados en la pantalla del rastreador de “Buscar mi iPhone”.

En el asiento trasero, Delia se mantenía en silencio, aunque su preocupación era evidente en el leve tamborileo de sus dedos sobre sus rodillas.

Aunque estaba más preocupada por el estado de Bea que por la desaparición de David.

Ese cabrón se merecía lo que le pasase.

Ese era su pensamiento en ese momento, yo solo trascribo sus palabras.

—Está cerca —dijo Bea finalmente, rompiendo el silencio mientras señalaba el punto en el mapa.

Jaime asintió, apretando las manos en el volante.

La localización los había llevado hasta allí, a un lugar remoto, cerca de un lago rodeado por un bosque. Pero había algo inquietante en la oscuridad que los envolvía, como si las sombras fueran más densas de lo habitual.

—¿Estás segura de que es aquí? —preguntó Delia desde atrás, inclinándose ligeramente para mirar la pantalla del móvil de Bea.

—Sí, el coche de David debería estar aquí.

Jaime frenó suavemente al llegar a un pequeño claro junto al lago. Sus faros iluminaron el vehículo de David, estacionado al borde del camino, rodeado de árboles que proyectaban sombras alargadas sobre el capó. Bea fue la primera en abrir la puerta y salir, corriendo hacia el coche mientras Jaime y Delia la seguían de cerca.

—Está cerrado —murmuró Bea mientras tiraba de las manillas de las puertas. Se giró hacia Jaime, desesperada—. Pero está aquí. Esto es… esto es raro.

Jaime colocó una mano en el hombro de Bea, tratando de calmarla.

—Tranquila, tienes las llaves, ¿verdad?

Bea asintió rápidamente, sacándolas de su bolso con manos temblorosas.

Cuando el coche hizo clic al abrirse, los tres se quedaron en silencio por un momento, como si esperaran que algo, o alguien, saliera del interior.

Pero no ocurrió nada.

Bea abrió la puerta del conductor y encendió la luz interior.

Miró alrededor, con los ojos escaneando cada rincón. En el asiento del copiloto estaba el móvil de David, apagado y sin señales de haber sido usado recientemente. Lo tomó con cuidado, como si al hacerlo pudiera obtener alguna respuesta.

—Está apagado —dijo, su voz un susurro lleno de frustración.

Jaime y Delia se acercaron más, mirando por encima de su hombro mientras Bea buscaba algo más en el interior del coche. Revisó los asientos, el suelo, la guantera, incluso el maletero, pero no encontró nada fuera de lugar.

No había rastro de David.

—No está aquí —dijo finalmente, con la voz quebrada. Dio un paso atrás y se llevó las manos al rostro, intentando contener las lágrimas que comenzaban a formarse en sus ojos.

—Esto no tiene sentido —dijo sin mucha seguridad, como si no supiera lo que realmente había ocurrido en ese lugar ni quién era el responsable—. ¿Por qué estaría el coche aquí y él no?, creo que deberíamos llamar a la policía.

—Ya les hemos llamado —respondió Bea con un tono que mostraba más desesperación que lógica—. ¿Qué más les vamos a decir?

—Que hemos encontrado esto —dijo Jaime, señalando el coche—. Que David no está aquí, que su móvil estaba dentro, apagado. Ellos tienen que saberlo.

Bea lo miró, con los ojos llenos de lágrimas. Sabía que Jaime tenía razón, pero el miedo a lo que pudiera significar la ausencia de David la paralizaba.

Delia asintió, dando un paso adelante.

—Jaime tiene razón. Esto es demasiado grande para que lo manejemos nosotros solos.

Bea respiró hondo, intentando calmarse, y asintió finalmente. Sacó su teléfono y marcó el número de emergencias mientras Jaime y Delia esperaban en silencio.

—Hola, sí, soy Beatriz Montalbán. Llamé antes sobre la desaparición de mi pareja, David… Hemos encontrado su coche. Está estacionado cerca de un lago en la Sierra de la Calderona, pero él no está aquí.

Mientras Bea hablaba, Jaime miró hacia el bosque que rodeaba el claro.

La oscuridad parecía más densa ahora, como si los árboles escondieran algo que no podían ver.

Una sensación incómoda se instaló en su pecho, un presentimiento que no podía ignorar.

El recuerdo de ese mismo lugar hacía escasas horas.

Un lugar al que habría deseado no regresar jamás.

Cuando Bea colgó, se giró hacia ellos con una mezcla de alivio y desesperación.

—Vienen de camino.

Jaime asintió, colocando una mano sobre su hombro para tranquilizarla.

—Hemos hecho lo correcto, Bea. Ahora es cuestión de esperar.

25

Seis días y tres horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Bea se giró en la cama por enésima vez, incapaz de conciliar el sueño.

La casa estaba en completo silencio, rota únicamente por el tic-tac del reloj en la mesita de noche. Había intentado no preocuparse, repetirse que David estaba bien, que simplemente había decidido prolongar su despedida de soltero con los amigos. Pero ya eran las tres de la mañana, y su lado de la cama seguía vacío.

Con un suspiro frustrado, Bea encendió la lámpara y tomó su teléfono. Marcó el número de David, apretando el móvil contra su oído mientras esperaba el tono. Pero en lugar del sonido familiar, la voz automatizada respondió con frialdad:

"El teléfono que usted llama está apagado o fuera de cobertura."

El corazón de Bea se aceleró.

David no apagaba el teléfono, nunca.

Era una de esas personas que siempre tenían el móvil a mano, incluso durante reuniones o cenas importantes. Intentó llamarlo de nuevo, pero la respuesta fue la misma.

Se sentó en la cama, abrazándose las rodillas mientras trataba de pensar con claridad. ¿Y si le había pasado algo? ¿Un accidente? No tenía sentido que no hubiera vuelto a casa ni respondido sus llamadas.

Marcó de nuevo, esta vez apretando los dientes mientras la voz automática repetía el mensaje. La sensación de vacío en el pecho comenzó a transformarse en un pánico palpable.

Finalmente, decidió que no podía quedarse sola con sus pensamientos. Abrió la lista de contactos y buscó el nombre de Delia. Cuando ella respondió, su voz sonó adormilada, pero alerta al reconocer quién era.

—¿Bea? ¿Qué pasa?

—Delia, lo siento por llamarte tan tarde, pero… ¿Está Jaime contigo?

—Sí, está aquí. ¿Por qué?

Bea tragó saliva, tratando de calmar el temblor en su voz.

—Es David. No ha vuelto desde ayer. Estaba en su despedida de soltero, pero ya son las tres de la mañana y no responde el teléfono. Está apagado.

Hubo un silencio breve al otro lado, seguido por el sonido de sábanas moviéndose.

—Espera un momento. —Delia se apartó del teléfono y se lo pasó a Jaime. Bea escuchó el murmullo de su voz antes de que Jaime tomara el teléfono.

—Bea, ¿qué pasa? —preguntó Jaime con voz ronca.

—Jaime, ¿sabes algo de David? —preguntó rápidamente—. No ha vuelto desde ayer.

—¿David? —Jaime tardó unos segundos en responder, claramente intentando despertar del todo—. No… Después de estar en casa de Carlos, él fue el primero en irse. Pensé que habría llegado a casa directamente.

Bea sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Y no sabes a dónde dijo que iba?

—No, no lo dijo. Pero eso fue ayer por la mañana. —Jaime se detuvo un momento, y Bea pudo escuchar la preocupación creciendo en su tono—. ¿Quieres decir que no sabes nada de él desde entonces?

—Nada, Jaime. Nada en todo el día.

La línea se quedó en silencio por un instante antes de que Jaime volviera a hablar.

—Bea, cálmate. Puede que esté en casa de alguien o que se le haya quedado el teléfono sin batería.

—Pero no es normal, Jaime. Tú sabes que no lo es.

—Lo sé, lo sé. Pero vamos a hacer esto bien. Llama a la policía, ¿vale? Cuéntales todo. No te preocupes todavía.

Bea asintió, aunque Jaime no podía verla.

—Está bien. Gracias.

—Llámame si necesitas algo, Bea.

—Lo haré.

Colgó, pero el alivio que esperaba no llegó. La ausencia de David y la falta de respuestas no dejaban de martillear en su mente. Jaime tenía razón; necesitaba llamar a la policía.

Con manos temblorosas, marcó el número de emergencias.

—¿Emergencias?

—Sí, quiero reportar una desaparición. Mi novio… no ha vuelto desde ayer, y no contesta el teléfono. Estoy muy preocupada.

La operadora comenzó a hacer preguntas, y Bea respondió lo mejor que pudo, tratando de organizar sus pensamientos mientras hablaba. Dio la última vez que lo había visto, los nombres de sus amigos y los lugares que probablemente había visitado.

Debía llamar a Rubén, Carlos y Jorge.

Quizás alguno de ellos supiera el paradero de David.

Y así era.

Otra cosa era que se lo fueran a decir.

26

Seis días y ocho horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Jaime llegó a casa con el cuerpo encorvado, como si el peso del día lo hubiera aplastado más allá de lo que podía soportar.

Normalmente esas comidas no acababan hasta bien entrada la tarde, incluso había veces que se unían con la cena.

Sin embargo, ese día, Jaime necesitaba salir, aire, y pensar.

La comida en casa de sus suegros había sido un desfile de platos que apenas probó, incapaz de tragar más que pequeños bocados. Cada mirada de su suegra, cada comentario insustancial sobre la vida cotidiana, lo hacía sentir más atrapado.

No pertenecía allí, no esa tarde.

No después de todo lo que había pasado.

La paella, su plato favorito en el mundo entero, había pasado sin pena ni gloria por su paladar.

Se marchó antes que Delia, ella acudiría después en su coche y se verían a la hora de cenar.

Dejó las llaves sobre la mesa del recibidor, y su reflejo en el espejo junto a la puerta le devolvió una imagen cansada y temblorosa.

Sin molestarse en encender más luces, se dirigió directamente al baño. Cerró la puerta tras de sí, apoyándose en ella un momento antes de comenzar a desvestirse. Sus manos temblaban, y al intentar quitarse la camisa, casi rompió un botón. El temblor no era solo físico; estaba incrustado en lo más profundo de su ser.

Abrió el grifo de la ducha y dejó que el vapor llenara la habitación. Cuando el agua caliente comenzó a caer sobre su cuerpo, por un instante sintió alivio.

Cerró los ojos, apoyando las manos contra las baldosas frías de la pared.

Quería borrar todo. El olor del día, las palabras de Delia, el peso de la culpa.

Pero entonces, el sonido lo alcanzó.

Un estruendo seco, seguido de otros cuatro, como un eco que se expandía en su cabeza. Jaime se tensó de inmediato con el corazón golpeándole en el pecho.

Abrió los ojos mientas el agua seguía cayendo sobre él, pero el sonido se repetía en su mente como si hubiera estado allí, en la ducha con él.

Cinco estruendos.

Todos golpeando su sien al mismo tiempo.

El recuerdo lo golpeó con fuerza. Casi podía sentir el eco del metal en el aire, y después, el ruido de los pájaros rellenando el silencio.

Sacudió la cabeza, intentando sacarse el pensamiento. Cerró el grifo y salió de la ducha con movimientos torpes. Se secó de prisa, sin molestarse en mirar su reflejo en el espejo. Cuando se acostó, todavía con el cabello húmedo, sintió cómo su cuerpo se hundía en el colchón, pero su mente seguía atrapada en otro lugar.

No eran ni las nueve de la noche y, sin que Delia hubiera llegado, sintió que necesitaba descansar.

La noche anterior no había conseguido alcanzar el sueño.

¿Cómo podría?

Y necesitaba dejar de pensar.

Mandó un mensaje a su novia diciendo que se iba a acostar ya, que después de la despedida estaba muy cansado.

Misma excusa que había puesto para ausentarse de la comida familiar.

El sueño llegó rápido. Lo atrapó con la ayuda de un diazepam que engulló sin apenas agua.

Estaba en el bosque.

El sonido del viento acariciaba las hojas, y el olor del río llenaba el aire, mezclado con el humo de una hoguera cercana. Frente a él, una tienda de campaña se alzaba entre las sombras de los árboles. Era familiar, mucho.

Dentro, alguien roncaba, un ruido profundo que rompía la calma de la noche.

Quiso moverse, pero no pudo.

Sus pies estaban clavados al suelo.

Intentó hablar, pero su voz no salía.

Solo el ronquido y el viento llenaban el espacio, un sonido que parecía volverse más fuerte con cada segundo.

De repente, los ronquidos se detuvieron.

Todo se detuvo.

Un estruendo.

Luego otro.

Tres más.

El viento se llevó el olor del río y lo sustituyó por algo más metálico, algo más pesado. Y entonces, los pájaros. El sonido de los pájaros estalló en su cabeza como un grito desgarrador, hasta que el teléfono sonó y lo despertó de golpe.

Jaime se sentó en la cama, el pecho subiendo y bajando con rapidez mientras buscaba aire. Tardó unos segundos en entender dónde estaba. Miró alrededor de la habitación, reconociendo las sombras familiares.

Delia estaba junto a él, ya despierta y asustada con el teléfono en la mano.

Jaime se frotó los ojos, tratando de despertar.

—Es Bea —dijo Delia con la voz entrecortada.

27

Seis días y dieciséis horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Cuando Rubén y Jorge llegaron a la casa de Carlos, este todavía continuaba en estado de *shock*.

El muchacho miraba hacia un punto inconcreto de la pared mientras se columpiaba hacia delante y hacia detrás como una suerte de péndulo humano.

—Sigue igual.

—Carlos, reacciona —insistió Jorge arrodillándose justo frente a su amigo—. ¿Pero qué es lo que le pasa?

—Que es un flojo, eso es lo que le pasa —zanjó Rubén.

Antes de llegar a la casa de Carlos, habían hablado tanto con Jaime como con Sara.

El primero había llegado a tiempo a la comida en casa de sus suegros y a Sara le había dicho que estaba en casa de Carlos —cosa que era verdad a medias— y que iría para casa en cuanto pudiera.

Cosa que sí que era cierta en su totalidad.

—O espabilas o la liamos como no la hemos liado en toda nuestra vida, Carlos, por lo que más quieras.

Lo levantó desde el hombro con la ayuda de Rubén y lo colocaron sentado en una silla.

—Yo… —balbuceó—. Yo he…

—Sí, Carlos, sí, pero asúmelo de una puta vez —insistió Rubén abofeteando la cara del muchacho.

Entonces rompió a llorar, desconsolado.

—La madre que lo parió.

—No, no, esto es bueno, está cambiando de fase —dijo Jorge sin levantarse de enfrente de su amigo—. Llora, colega, llora si lo necesitas.

—Vale, lárgate ya, yo me quedo con él. Deberías estar con Sara lo antes posible.

—¿Y Inés?

—No vivimos juntos y hay muchos días que ni nos vemos. Siendo ayer la despedida, no sería algo raro.

—Ya, pero si te preguntan…

—Estuve con Carlos.

—No creo que Carlos sea la mejor cuartada, la verdad.

—Pero él no tendrá ninguna, así que mejor que nos tengamos el uno al otro a que yo tenga y él no. Porque, además, míralo, no puede ser el único en no tenerla si no queremos liarla.

—Ya… joder, esto no tendría que haber salido así. Nada de esto a…

Rubén asintió en silencio, y Jorge se quedó un momento mirando a su amigo destrozado antes de tomar su chaqueta y dirigirse hacia la puerta.

—Joder, es que esto no tendría que haber salido así —repitió Jorge, más para sí mismo que para Rubén—. Nada de esto.

Rubén no respondió, pero sus ojos oscurecidos lo decían todo. Cuando Jorge salió, Rubén se dirigió a Carlos, que seguía llorando en silencio.

—Venga, colega, a la ducha. Necesitas despejarte.

Lo levantó con algo de esfuerzo, casi arrastrándolo hacia el baño.

Mientras el agua caía, Rubén se quedó sentado en el borde de la bañera, con la cabeza entre las manos.

Cuando Jorge llegó a casa, Sara estaba sentada en el salón, con las piernas cruzadas y un libro en las manos. No levantó la mirada cuando él entró, aunque su cuerpo se tensó ligeramente al escuchar la puerta cerrarse.

—Ya estoy aquí —dijo Jorge con un tono seco, dejando las llaves sobre la mesa del recibidor.

Sara asintió, todavía sin mirarle.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Bien —respondió Jorge con rapidez, aunque su voz no tenía emoción. Se dejó caer en el sillón frente a ella, observándola en silencio.

Sara pasó una página del libro, pero no lo estaba leyendo. Sus ojos estaban clavados en las letras, pero su mente estaba en otro lugar. Llevaban varios días así: conversaciones vacías, silencios incómodos, una distancia que se había ido agrandando sin que ninguno de los dos hiciera nada para remediarlo.

Tampoco había ya mucho que hacer…

—¿Seguro? —preguntó finalmente, dejando el libro sobre la mesa. Su mirada, aunque directa, no transmitía calidez.

—Sí. Todo está bajo control.

Ella asintió de nuevo, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Vale.

Jorge no dijo nada más. No había nada que decir. La tensión entre ellos era palpable, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a romperla. Se miraron un momento, dos personas que solían conocerse, pero que ahora eran casi extraños compartiendo la misma casa.

Finalmente, Sara se levantó y se dirigió a la cocina sin decir una palabra más. Jorge se quedó en el sillón, mirando la puerta por la que ella había desaparecido.

Nada estaba bien.

Ni en su casa, ni con sus amigos, ni en su cabeza.

Todo estaba al borde de romperse, y Jorge no estaba seguro de poder sostenerlo mucho más tiempo.

Y por si no fuera suficiente, ahora…

No quería ni pensarlo.

A unos cuantos kilómetros de distancia, en la entrada de Valencia por la carretera de Madrid, Rubén ayudaba a Carlos a secarse y a vestirse como si fuera un niño pequeño.

—Joder, Carlos, ayúdame un poco, hostia.

Su amigo no paraba de llorar.

—Yo… Yo…

—Que sí, pero cállate ya. Y cuando salgamos de aquí o mañana alguien nos llame, no vas a decir una puta palabra. ¿Te ha quedado claro?

Él asintió.

Sabía lo que tenía que hacer.

Pero no estaba seguro de poder cumplir su palabra.

28

Seis días y veinte horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El sol ya era más que visible en el horizonte cuando Rubén y Jorge llegaron a la bonita casa con jardín que tenían Bea y David en la Cañada. Una zona residencial bastante cara próxima a Valencia.

Ya quisiera yo poder permitirme algo así, la verdad.

Pero la pensión de mi difunto marido no me daba ni para pipas.

Bueno, a lo que estaba.

Que Rubén y Jorge llegaron y aparcaron a unas pocas calles de la casa de David.

—¿Tienes las llaves? —preguntó Jorge, preocupado.

No lo había ni pensado.

Pero claro, es que él no tendría que estar allí.

Si Carlos no hubiera implosionado…

"Joder" pensó.

No tendría que estar allí.

—Sí, las tengo. Quédate aquí y sígueme cuando salga.

Dicho esto, salió del coche y se acercó a la vaya de la casa de sus amigos tratando de que no le viera nadie.

Lo último que quería en ese momento era que apareciera un vecino curioso. O peor, que a Bea le diera por asomarse por la ventana.

Caminó, agazapado tras el muro que separaba la calle del pequeño jardín junto a la piscina, hasta llegar hasta la valla. Sacó las llaves que había cogido de las cosas de David y entró en el recinto, directo a por el coche. Se puso unos guantes y entró en el vehículo.

En ese momento él no lo sabía, pero Bea no lo habría visto jamás. Estaba en el interior de la cocina, al otro lado de la casa y no podría haber oído nada ni a gritos.

Pero bueno, como Rubén no sabía dónde estaría Bea, pues fue con toda la pausa del mundo. Abrió la puerta y sacó el coche con mucho tiento.

Al llegar al primer cruce, le hizo un gesto con las luces a Jorge, que arrancó el coche de Rubén y se lanzaron los dos a la carretera. Debían llegar lo más próximo al lago de lo que fueran capaces y dejarlo allí.

Y eso es exactamente lo que hicieron. Partieron con los dos coches hacia el bosque, donde habían pasado la noche anterior, todos juntos.

No puedo decir que como buenos amigos, la verdad, pero bueno.

Que la habían pasado juntos, era un hecho.

Al llegar, Rubén sacó las cosas de David de su propio coche y las metió en el maletero de su amigo. Todo debía parecer que por alguna razón que desconocían, él había ido a ese sitio nada más volver a su casa.

Que después de que terminara la despedida de soltero, había cogido su coche y, sin decir una palabra a su futura esposa, se había largado.

Bueno, más bien la que hubiera sido su futura esposa, claro.

Ahora ya pues… como que no.

—¿Está todo? —preguntó Jorge mirando el coche de David con el corazón en un puño.

—Sí, está todo.

—¿Estás seguro?

—Estoy todo lo seguro que puedo estar, joder. Está la tienda de campaña, su mochila, su ropa, sus llaves. Sí, creo que está todo.

—Vale, vale. Tenemos que irnos ya, puede llamarnos alguien en cualquier momento y yo debiera ir con Sara.

—Y yo debería llamar a Inés y ver cómo está el inútil de Carlos.

—Hostia Carlos, me había olvidado de él.

—Vamos, sube al coche. Y llama a Sara por el camino. Ahora te digo lo que tienes que decirle.

29

Unos ocho meses después del juicio que llevaría al asesino de Beatriz Montalbán directo a prisión, una mujer con gafitas, moño de peluquería y vestido de florecitas azul celeste, llamada Irene Monleón, partía rumbo a comisaría.

Hacía poco tiempo que finalmente su hijo Paquito le había permitido acudir.

No comentaba a sus compañeros qué era lo que ella hacía allí.

Simplemente, les decía que lo acompañaba porque se sentía sola.

Pero a ella no le importaba.

Lo que más le gustaba eran los rompecabezas y ahora por fin podía estar en el centro del meollo.

Tras la detención del asesino de Beatriz y el desenredo de la muerte del señor Villoldo, habían resuelto no menos de veinte asesinatos con sus debidas detenciones.

No en el caso de Ernesto Villoldo, eso era evidente, pero sí con el resto de los casos.

Y, claro, si antes Paquito confiaba en el criterio de su señora madre, pues con el tiempo este no había hecho sino que aumentar.

Se lo había ganado a pulso la mujer.

Y esta llevaba unos meses desconfiando de una de sus compañeras.

Había algo en ella que no le terminaba de convencer.

Un comentario extraño aquí.

Una reacción fuera de lugar allá.

Era como si todo en ella fuera una actuación.

Una bastante buena.

Pero una actuación al fin y al cabo.

Así que decidió investigarla.

—Alfredo, ¿has preparado lo que te he pedido?

—¿Tú tienes lo mío? —contestó este con mirada felina.

Así era. Irene le había preparado una buena tanda de croquetas como pago por sus servicios.

Unos servicios que, en esta ocasión, Paquito no tenía por qué conocer.

—Muy bien. Aquí tienes.

Una vez Irene tenía ante ella el expediente de Lara Larson, investigó en profundidad.

Llevaba poco tiempo en Valencia, trasladada desde Barcelona, donde había vivido los últimos años.

Y antes había estado en Gran Canaria, Oviedo y Madrid.

Demasiados destinos en tan poco tiempo.

Fue leyendo mientras Alfredo saboreaba algunas de las croquetas que Irene había preparado esta misma tarde. Era ya de noche. Con la luna llena sobre la ciudad de Valencia y solo el turno de noche en comisaría.

Paquito estaría en casa con sus dos hijos y su mujer, cenando algo que habrían pedido en Globo o una pechuga a la plancha.

Ninguno de los dos daba para más.

Y, mientras tanto, ella repasaba todos los casos de la inspectora Larson.

—Busca el nombre de Agustín Pereira, haz el favor —dijo Irene sin apartar la mirada de la pantalla. Todo lo que tuviera que ver con la tecnología era algo que se le resistía, pero, justo por esa razón, le había dedicado tanto tiempo a no parecer inútil.

Su nieto, de apenas diez añitos, había ayudado mucho en tal menester.

—A ver… —contestó Alfredo después de limpiarse los restos de aceite en el pantalón y tomar los mandos del ordenador—. Muerto en un accidente de coche hace un año. ¿Por qué?

—Nada, por el momento, busca a Elena Pérez.

Alfredo le dedicó una mirada de fastidio, pero obedeció.

—Entró a prisión hace dos años por asesinato. Mató a su hija de dos años y luego intentó suicidarse, pero falló. Salió hace dos meses por buena conducta y por problemas mentales. Estaba recluida en un centro siquiátrico cuando… murió. Se ahorcó en su habitación.

Irene no contestó.

—Iván Fuentes.

—Detenido por la inspectora Larson y el inspector Suárez hará año y medio, no se llegó a probar su implicación en los asesinatos de la familia Gómez. Cuatro personas, los dos padres, ambos hombres, y los dos niños. Y el perro. Desaparecido.

—O sea…

—Habiendo pasado alrededor de un año, lo más probable es que esté…

—Muerto.

La lista continuó durante un rato más hasta que…

—¿Qué es lo que pasa?

—Nada, Alfredito, nada. Tú sigue con tus croquetas, me llevo esto, ¿vale? Y de esto a Paquito ni mu, que te dejo sin…

—Mi boca está sellada —contestó mientras ella ya salía por la puerta. Ahora podía sentarse tranquilamente para ver el partidazo de Movistar de la NBA. Los Celtics contra los Bucks. Con croquetas y una buena apuesta.

¿Se podía pedir más?

En cambio, saliendo de la comisaría, la cabeza de Irene Monleón comenzaba a carburar. Todos los detenidos por la inspectora Larson que habían quedado en libertad por algún tecnicismo o que habían tenido un castigo por debajo del delito cometido habían acabado muertos.

O esa mujer tenía mucha suerte o… se encargaba de que así fuera.

30

Seis días y veintiuna horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Jaime llegó al portal de la casa de sus suegros a las tres menos cinco de la tarde.

Si hubiera planificado ir más al límite, es imposible que lo hubiera conseguido.

Respiró hondo, trató de relajarse, pensó en las palabras que debía de decir una vez que estuviera dentro.

Y llamó al timbre.

—¿Qué pasa, chaval? —preguntó su suegro con una sonrisa. Siempre le saludaba de esa manera, el buen hombre—. ¿Cómo se nota que hay paella, eh, que incluso de resaca de una despedida no te la quieres perder? Anda pasa, que ya estamos todos y está la comida casi lista.

—Hola, Rafael, gracias, ¿cómo vas tú de la pierna? —le preguntó Jaime. El pobre Rafael llevaba bastante tiempo con problemas de circulación y se estaban cebando con su pierna derecha.

Era un hombre que había hecho ejercicio toda su vida y nada más dejó de hacerlo, le vinieron todos los males de golpe.

Mira, a mí eso no me podía pasar. Como no he hecho ejercicio en toda mi vida, estoy siempre igual de mal.

Aunque a mis setenta años con estar casi que me va sobrando.

Aunque tampoco le diría que no a probar esa paella, madre mía, qué pinta tenía.

Que la mía está impresionante, pero esa no tenía nada que envidiar.

Pero bueno, a lo que estamos, que se me va el santo al cielo

—Hola, Jaime —saludó Delia con un beso.

No preguntó nada acerca de una despedida a la que se oponía por completo.

Aunque claro, era muy fácil cuando tampoco se atrevía a hablar a la novia de los motivos.

Solo quería que Jaime se opusiera y ella simplemente asentir en las sombras.

¡Menudo morro!

Pero bueno, la típica hipocresía de la humanidad.

—Hola, he llegado justo a tiempo, eh —dijo fingiendo una tranquilidad que evidentemente no sentía.

—Sí, pasa, que se enfría la paella.

Nada más entrar, tanto la hermana como la madre de Delia lo saludaron con dos besos y se sentaron todos a la mesa.

La paella estaba excelente, pese a que Jaime tenía cualquier cosa en la cabeza menos de disfrutar de semejante manjar.

Sin embargo, Delia y su hermana Carmen hicieron de expertas catadoras y fueron mostrando detalles que ni el mejor *metre* en una buena cata de vinos.

Que si la sal.

Que si se nota que has puesto agua en el último momento y hay algunos granos de arroz algo menos hechos.

Que si la leña era de no sé qué.

Que si no sé cuántos.

Jaime escuchaba sin hacer el menor caso.

Por suerte para él, el resto de la familia estaba tan pendiente de ellos mismos y de su conversación que no prestaban atención a Jaime, que no dejaba de pensar en las últimas horas.

De hecho, no podía evitar pensar en las últimas semanas.

En ese momento en el que una conversación con Delia lo había cambiado todo para siempre.

Y justo ahí, con la mente dispersa y la boca llena de arroz y pollo, no podía sino esperar que sus amigos hubieran cumplido con su parte y el coche de David estuviera en el lugar acordado.

Si no era el caso, nada de lo que habían hecho habría valido de nada.

—¿Jaime?, ¿estás bien? —preguntó su suegra, que era la única que no estaba metida en la conversación.

—Deja al chaval, que seguro que viene de empalmada. ¿No ves que viene de despedida?

—Ah, es verdad, la boda de David y Bea, qué bien, a ver cuando vosotros, eh —dijo dando un golpecito en el hombro de su hija, que ahora sí, no dejaba de observar el rostro de Jaime.

Blanquecino, como si no hubiera dormido en toda la noche.

Si ella supiera.

Tenso, como si hubiera visto algo innombrable.

Repito, si ella supiera.

Asustado, como si hubiera hecho algo imperdonable.

Ni siquiera él lo sabía.

Se había asegurado bien de ello.

31

Seis días y veintitrés horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Después de recoger todo el campamento y limpiarlo lo mejor que buenamente pudieron.

Teniendo en cuenta que eran hombres treintañeros, pues bueno, mal no lo hicieron, la verdad.

Una vez que las tiendas estaban en el maletero, toda la comida recogida, la basura y todo lo que hubieran podido hacer bien guardado, echaron un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no dejaban nada con lo que pudieran seguirles el rastro.

Si Jaime cumplía con su parte, no tendrían demasiados problemas.

Ahora tenían que largarse de allí y volver con el coche de David, para que cuando lo encontraran, pensaran que había ido él por su cuenta, mientras que sus amigos ya llevaban largo rato en casa de Carlos.

Así que se largaron a toda máquina del lugar.

Debían llegar a la casa de Carlos y fingir que habían pasado la noche allí. Una vez fuera una hora medianamente razonable, Jorge y Jaime regresarían a sus respectivas casas con sus respectivas parejas y dirían que al final no habían salido de acampada.

Que habían bebido de más antes de salir y que… bueno, era mejor no coger coche.

Lo típico.

Pero vamos, que se lo habían pasado regular porque, claro, estaba David con ellos, algo que no gustaba a ninguna de las parejas de los chicos del grupo.

Ya no pasaría de nuevo, pensó Rubén cogiendo la autopista tras más de media hora de circular por caminos de tierra.

—Carlos, por Dios, reacciona —decía Jorge a su amigo que seguía ido desde el asiento de atrás—. Rubén, este no vuelve, lo hemos perdido.

—No digas tonterías, simplemente está en *shock*, en un rato se le pasa, ¿sabemos algo de Jaime?

—Todavía no.

Miró su reloj.

—Ya debería haber llegado a Valencia.

—Pero tampoco debe llegar mucho antes que nosotros, si no sería raro.

—Bueno, teniendo en cuenta la novia que tiene, nada sospechará si es el primero en irse —dijo entonces Carlos.

Los otros dos volvieron la cabeza y no pudieron sino soltar una carcajada por la ocurrencia.

Tenía toda la razón.

Sin embargo, una vez dicha, regresó a su mundo de silencio y miradas iracundas.

Entonces, como si les hubiera leído la mente, Jaime llamó al teléfono de Rubén.

—Hablando del rey de Roma —dijo cogiendo el teléfono y conectando al instante el manos libres—. ¿Cómo ha ido?

—Regular —dijo la voz de Jaime desde el otro lado de la línea—. Hecho está, pero buff, por muy poco y no como me hubiera gustado.

—No digas más, ya lo hablamos en persona.

—Vale, voy a casa de mis suegros a comer, ¿y vosotros?

—Carlos sigue Dios sabe dónde —contestó entonces Jorge.

—Joder…

—Sí, joder, pero bueno, yo me quedaré con él en su casa una vez que haya movido el coche de David.

—Vale, cualquier cosa me decís.

—Bien.

Rubén colgó el teléfono ya entrando en la ciudad de Valencia por la carretera de Madrid, camino de la AV de Cid. No tenían demasiado tiempo. Por suerte, Carlos no vivía demasiado lejos de allí y podrían dejarlo un rato solo mientras iba a casa de David. Eso sería peor porque vivía a las afueras, en una casa en la Cañada. Y encima Bea podría estar y verles llegar a por el coche.

Esa parte del plan no la tenían demasiado bien pensada, todo sea dicho.

Pero bueno.

Las cosas eran como eran.

Los tres amigos aparcaron el coche en el portal de la Casa de Carlos. Jorge salió del asiento del copiloto y abrió la puerta de atrás.

—No lo podemos dejar así.

—¿Y qué coño hacemos? Tú ya deberías estar en tu casa. Jaime va a llegar a casa de sus suegros mucho antes que tú.

—Ya joder, pero…

—Súbelo a casa y baja, ya. No puedo hacerlo yo solo —insistió Rubén.

Jorge pareció dudar.

—O lo haces ya o nos jodes a todos, vamos, lárgate.

—Vale, vale, vale.

Nada más asentir a las palabras de Rubén, sacó a Carlos del coche y lo fue llevando a medio empujones hacia su portal. Le quitó las llaves del pantalón y los dos se adentraron en el rellano.

—La madre que lo parió… —farfulló Rubén antes de mirar el reloj.

No tenía demasiado tiempo.

No lo tenía en absoluto.

Jorge dejó a su amigo arropado en su cama, mirando hacia el infinito, y regresó al interior del coche a la carrera. Rubén apretó el acelerador y partió sin demora para coger la carretera hacia la Cañada, de camino a fuente del jarro.

Al mismo tiempo, Jaime llegaba finalmente a casa de sus suegros a comer.

Lo último en lo que pensaba era en lo buena que estaba la paella de su suegro.

32

Seis días y veintitrés horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

La carretera se perdía en el interior del bosque. El día le había alcanzado y el sol comenzaba a ascender por encima del coche.

Iba con retraso.

Debía haber llegado al río hacía un par de horas, pero la situación se había descontrolado y Jaime estaba atemorizado. Si alguien le paraba en ese momento, se pasaría el resto de su vida en la cárcel.

Y eso sin contar con la reacción de su mujer o su familia ante tal aciago suceso. El Toyota Todoterreno viró de dirección mientras Jaime bifurcaba su atención entre la espesa carretera y el GPS del coche que lo llevaba hacia su destino.

Su móvil comenzó a sonar con una melodía muy particular que informaba que se trataba de Delia.

Le había dicho dónde estaría sobre esa hora. El plan de la despedida de soltero de David se llevaba fraguando durante meses y estaba planeado hasta el último detalle. Sin embargo, tampoco podía permitirse el lujo de no contestar.

Por mucho que llegara a suponer que la noche se hubiera alargado más de la cuenta, ya eran las doce del mediodía y su vuelta estaba programada para el comienzo de la tarde.

En menudo marrón se había metido el muchacho.

—Hola, cariño —saludó Jaime mientras trabaja de serenarse. No podía permitir que su mujer notara su nerviosismo, aunque claro, no todos los días llevaba una carga como la que había tocado llevar.

—Hola, Jaime. Oye, ¿sabes más o menos cuándo vais a volver? Porque mi madre me ha dicho de comer con ellos. Ya le he dicho que seguro que venías por la tarde, pero por si acaso.

Jaime observó su reloj sin dejar de conducir.

Si era capaz de llegar a casa de sus suegros sobre las tres de la tarde, podría servirle de cuartada.

—Pues igual sí que llego, sí, porque al final no nos hemos ido a ningún sitio. No dio pereza y nos quedamos en casa de Carlos. Todos menos Rubén y David, que se fueron sobre las tres de la mañana. Así que sé ahora cuando se despierten estos, paso por casa a ducharme y voy para allá.

—Vale —contestó Delia con voz seria.

Ella no era capaz de comprender cómo podían haber ido a celebrar la despedida de David, pero claro, ella no lo comprendía. ¿Cómo iba a hacerlo?

Si no le había contado nada para protegerla.

Estos hombres…

¿Cuándo aprenderán que ocultar las cosas nunca lleva a nada bueno?

Pero bueno, a mi edad ya he perdido toda esperanza.

—Nos vemos en unas horas, cariño —dijo Jaime sin apartar la vista del GPS.

—Vale —contestó Delia antes de colgar la llamada.

El coche temblaba a causa del desnivelado terreno mientras Jaime trataba de llevar el control del volante que no dejaba de moverse.

El GPS le indicó que debía girar a la izquierda y, al hacerlo, se metió directo en un barrizal. La rueda delantera se insertó en la tierra y, por mucho que lo intentaba, la rueda no hacía sino rodar y rodar sin que el coche se moviera un ápice.

Menuda metedura de pata.

Otra más en la que se había metido de lleno, pero claro. Cuando tomas decisiones cuestionables… el destino te lo paga con un par de ostias bien das.

Salió del coche con las manos sobre la nuca y resopló al frío viento del invierno.

—¡Mierda! ¡Joder! —blasfemó antes de mirar la hora en su teléfono. Debía darse prisa si quería llegar a la comida. Pero, por otro lado, la prioridad era deshacerse de la carga.

Se aproximó a la rueda y trató de mover el coche, pero fue en vano. La rueda estaba completamente enganchada a la tierra. Se colocó tras el coche y trató de empujarlo con todas sus fuerzas, pero escaso fue el resultado.

—Joder —farfulló cogiendo el teléfono y haciendo una llamada.

Necesitaba ayuda.

O al menos consejo.

Unas pisadas se acercaron hacia el coche.

Jaime hablaba por teléfono a pleno grito a causa de la tensión y la ansiedad y, cuando se volvió, dio con una familia de excursionistas que se aproximaba.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó el hombre. Tendría unos cincuenta años bien llevados por el deporte e iba acompañado de una mujer algo más joven y dos adolescentes ataviados con todo el material necesario en dos inmensas mochilas—. ¿Se ha quedado atascado?— volvió a intervenir al no recibir respuesta.

—Sí, no puedo moverlo —contestó mientras miraba hacia el maletero como acto reflejo— Ahora te llamo —dijo al teléfono antes de cortar la llamada.

—No te preocupes, que entre todos lo sacamos en un momento —dijo el hombre aproximándose al maletero.

Jaime dio un respingo y se acercó al desconocido.

—Póngase usted al volante, ya empujo yo. Ya es bastante con que me ayude.

—Qué va, no me cuesta nada.

—Insisto.

Jaime era consciente de que el maletero no emitiría sonido alguno, pero si se abría sus problemas aumentarían de forma exponencial. No, no podía permitir que vieran el interior.

Así que sí, por supuesto que insistía.

—Muy bien chicos, poneos vosotros en cada una de las puertas y empujad cuando yo os diga.

—¿Y yo?— preguntó entonces la que sería la madre.

Digo yo, eh.

Que ahora hay mil tipos de familias y no voy a pecar yo de intolerante.

Faltaría más.

—Cariño, tú ayuda al chaval desde atrás.

La mujer asintió y se aproximó a Jaime. Este la miró mientras trataba de aguantarse los nervios y ponía las dos manos sobre el maletero. Cuando el hombre dio la señal, empujó hacia delante mientras también lo hacía hacia debajo.

No podía permitir que se levantara.

El desconocido aceleró el motor y, con la ayuda de todos, el coche salió disparado hacia delante y se dio de bruces contra un árbol.

Otras de las hostias de las que hablaba antes.

La vida… que es muy pu…

Pues eso, que sigo que me liais.

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda! ¡No me jodas! —fueron las únicas palabras que Jaime fue capaz de pronunciar en voz alta.

Menuda perlita para soltar frente a adolescentes…

El hombre salió del coche y observó la parte delantera para tratar de ver los daños causados.

—Lo siento mucho. Ha salido muy fuerte del atasco y se ha ido directo —se disculpó el hombre mientras observaba cómo Jaime caminaba de un lado para otro desquiciado—. Llamemos a una grúa, ha sido culpa mía así que yo me ocupo de los gastos. No te preocupes.

Jaime se detuvo en seco.

No podía ser.

Si acudía una grúa estaría perdido.

—No, no te preocupes. Suficiente habéis hecho con tratar de ayudarme, ya me ocupo yo, además tengo seguro a todo riesgo —mintió.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí, de verdad. Muchísimas gracias, pero haced marcha que estáis perdiendo mucho tiempo de la ruta.

Jaime fingía una tranquilidad que se había desvanecido hacía horas. La familia finalmente se marchó tras insistir en exceso para la paciencia de Jaime y el teléfono comenzó a sonar de nuevo.

Miró la hora.

No iba a llegar a la comida y no tendría excusa que pudiera contar.

Observó el final del camino.

El río estaba demasiado lejos, pero debía alejarse lo máximo posible.

Entró de nuevo en el coche y el motor rugió de primeras, aunque el humo que salía del capó no era buena señal. Aceleró y se metió en la senda. Condujo unos diez minutos sobre el peliagudo terreno con el corazón en un puño hasta llegar al río. Bajó a toda prisa y abrió el maletero.

Ahí estaba.

Cogió el enorme bulto y lo lanzó sin pensarlo al agua a la espera de que la corriente lo alejara lo máximo posible. Su plan inicial pasaba por anclarlo con peso y que cayera al fondo. De esa forma tardaría meses en ser encontrado, pero por desgracia las circunstancias habían cambiado. Volvió al interior del coche y contestó la llamada.

Estaba hecho, ahora solo quedaba esperar que el coche no lo dejara tirado a mitad de camino.

Miró el reloj.

Si el coche no le fallaba llegaría a tiempo para la comida con sus suegros. En toda su vida había tenido tantas ganas de verlos.

33

Siete días y cuatro horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte.

El sonido de los pájaros sobrevolaba el campamento junto al soplido del viento, mientras los cuatro amigos observaban obnubilados los restos de humo y el esperpento que había quedado de la tienda de campaña.

—Dios bendito —farfullo Jaime, sin poder creer lo que sus ojos trataban de narrarle.

El rostro de Carlos era todavía peor.

Acababa de quitarse un problema de encima a costa de uno de sus mejores amigos.

Sobre el papel había sido algo que podía haber llegado a aceptar.

Casi agradecer.

Pero la realidad parecía bien distinta.

O, al menos, eso era lo que dictaba su rostro.

Entonces, Jorge, que si bien podía parecer el más infantil y malcriado de los cuatro, también tenía el cerebro más pragmático, dijo:

—Tenemos que movernos, ya — dijo sin apartar la vista de su reloj.

Nadie contestó.

Sus tres amigos parecían totalmente fuera de sí.

El primero en volver de su letargo fue Rubén.

—Sí, hay que…

—Cogerlo — añadió Jaime sin moverse—. Voy a por el coche.

No era tonto el chaval, si estaba yendo a por el coche no tenía que hacer nada más.

—Y yo voy a por el otro — añadió Rubén, dándose ya la vuelta.

Y ahí se quedaron, Jorge con cara de tonto por haberse quedado atrás.

Y Carlos, totalmente en estado de *shock*.

Vaya par…

—Id… Ya sabéis —remató Rubén ya desde la distancia.

Y eso hicieron.

O, más bien, eso hizo Jorge, porque Carlos no salió de su estado en todo el tiempo en el que Jorge buscaba la enorme bolsa del interior de una de las tiendas.

Junto con la cinta aislante y varias tijeras.

El kit completo del asesino, básicamente.

Cuando regresó, Jaime ya había llegado con uno de los coches, justo con el que tendría que largarse cagando leches de allí.

—¿Todavía sigue esto… así?

—Sí, es que Carlos no está muy colaborador, que digamos —contestó Jorge llegando junto a la tienda de campaña, que todavía estaba llena de humo.

Carlos no dijo nada.

—Joder —farfulló Jaime, en cambio.

Su escapada a por el coche no le había servido de mucho.

Por no decir, de nada.

Acto seguido, tanto Jorge como Jaime entraron en la tienda y, tratando de no mirar demasiado lo que había en su interior, metieron el cuerpo todavía caliente de su amigo en el interior de una enorme y negra bolsa.

Cuando Rubén llegó junto a ellos —Este sí que había tardado el tiempo suficiente para evitarse el marrón de meter a su amigo en una bolsa—, ya habrían precintado con cinta y no se veía nada del interior.

Había caminado hasta el lugar en el que habían escondido su coche para poder volver después. Parte del plan que habían planeado durante semanas.

Cuando llegó, apartó las hojas y ramas que habían dejado por encima y arrancó de vuelta al campamento.

—Hay que meterlo en el coche de Jaime —dijo todavía desde el interior de su coche—. Si no nos vamos, ya los tiempos se nos van a joder, pero bien.

—Ya estamos jodidos, Rubén, ya debería haberme ido, joder.

—Pues no sé a qué coño esperas para meterlo en el maldito coche.

La tensión estaba más que patente en el ambiente. Algo lógico, teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir, evidentemente.

Jamás entenderé a las personas que son capaces de ponerse en ese tipo de situaciones. Es cierto que razones había, y muchas, pero siempre hay una opción legal para alcanzar un destino.

O, al menos, eso era lo que yo pensaba en el momento en el que trascurría esta historia.

Todo lo que viví unos meses después me hizo replantearme todo en lo que creía.

Pero bueno, que me voy por las ramas.

La edad…

Que Jaime y Rubén se estaban diciendo de todo mientras Jorge observaba y Carlos seguía en sus mundos, mirando hacia el infinitivo.

—¿Y qué coño le pasa a este imbécil? —preguntó Rubén en referencia a este último.

—Se ha quedado pallá, no contesta ni reacciona —dijo Jorge mientras ayudaba a Jaume a meter la bolsa negra en el interior del maletero.

—No podemos dejarlo así en casa.

—Bueno, al menos él vive solo y no tiene que dar explicaciones a nadie —contestó Rubén saliendo del coche y poniéndose a ayudar a sus amigos.

Entre los tres ya habían metido el cuerpo y cerrado el maletero, cuando Jorge contestó.

—Pero qué más da que viva solo o no, tal y como está, se ahoga él solo en la ducha.

—Yo había quedado con Inés para dejarme ver, pero si hace falta, me voy con Carlos a casa y me quedo con él hasta que mejore.

—Sí, haz eso porque si no…

Mientras Jorge y Rubén hablaban, Jaime ya se había metido en el coche y arrancado el motor.

—¡Recoged todo esto y largaros, vamos muy mal de tiempo!

Dicho esto, salió a toda velocidad por el camino que le llevaría al lago.

Esperaba que sin contratiempos.

Poco tardó en quedar decepcionado.

34

Siete días y seis horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Jaime había programado la alarma de su reloj para que sonara a las seis en punto de aquella aciaga mañana.

Aunque finalmente no le hizo falta en absoluto.

Desde el momento de acostarse a dormir, no había hecho más que contemplar la lona que hacía de techo de la tienda de campaña que compartía con David. Porque sí, al pobre Jaime le había tocado dormir con el hombre que él sabía que iba a morir.

Unas horas atrás habían estado bebiendo y comiendo junto al fuego y allí, como una decisión cualquiera de un día normal, habían decidido quién de ellos pasaría con su amigo sus últimas horas en el mundo de los vivos.

Debo decir que ahora, antes del juicio de la mente que planificó todos los acontecimientos que os estoy narrando, estoy convencida de que para ellos ese día debió de ser horrible.

Al menos para algunos de ellos, porque cada vez tengo más claro que el acusado no era el único que deseaba el desenlace que finalmente tuvo lugar. Pero no así, Jaime, de eso sí que estoy completamente segura.

Que el pobre de bueno era tonto.

Los ronquidos de David retumbaban por toda la tienda. El sonido del viento opacaba el sonido de unos pasos en el exterior. Unos pasos que significaban lo que la alarma ya le había pronosticado.

El momento había llegado.

Trató de convencerse a sí mismo de salir de inmediato; sin embargo, su mente peleaba fervientemente contra sus obligaciones.

Habían tomado una decisión.

Y aunque bien era cierto que creía con fervor en que era un desenlace merecido, era más de lo que podía soportar.

Recordaba cada momento junto a David desde hacía tantos años y era incapaz de creer que todo fuera cierto.

¿De verdad iban a hacerlo?

Porque una cosa era pensarlo, incluso planearlo, pero llegado el momento había pensado que alguien se echaría atrás. O que alguno de ellos dijera al fin que todo era una broma.

¡Sorpresa!

Tenía que serlo porque si no…

La realidad era demasiado fuerte para que su mente lograra asimilarla.

Jaime suspiró decaído y se levantó muy despacio, como tratando de esa manera de que el mundo olvidara su existencia y pudiera continuar allí tumbado, escuchando los últimos ronquidos de su amigo.

Una vez en pie, se giró brevemente hacia el saco de dormir de David y tragó saliva antes de salir de la tienda.

Unos minutos antes, Rubén y Carlos se habían despertado con el sonido del viento.

Era una de esas veces en las que los ojos se abren antes de que suene el despertador y cuando lo miras, ves que estaba a punto de sonar. Ambos alzaron el tronco y se observaron en silencio antes de llegar a levantarse. Pese a todo, era un día realmente duro para los dos.

Jorge entró con sigilo.

—Ya es la hora— murmuró hacia el interior de la tienda.

Ambos asintieron con la cabeza y se levantaron. Carlos se puso una chaqueta de plumas y se quedó mirando cómo Rubén buscaba entre las maletas la bolsa que David había estado a punto de encontrar el día anterior.

Puedo imaginar la cara que hubiera puesto si llega a abrir la bolsa. Madre mía, qué susto que se habría llevado.

Posiblemente, todo hubiera sido distinto. No estoy segura de si mejor o peor, pero al menos sí diferente. Cogió la bolsa y siguió los pasos de Jorge hacia el exterior, seguido de Carlos.

Los tres se quedaron unos segundos contemplando el amanecer antes de aproximarse a la tienda en la que estaría Jaime. Carlos sacó cuatro trozos de tela blancos y los repartió entre el resto, al tiempo en el que Rubén abría la bolsa y sacaba cuatro pistolas.

Cada uno de ellos se ató un trozo de tela por detrás de la cabeza y dejó la parte de delante bajo la barbilla a la espera de que Jaime se uniese a ellos. Este, al fin, apareció entre las lonas que hacían de puerta de la tienda.

Alzó la vista y se convenció de que ya no había vuelta atrás.

Nada de lo que dijera podría cambiar la situación.

Su mirada contempló la bolsa abierta en medio de sus tres amigos donde asomaban las armas, al tiempo que Carlos le alargaba un trozo de tela blanco que haría de antifaz.

Tragó saliva antes de colocárselo por detrás de la cabeza y alzó una mano para que Rubén le diera su arma.

Cuando los cuatro tuvieron las pistolas sobre las manos, se dirigieron una última mirada y se colocaron la tela sobre los ojos.

Nadie quería ver lo que iba a ocurrir a continuación.

Todos contaron hasta cinco en un nervioso murmullo y apuntaron sus armas hacia el interior de la tienda.

El sonido del viento y el graznido de los pájaros quedó plenamente opacado por el estruendo de cinco disparos que se perdieron en el monte en pleno amanecer.

35

Míster Tercero continuaba observando una experiencia que, por el momento, seguía siendo verdaderamente positiva.

Buenas audiencias.

Excelentes pagos por hándicap.

Trepidantes momentos.

Épicas muertes.

—¡Las paredes de los lados! —dijo uno de los participantes antes de caerse de bruces sobre el suelo y que la mayoría de los otros participantes pasaran por su lado para salvar la vida.

Por suerte para él, otro de los participantes se detuvo a su lado y, justo antes de que la pared lo ensartara, lo levantó y lo lanzó hacia delante. El hombre salió disparado con la mala suerte de golpear por la espalda a otra participante y que esta cayera al suelo. Justo después, una enorme azada gigante salió disparada desde la pared de derecha y le pasó justo por encima sin llegar a tocarle.

Entonces Nick Teller decidió que si alguien moría era mejor para sus intereses y empujó a una de sus compañeras. Esta se cayó hacia delante y empujó a una segunda que fue aplastada por la pared y destrozada por las hachas.

La pared continuaba su movimiento hacia delante y ya no les quedaba demasiado espacio.

Míster Tercero se levantó y caminó junto a sus empleados, no quería perderse nada de lo que estaba pasando.

—La llave está ahí —dijo Nick Teller por primera vez en mucho tiempo, señalando por encima de las cabezas de los participantes.

—No puedo llegar yo solo. ¡Ayúdame! —le ordenó a uno de sus compañeros del que Míster Tercero desconocía el nombre.

—Yo no pienso ni acercarme a ti ni loco, puto pirado —contestó con los ojos repletos de rabia.

—Yo lo haré, ¿qué quieres de mí? —contestó la tal Rosa Guerrero, la asesina que coleccionaba cabezas en tarros.

Esa mujer era interesante.

—Súbete a mis hombros —contestó él al instante.

—¡Ya! —insistió.

—¡Diantres! —exclamó la mujer y se acercó a Nick mientras se agachaba para que subiera a sus hombros. Nada más hacerlo, la aupó hacia arriba y rozó la llave con los dedos.

—Disminuye la velocidad de la pared. No quiero que mueran aquí todos, eso sería… un fastidio —dijo Míster Tercero observando la escena.

—Sí, Míster Tercero.

La mujer lo intentó de nuevo, y esta vez por poco no lo cogió.

—¡Demon! —exclamó Nick Teller.

Pero, a la tercera, fue la vencida. Cogió la llave con la mano y se la lanzó a otro de los participantes. Este la pilló al vuelo y abrió la puerta mientras la mujer caía sobre la piedra que hacía de suelo y todos se lanzaban hacia el otro lado.

Hacia la oscuridad.

Acababan de entrar en el interior de una maldita pirámide egipcia cuando Míster Primero salió de su despacho hecho una furia.

—¿Qué coño acaba de pasar? Ese hombre ha matado a una participante y no has hecho nada. ¿Cómo lo dejas que pase?

—Iba a aleccionarle ahora mismo, Miss Séptima, haz el favor.

—Claro.

La mirada que le echó Míster Primero no le gustó lo más mínimo.

Pero él no entendía que La Experiencia era una empresa y que, como tal, debía de ser viable económicamente. Se le hacía evidente que Míster Primero, del mismo modo que Miss Segunda en su momento, venía de una familia rica y que lo había tenido todo fácil en la vida.

El único de los tres que no había tenido recursos era él, que había estudiado con ellos con una beca. Él se lo había tenido que ganar todo con sudor y esfuerzo.

—En primer lugar, debo aleccionar a uno de los participantes. Se ha saltado las normas que prohíben asesinar a otro participante en dos ocasiones sin consentimiento del Máster y eso es algo que no se puede tolerar —dijo Miss Séptima antes de pulsar un botón.

Nick Teller se tensó, como un león acorralado, cuando se abrió una brecha en la pared repleta de símbolos y un fino filo metálico se le incrustó en el hombro.

—No se trata de una herida letal, sin embargo, si continúa recurriendo a la violencia sin consentimiento del Máster, finalmente será ejecutado sin miramientos. Espero que lo haya comprendido y que puedan continuar con La Experiencia sin contratiempos. Y, en segundo lugar, sean bienvenidos a la siguiente parte de la experiencia: la maldición del faraón. Espero que la disfruten.

Míster Tercero asintió hacia su líder y amigo durante años, que le devolvió el asentimiento.

—Una más y lo ejecutas —dijo hacia Miss Séptima—. No podemos perder de vista el propósito de todo esto.

Esto último lo dijo en dirección a Míster Tercero, como un recordatorio de dónde estaba su lugar.

No lo olvidaría.

36

Ocho días antes del entierro de Beatriz Montalbán

El fuego crepitaba en el centro del círculo que los cinco amigos formaban alrededor de él. El cielo había oscurecido por completo, y las estrellas se extendían como un manto sobre ellos. Con una cerveza en mano, Rubén rompió la tranquilidad que se había instalado tras la cena.

—Que yo otra vez con David no duermo. Esta vez que se lo coma otro —dijo Rubén antes de reírse con ganas.

El resto bebían cerveza y le acompañaban en su risa alrededor de la hoguera. Hacía un par de horas que habían terminado de cenar el embutido y unas patatas cocinadas a la brasa.

—A mí no me jodáis que ya lo he aguantado muchas veces.

—¡Qué exagerados que sois! —intervino David mientras casi escupía la cerveza por la boca.

—¿Exagerados? La última vez pensé que se caía la habitación, colega —replicó Rubén, muerto de risa.

—¿Y lo de Londres, qué? —preguntó de pronto Carlos.

—Es verdad, qué hijo de puta…

—Mira, ese día sí que pensaba que nos echaban del hotelucho por los ronquidos de este— añadió Jorge antes de dar otro trago.

Rubén terminó de reírse y dijo.

—Pero, en serio, ¿Bea cómo te aguanta?

—No lo aguanta —contestó Carlos.

—Pero, de verdad, ¿cómo duerme? —preguntó entonces Jorge.

—Usa tapones —contestó David con resignación antes de que todos se rieran y Jorge por poco no se cayera de la silla.

—Venga, va, que nunca ponéis tantas pegas para dormir conmigo. Yo duermo en la pequeña. ¿Quién duerme conmigo?

—Yo no.

—No.

—Tampoco.

—Yo… mierda —contestó Jaime, al que la frase de David le había pillado en medio de un trago.

—Lo siento, macho, te ha tocado —finiquitó David dándole una palmadita en la espalda.

Jorge y Jaime soltaron una carcajada mientras Carlos daba un trago a su cerveza.

Aunque esa risa era más de alivio que de verdadera gracia.

—Sí, tú bebe, bebe, que ya veremos con quién acabas en la cama esta noche —dijo Rubén señalando con el dedo a Carlos.

—No me lo recuerdes, no me lo recuerdes —contestó después de tragar.

—Espera, espera, ¿cómo es eso? —preguntó entonces Jaime.

—Es verdad que tú no lo sabes —intervino David.

—Y que siga así…

—Fue cuando cortó con Ana.

—¿Y qué pasó? Que yo sepa, lo llevabas bien, ¿no? —preguntó de nuevo Jaime.

—Sí, pues ahora verás lo bien que lo llevaba. Se pilló un pedal y se lio con una tía, pero con una cincuentona, pero no una de las que dices, joder que bien los lleva, no.

—Ya te digo yo que no —añadió Jorge, muerto de risa.

—Cállate, cabronazo —dijo hacia Jorge—. Pero es que lo peor es que no paraba de llamarme y te juro que no sabía ya cómo quitármela de encima.

—O de debajo —añadió David.

—Tío, esta tía te violó —dijo Jorge, sin parar de reírse.

—Bueno, por lo menos no recuerdo nada de esa noche. Bueno, ni de esa noche, ni de los dos días de después. Menudo ciego.

—Si ya te dijimos que pararas en el chupito veintiséis, animal.

—Hasta te escondimos la botella y tú la encontrabas todo el rato. Definitivamente fue culpa tuya.

—Sabes que si fuera al revés serías un cabrón, ¿verdad? —preguntó entonces Rubén, más serio.

—Eso lo dices por experiencia —contestó Jaime sin variar el tono jocoso.

—No, en serio. Si te acuestas con una chica que va tan borracha que no sabe lo que hace, eres un cabrón. Y si vas tan borracho que es ella la que se aprovecha de ti y le dices que fue un error, sigues siendo un cabrón. Conclusión —terminó de decir antes de alzar los brazos como un director de orquesta.

—Que los tíos son unos cerdos —contestaron todos a la vez.

—Brindo por eso —farfulló Rubén alzando la bebida.

Los cinco se mantuvieron varios segundos entre risas, hasta que la melancólica voz de Jorge ensombreció el momento.

—Sara está embarazada —anunció con la mirada ausente entre las llamas del fuego.

Sus cuatro compañeros detuvieron las risas y se miraron los unos a los otros.

Lo que debería ser un momento de alegría parecía de todo menos eso.

Bueno, de alegría entre comillas, teniendo en cuenta lo que iban a hacer al día siguiente, claro.

Todos ellos comenzaron a pensar posibilidades para su falta de emoción ante dicha revelación.

—Felicidades —comentó Carlos de forma que parecía más una pregunta que una felicitación.

—Sí, tío, enhorabuena —añadió entonces David, algo turbado.

—Pero no quiere tenerlo…

—¿Y tú sí? —preguntó Rubén.

—Sí, pero si ella quiere abortar, no puedo hacer nada al respecto…

—Eso es una mierda, tío.

—No sabía que estuvieras en contra del aborto —comentó David sorprendido.

—Y no lo estoy —contestó con la mirada puesta sobre David—. Pero si una mujer se queda embarazada y tú no quieres ser padre, lo tiene y punto. No es justo que el hombre no tenga nada que decir.

—Bueno, pero es que no es lo mismo, tío. El hombre no lo tiene que tener dentro durante nueve meses, ni tiene que aguantar un parto —intervino Carlos.

—Pero no por eso lo va a querer menos —replicó Rubén algo molesto.

—Bueno, pero es lo que dice la ley —contestó Jaime tratando de ser la voz de la razón.

—Me da igual lo que diga la ley —dijo al fin Jorge, que había estado con la mirada perdida mientras escuchaba a sus amigos—. Yo quiero a ese niño y me siento preparado para ser padre, y Sara lo sabe, pero dice que no quiere tener hijos.

—Dile que te encargarás tú solo del niño —sugirió Jaime.

—Ya lo he hecho, pero dice que no quiere saber nada.

—Viva la igualdad —farfulló Rubén antes de lanzar una ramita al fuego y dar un trago a su cerveza.

—Bueno, pero es que las mujeres no deberían de ser madres si no quieren serlo. Tienes razón con lo que, si fuera al revés y le dijeras que no quieres saber nada del niño, podría tenerlo igualmente. Y, en cambio, siendo al revés no, pero no puedes pedirle que lo tenga nueve meses dentro y que se deshaga de él al nacer, eso es muy cruel. Por mucho que nos duela, no somos iguales en todo —dijo Carlos sin mirar a nadie, como un argumento hacia el infinito.

—Tienes razón. ¿Cuántas mujeres hay maltratadas?, ¿Y hombres? Es que es normal que la ley las proteja en algo —añadió Jaime con voz firme, casi enfadada.

Todos se mantuvieron unos instantes en silencio con la compañía del sonido del viento y de los ululatos de los búhos. El fuego era intenso como tensa la situación tras las palabras de Jaime y nadie sabía bien qué decir a continuación hasta que Rubén finalmente se pronunció.

—Estoy de acuerdo, pero creo que son casos muy diferentes, no puedes comparar a un hombre que quiere o no tener un hijo con uno que le pega a una mujer. El hombre que le pega a una mujer no es un hombre ni es nada.

—Brindo por ello —dijo Jorge, pensativo. Solo quedaban unas pocas horas para hacer lo que todos sabían que debían hacer. Era algo bueno que se retroalimentaran en que era lo correcto antes de que alguno se echara atrás.

37

Ocho días y once horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El todoterreno recorría con seguridad el sendero que llevaba a los cinco “Amigos” a la sierra de la Calderona. Tras varios intentos fallidos, finalmente habían encontrado un fin de semana para celebrar la despedida de soltero de David.

¡Cómo cambia la vida a partir de los treinta, eh!

A los veinte años ves a tus amigos cada dos por tres, pero es llegar a los treinta y no sé qué pasa, pero lo que cuesta verlos a todos.

Bueno, no sé lo que pasa, no, claro que lo sé. Llegan los trabajos, las bodas, los niños y a tomar viento….

David estaba encantado.

Alma cándida e ignorante.

Pero después de todo lo ocurrido con Bea, necesitaba unos días de descanso. Vamos, que si los necesitaba. Y un fin de semana con sus mejores amigos perdidos en el monte era el plan ideal. Mucho mejor que los destinos típicos con mujeres desnudas y alcohol.

No, en absoluto. Para él era infinitamente más relajante una salida al monte para despedir su vida de soltero. Aunque claro, él no sabía que en ese viaje iba a decirle adiós a su vida en todos los sentidos.

El plan era acampar —Ilegalmente— en una zona arbolada en la sierra Calderona. Era un lugar precioso al que Jaime iba de vez en cuando con Delia y donde conocía las mejores rutas de montaña para perderse en la naturaleza.

La mañana era algo fría para tratarse de noviembre. Todavía el calor se mantenía presente en Valencia, pero en el monte la sensación era distinta. La altura propiciaba la presencia de la bruma y el helor traspasaba las chaquetas y se aferraba a los huesos.

—Sigo sin entender por qué venimos en el único coche que no tiene calefacción. Hace un frío de cojones —se quejó David desde el asiento de atrás, junto a Rubén y a Jorge, que dormía plácidamente.

—Pues porque es en el que más cómodos ibais a ir ahí detrás —contestó Carlos desde el asiento del copiloto.

—Macho, que ya lo hemos hablado. Hicimos una votación y salió que preferíamos el espacio por encima de la temperatura. No des más por saco —intervino Rubén—. Además, que aquí atrás estamos apretaditos y nos damos calorcito —terminó de decir mientras se aproximaba más a David.

—Tira para allá, pesao —dijo David antes de soltar una carcajada—. De verdad que tengo el cielo ganado con vosotros —Bueno, lo iba a averiguar pronto—. Porque además, manda narices que el más bajito de los cuatro sea el que vaya delante. Si es que es digno de estudio.

El coche se desvió de la carretera para entrar de lleno en el bosque. Jaime ojeaba cada pocos segundos el GPS porque Carlos —que debía servirle de copiloto— no le hacía ni puñetero caso.

—Pues porque tijera gana a papel, cansino.

—Hombre ya, pero no todo tiene que ser a suertes. La situación debería de variar dependiendo de las circunstancias. O si no, también se podía haber votado.

—Vamos, que para decidir si priorizamos calefacción o espacio, la democracia es una mala idea, pero si es para ver quién va delante, entonces sí. Estupendo.

Jaime movía la cabeza de un lado para otro al escuchar la conversación de sus amigos antes de frenar en seco junto a un enorme árbol que podría servirles de sombra cuando el sol se alzara sobre ellos.

—Este parece un buen sitio, ¿no?

—Sí, está bien —contestó David sin contestar al comentario de Carlos.

—Eres tú el que ha venido aquí antes, así que tú sabrás —dijo Rubén desde detrás.

—Vale, pues, ya hemos llegado —finiquitó antes de quitarse el cinturón y dejar las gafas de sol sobre el salpicadero. Sus amigos hicieron lo propio y comenzaron a apearse del coche. Las tiendas de campaña no iban a montarse solas.

—¿Y este? ¿Sigue durmiendo? —preguntó David dirigiéndose al maletero en referencia a Jorge, que estaba en el quinto sueño.

—La madre que lo parió —contestó Carlos cogiendo por el asa una de las maletas.

—Tranquilos que yo me ocupo —añadió Rubén antes de comenzar a hacerle cosquillas en la nariz.

Jorge se despertó de golpe y dio un pequeño respingo.

—¡Parad ya cabrones! —exclamó antes de desperezarse y soltar un bostezo.

Los otros cuatro soltaron una carcajada a expensas de su amigo.

—Te has vuelto a quedar sobado ¿Haremos un viaje en el que no te duermas? —preguntó Carlos mientras seguía cogiendo y llevando maletas de un lado para otro.

—Menos mal que tú no conduces, macho —añadió Rubén sin moverse del asiento anexo al de Jorge.

—Si alguna vez saliéramos a una hora normal…

—Claro, porque las nueve de la mañana, no es una hora normal… —contestó Jaime saliendo también del coche una vez el motor estaba apagado y las llaves en su bolsillo.

—Si fuera por ti, no saldríamos hasta la una —se quejó David.

—¿Y qué tendría de malo?

Jaime puso los ojos en blanco. Conocía demasiado bien a su amigo como para caer en la provocación; sin embargo, David entró al trapo de pleno.

—Pues que vaya mierda de fin de semana. Si llegamos a las cinco de la tarde, montamos las tiendas y ya casi nos vamos a dormir. Pues tú me dirás.

—Es que es un fin de semana de relax. No entiendo por qué tenemos que ir con un petardo en el culo. Ya tengo suficiente estrés el resto de la semana —contestó Jorge sin dejar de bostezar. El viaje, sin hacer nada, lo había dejado baldado.

—Es que igual el relax no significa para ti lo mismo que para mí. Siempre igual. Además, ¿qué coño me estás contando? Si tú no entras hasta las diez de la mañana. De verdad es que no sé cómo puedes sentarte con esos huevazos…

—Ya está bien. No empecéis otra vez —intervino Jaime para tratar de calmar las agitadas aguas entre dos amigos que compartían algo más que una carrera universitaria.

Sí, va… ya está, vamos a relajarnos, que a fin de cuentas a eso hemos venido —dijo esta vez Carlos, quien no había dejado de llevar maletas en ningún momento y no paraba de tirar vaho por la boca.

—Pues eso digo yo —contestó Jorge.

—Por cierto, ¿vosotros dos tenéis pensado hacer algo? —preguntó Carlos con una sonrisa después del quinto o sexto viaje de llevar las maletas hacia Jorge y Rubén, que no se habían movido un ápice.

Jorge y Rubén compartieron una mirada y soltaron una carcajada como repuesta. No, no pensaban hacer ni el huevo.

¡Vaya par de dos!

Llego estar yo ahí y los pongo a currar como que hay dios, pero claro, evidentemente yo no estaba ahí.

De hecho, sería raro.

Carlos, David y Jaime comenzaron a montar las tres tiendas de campaña bajo la sombra del árbol, mientras Jorge permanecía un rato en el interior del coche por simple cabezonería.

Necesitaba demostrar su descontento.

Y Rubén caminaba de un lado para otro para hacer como que contribuía mientras bebía cerveza tras cerveza.

Cuando Jorge finalmente se unió al resto, dos de las tiendas ya estaban montadas y Jaime estaba terminando la tercera con la limitada ayuda de Rubén, que, con una mano en la lona y la otra al botellín, le servía como ancla. Mientras tanto, Carlos y David se alejaron para recoger algo de leña para la hoguera porque, puestos a hacer una acampada ilegal, había que hacerla bien.

El bosque se adentraba en la espesa sierra. El sol comenzaba a alcanzar el punto más alto del mediodía cuando dieron con un árbol caído con ramas rotas a su alrededor. David, con la calva cubierta por una gorra de Nike y la cara a rebosar de crema solar de protección cincuenta. Que, por cierto, que yo no lo sabía, pero el número no es la potencia de la crema, sino la duración de la protección. No hacéis ni una idea de cuántos quemazos se habría ahorrado mi hijo Paquito si lo hubiera sabido cuando era pequeño. El pobre cada verano acababa como un británico en Benidorm.

Carlos se mantenía en silencio mientras recogía leña y se la echaba al hombro.

—Carlos… —comenzó a decir David sin parar de coger las mejores ramas posibles.

—Lo sé.

—Me dijiste tres meses, tío.

—Ya lo sé joder, pero es que nada me ha salido como pensaba. La licencia del taxi me ha costado una pasta y aunque no va mal no tira suficiente para todo. Aparte de la maldita hipoteca y del préstamo que ya tenía de antes para arreglarme la boca —contestó Carlos antes de dejar la madera sobre la tierra y alzar la vista hacia David.

—Lo sé —repitió—. Y de verdad que te entiendo, tío, fui yo el que me ofrecí para dejarte la pasta, pero Bea no lo sabe y no puedo ocultarse eternamente. Y menos ahora con todo lo que nos viene encima, tío. Nos vamos a gastar una pasta y ese dinero nos hace falta, pero es que aunque pudiéramos tirar sin él no podría esconder esa cantidad como si nada. Que no soy notario, coño.

Carlos se sentó sobre el tronco del árbol caído y se llevó las manos a la cara. Él era consciente de lo que iba a ocurrir al amanecer y, aunque le doliera el alma, eso le quitaría un gran problema de encima.

—Lo sé, dame una semana.

—¿Una semana?, ¿en serio? —preguntó David sorprendido.

Era imposible que pudiera reunir ese dinero en tan poco tiempo si no había podido pagarle un céntimo en ocho meses. De hecho, si de verdad era capaz de hacerlo, era que el muy desgraciado podía haberle pagado antes. Pero claro, ya se lo echaría en cara llegado el caso, no era momento de tensar.

Y, por el otro lado, para Carlos eran palabras vacías. Si Bea desconocía de la existencia del préstamo, no iba a decírselo él.

—Una semana.

—Muy bien, tío. De verdad que me sabe fatal, pero no puedo joder mi futuro matrimonio antes de que empiece —farfulló David antes de acercarse y rodearle con los brazos. Y cómo Carlos le llegaba por debajo de la barbilla, la escena era un tanto cómica.

—Claro que no.

Los dos amigos cogieron los trozos de leña y volvieron a la tienda. Jaime estaba terminando de montar la última tienda ante la mirada de Jorge y Rubén cuando David y Carlos aparecieron con la madera.

—¿Qué os parece este sitio para la hoguera? Podemos sentarnos aquí alrededor para hacer las brasas y después comer al lado —preguntó David antes de soltar la leña sobre ella tierra.

—Sigo pensando que hacer una hoguera ya es excesivo. Yo vengo mucho por aquí, pero una cosa es acampar de forma ilegal y otra muy distinta es hacer fuego. La podemos liar pardísima —contestó Jaime mientras cogía dos cervezas de una nevera portátil y se las lanzaba a los dos recién llegados. Acto seguido cogió dos más y le tiró una de ellas a Rubén, que le hacía señas, y abrió la suya.

—Pero ¿tú vienes en invierno? —preguntó Carlos mientras daba el primer trago a su birra.

—Normalmente no, la verdad.

—Es que la cosa cambia, eh. Esta noche fácil vamos a estar bajo cero y, si no hemos calentado un poco esto, nos vamos a arrepentir.

—Bueno, pero en las tiendas tenemos estufas portátiles —dijo Jaime.

—Hombre, ya, pero la gracia es estar aquí fuera hasta que nos acostemos y si no hacemos fuego nos vamos a congelar —añadió Jorge.

—¿Otra vez vamos a discutir una decisión que ya habíamos tomado? —preguntó Rubén antes de sentarse sobre una silla plegable.

—Vale, vale, tenéis razón. Dijimos que haríamos una hoguera y eso es lo que haremos —aceptó Jaime finalmente.

—Perfecto, pues venga, vamos a comer algo —dijo David.

—Sí, que luego toca la ruta de montaña.

—Buff.

—Qué pereza, al menos dormiremos siesta primero, ¿no?

—Pero si te has dormido todo el camino, la madre que te parió —contestó David mientras el resto se reía a carcajada suelta.

Para no faltar a la costumbre, Jorge y Rubén continuaron con la bebida mientras Jaime, Carlos y un enfadado David se encargaban de la comida.

—Mierda —farfulló Jaime saliendo al exterior de una de las tiendas. Había estado más de veinte minutos buscando por todas partes hasta darse cuenta de que no estaba—. Nada, que nos hemos dejado los huevos.

—¡Qué cagada! —exclamó Carlos mientras que trataba de encender el fuego.

—No pasa nada, eso lo arreglo yo con mi receta secreta —contestó David para salvar el día. Todo el mundo conocía sus dotes de cocinero; de hecho, la receta de pasta carbonara que iba a preparar era muy conocida entre sus amigos.

—¿Pero qué vas a necesitar? —preguntó Jaime sin llegar a salir de la tienda.

—Tomate frito.

—¿Y qué más? —preguntó esta vez Carlos.

—Nada más —dijo antes de soltar una carcajada.

—Qué cabrón.

—Anda, y que te den.

—Buff.

Fueron algunas de las reacciones a la broma sin gracia de su amigo. Comieron pasta con tomate y descansaron unos veinte minutos que terminaron siendo hora y media y salieron a caminar. El frío era menos intenso antes del atardecer, y los cinco caminaron ocho kilómetros por la sierra hasta que el sol comenzó a bajar y sus estómagos a rugir.

La vuelta fue más rápida que el camino de ida. El hambre, unido a que la pendiente era hacia abajo, ayudó a aumentar los ánimos de los caminantes. Carlos llegó junto a las tiendas y comenzó a juntar madera.

—Jaime, ve sacando la carne mientras hago las brasas.

—Tranqui, que ya voy yo —contestó David antes de meterse en una de las tiendas.

Carlos alzó la vista y se quedó petrificado. En esta tienda es en la que estaba la bolsa donde se encontraban las armas. Jorge y Rubén se miraron sin saber cómo reaccionar cuando Jaime entró tras los pasos de David.

—¿Dónde está la carne?, ¿Es en esta nevera? —preguntó David apartando bolsas de un lado a otro.

Jaime estaba blanco como la nieve que todavía no había alcanzado la Sierra Calderona ese año. Jorge y Rubén entraron tras Jaime.

—David, Carlos, dice que le ayudes con la brasa.

—Macho, ¿no podéis hacerlo vosotros?

—Hombre… cómo poder…

—Bueno, pues, yo estoy con la carne. Bueno, lo estoy intentando al menos —espetó antes de erguirse y pisar una de las bolsas. Jorge soltó un gritito y el rostro de Rubén se igualó con el de Jaime con un blanco fantasmal.

—¿Pero qué coño llevas aquí, tío? Esto está durísimo —preguntó hacia Jaime—. Oye, estás pálido, ¿estás bien?

David volvió a vista hacia la maleta y se dispuso a abrirla. Jaime estaba pasmado y Jorge a punto de vomitar, cuando Rubén reaccionó.

—No la toques.

—¿Por qué?

—Porque no puedes saber lo que hay ahí dentro.

—¿Pero qué me estás contando, Rubén?

—A ver, David, vale que querías una despedida tranquila, pero algo teníamos que hacerte —se defendió Rubén.

—Pero si os dije que no quería nada.

—Ya, bueno, pues si no quieres no te lo hacemos —dijo Jaime, que había encontrado su color natural con la intervención de su amigo.

—Eso, si no quieres, no hace falta.

—No, no, da igual. Si habéis comprado algo, pues, adelante. Pero bueno, me salgo de aquí, no me vaya a encontrar con otra sorpresa.

Y menuda sorpresa que le habían preparado al muchacho.

—Eso, ale, a la hoguera —finiquitó Jaime antes de coger la mochila y ponerla al final de todas, justo al fondo de la tienda.

David salió al exterior mientras Jorge sentía una arcada y por poco no vomitaba encima de Rubén. Se agarró a una silla y se sentó en el suelo.

—Joder… —farfulló Jaime—. No sé si puedo hacer esto.

—No empecemos con lo de echarnos atrás, esto fue idea tuya —contestó Rubén, muy serio.

—Lo sé, pero es que… joder.

—Necesito alcohol. Mucho alcohol —murmuró Jorge sin levantarse del suelo.

—Pues si lo necesitas, bebe todo lo que quieras. Porque esta noche uno de nosotros va a matar a uno de nuestros mejores amigos.

38

Ocho días y trece horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

—Yo no sé si voy a poder hacer esto —dijo Carlos desde el asiento de detrás—. Se me va a notar.

—Cállate de una puta vez. Ya no hay vuelta atrás —atajó Rubén a su lado, mientras que Jorge y Jaime estaban sentados delante, ambos con la respiración acelerada.

—No podemos hacer otra cosa, ya lo hemos decidido —dijo entonces Jorge, no demasiado seguro.

Sus palabras decían una cosa, pero el tono de su voz otra muy distinta. Como si quisiera estar en cualquier otra parte del mundo en ese momento.

Probablemente así fuera.

—No, no, no, no, de verdad que no. Mirad, yo me quedo aquí y ya está. Y vosotros hacéis lo que haga falta. Si no digo que no sea…

—Mírame —le dijo Rubén a un palmo de distancia, juntando mucho sus cabezas—. O todos o ninguno, y ya hemos decidido que es todos, así que punto y final. Y ahora, sales, y llamas al maldito timbre. Que David nos está esperando para que le "sorprendamos" — . Estas últimas palabras las dijo haciendo el signo de comillas con los dedos.

Carlos asintió con la cabeza, no demasiado convencido.

—Vale, vale, lo hacemos.

—Lo hacemos… —farfulló Jaime desde el asiento del conductor.

Jorge emitió un suspiro para tratar de autoconvencerse.

—Lo hacemos —afirmó.

—Eso es.

Mientras los tres amigos trataban de convencerse a sí mismos de que lo que iban a hacer estaba justificado y no era una auténtica barbaridad, como habría opinado yo en ese momento, Carlos ya había salido del coche y llamado al timbre.

—Hola, Bea.

—Te dije que no llamarais al timbre, que me enviarais un *WhatsApp* para que David no se enterara, de verdad que… Menudos amigos —dijo ella nada más abrir la puerta.

Si ella supiera…

—Ah, sí, perdona, ¿lo ha oído?

—No, os abro y pasáis, vamos, que está en la habitación.

Carlos se volvió y les hizo un gesto a sus amigos para que se le unieran. O iban todos o ninguno.

—Joder.

—Hay que hacer el paripé.

—Dios, eso es lo que peor voy a llevar, todo el día de hoy.

—Tú y todos, anda, tira —terció Rubén.

Cuando llegaron a la valla, Carlos ya había abierto la puerta y la sujetaba mientras los esperaba. Al entrar, Jorge echó un ojo hacia Rubén y dijo:

—Ahí está el coche.

Pero este no contestó, únicamente asintió con la cabeza como diciendo.

“Sí, lo sé”

La casa de David y Bea era bonita.

No era en absoluto de mis gustos. Demasiado minimalista y muy poco hogareña.

A mi ve van más los toques de madera y mucho verde.

Y todo lo que había ahí evocaba a lo industrial y al blanco y negro.

No era para a mí.

Aunque que era una maravilla de casa, lo era.

—Está en la habitación, no hagáis ruido al subir —farfulló Beatriz mientras entraban.

—¿Está durmiendo? —preguntó Jaime subiendo ya las escaleras.

—No, yo creo que no, seguramente ya os esté esperando, pero bueno, haced lo que podáis.

Y eso hicieron.

Subieron las escaleras más o menos en silencio.

Algunos le ponían más ganas que otros.

Hasta llegar a la habitación que compartían David y Bea.

La misma habitación en la que empezó todo.

El lugar donde ocurrieron los hechos que provocaron todo lo que vendría a continuación y que finalizó con ambos muertos y yo en su entierro.

—¿Pero dónde coño…?

Entonces un sonido salido del inframundo en forma de susto les sorprendió por la espalda. David se había escondido en el baño y, nada más llegaron sus amigos a la puerta de su habitación y se asomaron dentro, les atacó por detrás.

—Joder, casi nos matas del susto —dijo entonces Carlos.

Bueno, poco después se la devolverían.

Y sin el casi.

—La madre que os parió, que esté aquí esperando a que me recojáis para mi propia despedida de soltero, manda huevos, eh. Sois lo puto peor.

—Este, que se ha dormido —dijo Jaime, señalando a Jorge.

—No puedo decir que me sorprenda —contestó soltando una carcajada.

—Joder, es que es muy pronto —dijo Jorge como si fuera cierto.

Sí que era verdad que de normal podía haberse dormido perfectamente y llegar tarde a la quedada.

Pero esta vez no…

Esta vez no había dormido en toda la noche y dos horas antes de que llegara el momento de irse, ya estaba con la maleta hecha y sin perder ojo a la puerta de su habitación, tumbado sobre la cama con Sara a su lado, dormida como un tronco.

No podía sino pensar en qué pensaría ella de lo que iba a hacer.

Él era consciente de que David y Sara habían fornicado como conejos en celo.

Ellos no lo sabían, pero le pilló los mensajes cuando Sara trató de dejar la aventura.

¿Habría matado a David por eso?

No.

¿Le facilitaba las cosas llegado el momento?

Quería pensar que tampoco.

Pero sí.

En el fondo de su corazón, la respuesta era afirmativa.

Y no solo eso, sino que también había decidido poner fin a su relación. No por David, ni por el engaño en sí mismo.

Si no porque ya no podía confiar en ella.

Y sin confianza, no hay relación que valga.

¿Quién le aseguraba que no lo haría con otro nada más se diera la vuelta?

No podía confiar en que eso no llegara a pasar.

Y no podía vivir de esa forma por más tiempo.

Así que sí, en cuanto pasaran unos días, cortaría con ella.

Y hacía bien el muchacho. Aunque claro, él todavía no sabía todo lo que estaba a punto de pasar.

—Qué va a ser pronto, eres tú, que eres un pedazo de dormilón —dijo David devolviéndolo a la realidad de golpe.

—Sí, será eso —aceptó con la mirada perdida.

La mirada de todos sus amigos se posó sobre él. No sabía la razón, pero suponía que su rostro mostraba una desazón difícil de ocultar a sus ojos.

Menos a los de David, que no cabían en sí de gozo, el pobre.

—¿Bueno, qué?, ¿nos vamos?

—Sí, vámonos.

39

Míster Tercero observaba el modo en el que Nick Teller daba dos pasos hacia una de las participantes, Rosa Guerrero.

Eran potentes, lentos, los más imponentes que había visto jamás.

El cuchillo chorreaba una sangre que, posiblemente, poco tiempo atrás había estado en el interior de uno de sus muslos.

La luz se iba y regresaba a cada segundo, provocando que todos los movimientos resultaran extraños y lentos.

Aunque desde la cámara se veía a la perfección debido a los infrarrojos.

Entonces una voz se escuchó tras la espalda de Nick

—¿Pero qué? —farfulló Míster Tercero sin apartar la mirada de la pantalla.

—No lo hagas.

—Sí, hazlo. Mátalo.

—No, no, no, no.

Nick Teller se quedó perplejo.

Él había visto los extraños comportamientos de ese participante durante las anteriores fases, pero no su charla privada.

Y claro, ahora estaba alucinado.

Ni siquiera Míster Tercero le había dado importancia a ese chico.

Porque… ¿Qué posibilidades reales tenía de llegar hasta ese punto de la experiencia?

Rosa aprovechó su oportunidad y se alejó hacia la puerta. Si el asesino decidía ir primero a por el maldito colgado que hablaba solo, podría tratar de escapar.

Aunque claro, después sería una presa muy fácil.

—Dios mío —no pudo evitar solar Miss Séptima atrayendo la mirada de todos los presentes.

—¿Qué ocurre ahora?

—Las apuestas en favor del señor Teller estaban a cien contra uno.

—Es lógico.

—Y alguien acaba de apostar diez millones de dólares a favor de Rosa guerrero.

—¿Cómo dices? —preguntó Míster Tercero, totalmente anonadado, eso era una locura. Peor que eso, era absurdo.

Esa mujer no tenía absolutamente nada que hacer contra esa máquina de matar.

Alguien que había entrado en La Experiencia a base de asesinar sin escrúpulos de maneras que no podía ni imaginar.

Una elección directa de Míster Tercero.

Alguien que, además, había apostado a su favor nada más empezar para incrementar su bolsillo particular.

—¿Quién ha hecho esa apuesta?

—Un momento —dijo la mujer mientras buscaba en su ordenador—. Su nombre es Frank Garner, miembro del consejo de administración de una enorme empresa armamentística estadounidense. Ha hecho muchas apuestas a lo largo del último año y se ha gastado una gran cantidad de dinero en hándicap. Un fan.

—Un fan muy rico —añadió Míster Tercero.

Bueno, si perdía, la compañía ganaría diez millones.

Y si ganaba… ya se le ocurriría algo.

—Investígalo, encuentra algo sobre él —dijo dándose la vuelta y dirigiéndose hacia Míster Catorceavo—. Pide ayuda a los investigadores, pero que encuentren algo, ya.

Mientras Nick Teller observaba la conversación que el chico estaba teniendo consigo mismo, Rosa se lanzó hacia los cuchillos y cogió uno con cada mano.

Entonces él se dio la vuelta y sonrió.

Su mirada decía que no consideraba a esa mujer como una digna rival.

Algo lógico visto desde fuera.

Su error no fue el de subestimarla.

No señor, su error fue no percatarse de que el chico que hablaba solo había dejado de hablar.

Porque, si había dejado de discutir con su otro yo…

Era que finalmente habían llegado a un acuerdo entre ellos.

Un acuerdo que a Míster Tercero no le iba a gustar.

—¡Date la vuelta, imbécil! —no pudo evitar gritar, provocando que todos se volviera hacia él.

El acuerdo alcanzado entre el chico y la voz que le hablaba no era otro que el de ayudar a Rosa a matar a Nick Teller.

—Es absurdo, si lo matan, luego tendrán que enfrentarse entre ellos.

—Él no lo sabe, señor —dijo Miss Séptima.

—¿Qué quiere decir?

—El señor Cetrero, Frank Garner, ha hablado con su participante y ha mentido al chico. Cree que pueden salir vivos los dos.

—Maldito hombre.

Muy listo.

Daniel, con su rostro tenebroso como máscara, se levantó en absoluto silencio y caminó sigiloso, hacia la espalda del asesino, arma en mano.

—No, no, no, no…

—Estás siendo un incordio, mujer. Necesito que me vea un médico cuanto antes, no puedo seguir jugando. Primero acabaré contigo, y luego con esa cosa de ahí. Cualquier cazador sabe que primero hay que neutralizar a la más peligrosa de entre las presas. Y esa, aunque te esfuerces por disimularlo, sin duda alguna eres tú —dijo Nick Teller

La mujer, Rosa, estaba frente a él, sudada, sangrada y acobardada, y él caminaba directa a matarla.

—Sí, mátala, mátala.

Entonces Nick reaccionó.

—¿Dónde demonios está ese mocoso…?

No había terminado su frase cuando el chico, el tal Daniel, con su rostro tenebroso, le atravesó el hombro con un cuchillo.

Gritó y se revolvió, cuando el filo lo atravesó de nuevo.

—Maldito…

Y otra vez.

Y no era solo Daniel, esta vez se unió Rosa a la fiesta.

Rosa se lanzó hacia delante con los dos cuchillos alzados y le atravesó el pecho con ambos al mismo tiempo. Llevaba alguna especie de peto que evitaba que el filo se adentrara demasiado, pero al cuarto o quinto intento, consiguió que lo atravesara por completo y el cuchillo le perforara el estómago.

El hombre se dio la vuelta, ya herido de muerte. Agonizaba mientras la sangre le salía por la boca.

—Lo hemos conseguido —dijo el asustado Daniel, en el momento previo de que el hombre, antes de caer de bruces sobre el suelo, alzara la mano y le provocara un corte en el pecho.

—¡No! —gritó Míster Tercero.

Acababa de perder una cantidad ingente de dinero de su propio bolsillo.

Pero no iba a pagar cien veces diez millones.

No, eso no era posible.

—Tengo algo sobre ese hombre, señor —dijo una voz a su espalda.

—Espero que sea malo, muy, muy malo.

—Míster Tercero, no se puede hacer una idea de cuánto.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

40

Once días y ocho horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Una gota golpeaba el suelo de piedra cada pocos segundos, provocando que la tensión que sentían en ese momento, fuera si cabe mayor

Carlos, Jaime, Jorge y Rubén, habían quedado en un almacén que tenía en propiedad el padre de este último en el barrio de San Isidro, junto a la estación.

El bajo había sido hasta hacía muy poco una tienda de todo a cien regentada por españoles. De las pocas que todavía quedaban en peligro de extinción. Hasta que la extinción llegó de golpe para alcanzarles e irse de cabeza a la suspensión de pagos.

Así que ahora el padre de Rubén lo tenía puesto en alquiler, aunque por el momento no había recibido demasiadas ofertas.

Pero bueno, viendo el lado positivo, así podían quedar allí para hablar de matar a uno de sus mejores amigos.

Que oye, no es algo que se deba hablar en una cafetería o en la cola del cine.

Así que eso, que no les había venido del todo mal.

—No podemos permitirlo, no podemos —dijo Carlos con la cara carcomida por el terror.

Rubén caminaba de un lado para otro de la estancia, mientras que el resto estaban sentados dos en un lado frente a Jorge, que miraba cabizbajo la madera de la mesa.

—Ya sé que no podemos permitirlo, joder, pero es que… lo que dijimos era muy fuerte, y ya decidimos no hacerlo —dijo Jorge sin levantar la cabeza.

—Pero eso fue antes de…

—Lo sé, lo sé, pero joder…

—Sí, joder, pero no hay otra, ¿cómo vais a mirarle a la cara a vuestras novias si no hacemos nada? ¿Eh? —preguntó Rubén más al aire que ninguno de ellos sin dejar de andar de un lado para otro.

La habitación estaba repleta de cajas que no habían querido llevarse cuando dejaron de pagar el alquiler. Juguetes, bolis, libretas, cientos de cosas que tendrían su valor en *Wallapop*, la verdad.

Lo llega a pillar Alfredo, el compañero de mi hijo Paquito, y lo vende todo para poder jugárselo en apuestas deportivas.

Menudo era.

—Pero, de verdad ¿estamos seguros de lo que vamos a hacer? —preguntó Jaime con cara de susto, la misma que lleva puesta el tal Frodo en toda la película de los anillos esa, que la puso el

otro día mi nieto y, madre mía, verlo era todo un sufrimiento.

Aunque bueno, que la película entera era pa mear y no echar gota, porque ya me contaréis la razón de que los enanos sean más altos que los medianos, es que de verdad, menudo rigor.

Pero bueno, que me lío yo sola.

—Cómo se puede estar seguro de esto, tío… —farfulló Jorge todavía sin levantar la cabeza de la mesa.

—Bueno, es lo que habíamos hablado —dijo Carlos con una confianza que no había tenido en mucho tiempo. No sé bien si en ese momento se debía a la deuda que tenía con David, o si de verdad, lo que acababa de pasar ya era demasiado como para soportarlo.

No sé bien ni siquiera si él sabría las verdaderas razones de sus actos.

—Ya… —pronunció Jaime

—¿Y si no qué hacemos? —preguntó Rubén, esta vez sí, detenido frente a sus amigos, con las manos puestas sobre la mesa y la mirada virando de uno a otro de ellos.

—¿Denunciarlo? —probó suerte Jorge sabiendo la repuesta antes de que su tontería saliera de su boca.

—¿Para qué? Si ella no lo va a reconocer —contestó Jaime subiendo el tono de voz. Pensar en todo lo ocurrido le estaba otorgando las fuerzas y la valentía que le faltaban al llegar.

—Esto es una mierda… —farfulló Jorge por toda respuesta.

—Entonces ¿qué hacemos? —peguntó Carlos poniendo otra vez las cartas sobre la mesa.

—Pues… lo que habíamos dicho —contestó Jaime con las palabras más duras que había tenido que decir en toda su vida.

—¿Entonces?, ¿seguimos adelante? —preguntó Rubén sin quitar las manos de encima de la mesa.

—Sí, qué remedio —dijo Jaime con pesadez.

—Sí —se unió Carlos sin mucho más entusiasmo.

Entonces, todas las miradas fueron a parar al único que no había dicho palabra.

—¿Jorge? —insistió Rubén con su potente tono de voz.

—Sí, yo se la presenté al muy hijo de puta —dijo en un susurro.

Sus palabras eran mucho más duras que la manera en la que era capaz de pronunciarlas.

—Pues lo dicho, cuatro pistolas iguales, tres de fogueo y una de verdad. Los ojos vendados y… —Rubén dejó la frase a medias.

—Y lo hacemos —dijo Jaime alzando la vista y encontrando la de Rubén.

—Y lo hacemos —repitió este.

—¿Seguro que así nunca sabremos quién ha sido? —preguntó Carlos con miedo en la mirada. Esa sí que era una raya que no estaba dispuesto a cruzar.

—Mira Carlos… ni tú has disparado, ni yo he disparado en toda mi vida, pero el tío que me las ha conseguido dice que no se nota la diferencia.

—¿Y qué le has dicho para conseguirlas? —preguntó Jorge esta vez sí alzando la vista.

—Ese es mi problema, vosotros tranquilos.

41

Trece días y diez horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El restaurante en el que les habían citado estaba decorado con luces cálidas y una suave música de fondo, creando un falso ambiente perfecto para una velada en la que ninguno de ellos quería estar. David y Bea habían convocado a sus amigos más cercanos para cenar, sin dar más detalles.

Ya se esperaban lo peor.

Lo habían estado hablando durante los últimos días, pero no podía ser cierto.

Era imposible que después de todo lo ocurrido…

No querían ni pensarlo.

Algo lógico, todo sea dicho.

Pero bueno.

Carlos, como siempre, llegó tarde, con el cabello despeinado y una excusa absurda sobre un "accidente" con una mujer que había conocido en un café esa misma tarde.

—Ni te imaginas lo que me ha pasado —dijo mientras tomaba asiento, agitado—. La chica se llamaba Laura… o Lara… no importa. Me pidió que le sujetara el bolso y, ¡zas! Se largó y me dejó plantado con el camarero exigiéndome pagar su cuenta. Y se había pedido un pedazo de entrecot de cuarenta euros, cuarenta euros, macho. Ni que yo fuera ministro.

—Carlos, lo tuyo ya es otro nivel, eh —comentó Rubén, riendo mientras le daba una palmada en la espalda—. ¿Nunca has considerado, no sé, dejar de utilizar Tinder? Aunque también te digo que nuestras vidas serían mucho más aburridas.

Rubén esperaba un asentimiento entre sus amigos, pero lo único que había a su alrededor era tensión.

No era para menos.

—¿Y privarme de estas historias? Por favor, soy un mártir por el entretenimiento del grupo.

Todos rieron, aunque parecía más bien una risa forzada. Bea carraspeó ligeramente para llamar la atención, y David se levantó, levantando su copa de vino.

Ya venía la noticia.

O estaba embarazada.

Lo que sería un drama imposible de solucionar.

O se iban a casar, que era casi lo mismo.

—Bueno, chicos, queremos agradeceros que hayáis venido aquí esta noche porque Bea y yo tenemos algo importante que deciros. Y más después de todo lo que ha pasado durante las últimas semanas. Bueno, tampoco quiero hablar del tema.

Nadie allí sentado quería hacerlo, todo sea dicho.

Carlos levantó una ceja, mientras Sara y Delia compartían una mirada cómplice.

—Así que bueno… queríamos deciros que…

Beatriz se levantó, tomó la mano de David, y con una sonrisa radiante dijo:

—¡Nos casamos!

Hubo un instante de silencio incómodo antes de que todos comenzaran a aplaudir. Pero las sonrisas eran forzadas, y las felicitaciones sonaban ensayadas.

Para todos ellos, sin duda alguna era mucho mejor eso que la otra opción. Si había un niño de por medio, la situación sería todavía peor, porque ¿qué le podía esperar a ese niño?

—¡Enhorabuena! —dijo Jorge, acercándose a David, aunque sus ojos buscaron rápidamente a Rubén y Jaime, como si esperaran su reacción.

—¡Sí, felicidades! —dijo Delia, apretando la mano de Beatriz.

—Bueno, esto sí que es una sorpresa. ¿Cuánto tiempo llevabais planeándolo?

—Unos meses —respondió Beatriz, emocionada—. Pero queríamos que fuera perfecto antes de decir nada. O sea, ya estaba hablado antes de… eso.

Carlos levantó su copa, interrumpiendo la conversación.

—Pues un brindis por los novios. Que el matrimonio sea… bueno, lo que sea que deba ser.

El tono de Carlos arrancó una risa incómoda del grupo, pero nadie le contradijo. La cena continuó con una conversación superficial, preguntas sobre la boda y detalles que Beatriz, se encargó de detallar.

Sin embargo, había una sensación de pesadez en el aire. Como si los únicos que desearan estar allí fueran los novios y el resto sintiera un peso enorme sobre sus cuerpos.

Como si allí sentados, en un precioso restaurante y una espléndida comida, todos ellos ya supieran lo que iba a pasar.

Puede que algunos sí que lo supieran porque, nada más decir las palabras que acababan de escuchar, por mucho que fuera algo que no pudieran ni nombrar, todos sabían lo que había que hacer.

Cuando terminó la cena, los hombres del grupo se quedaron en la terraza mientras las mujeres discutían los detalles del vestido de novia con Bea en el salón y David entraba al cuarto de baño. Carlos se apoyó en la barandilla y miró hacia la carretera.

La terraza estaba desierta, salvo por ellos cuatro. El viento frío de la ciudad se colaba entre las rendijas del restaurante —uno realmente bueno de la ciudad de Valencia al que no me había llevado mi hijo. Se lo pediría la próxima vez que me encasquetara a los niños un sábado por la noche— Pero bueno, eso, que el escaso frío de la ciudad y el viento movía los flequillos de las chaquetas y el humo de los cigarrillos que fumaban Carlos y Rubén.

Carlos daba vueltas de un lado a otro, incapaz de mantenerse quieto. Rubén, apoyado contra la barandilla, observaba las luces de los edificios mientras tamborileaba los dedos contra el metal. Jaime permanecía sentado en una silla metálica, con el rostro impasible, como si estuviera tallando el plan en su mente. Jorge, de pie junto a él, apretaba los puños con fuerza.

—No podemos permitirlo —dijo finalmente Jorge, rompiendo el silencio. Su voz resonó como un martillazo en el aire helado—. No después de lo que sabemos.

Carlos se detuvo en seco, girándose hacia él con incredulidad.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Marcharnos de aquí y fingir que no hemos escuchado nada? —La pregunta era más una acusación que una búsqueda de respuesta.

Rubén giró la cabeza lentamente hacia Carlos, sus ojos brillando con una mezcla de determinación y agotamiento.

—No. Lo que Jorge dice es que esto no puede continuar. David no puede seguir haciendo lo que hace. No podemos permitirlo.

—Pero casarse… —Carlos gesticuló frenéticamente, como si las palabras no fueran suficientes para expresar su frustración—. ¿Qué cambia con eso? Ella ya está atrapada. Lo ha estado desde hace tiempo.

—El matrimonio lo empeorará todo —intervino Jaime, con voz baja pero firme—. Una vez que se casen, será casi imposible que Bea salga de ahí. Él tendrá más control.

Carlos lo miró como si no lo reconociera.

—¿Y qué propones tú? ¿Hablar con él?

—No —respondió Jaime, con una tranquilidad que resultaba perturbadora—. Es demasiado tarde para eso.

Jorge asintió, mirando a los otros tres.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó finalmente, con un hilo de voz.

—Lo matamos —dijo Rubén, sin titubear.

La palabra quedó suspendida en el aire, como un golpe seco que les robó el aliento. Rubén se apartó de la barandilla, enderezándose mientras clavaba su mirada en Jaime.

—¿Hablas en serio?

—No puedes hablar en serio —dijo entonces Carlos.

—Sí —respondió Rubén, con una serenidad que erizaba la piel—. Es la única forma. Si no lo detenemos nosotros, nadie lo hará.

Carlos soltó una carcajada nerviosa, como si la situación fuera demasiado absurda para ser real.

—Esto no es una película, Rubén. No podemos simplemente matar a alguien y esperar que todo se solucione.

—No es cuestión de esperar que se solucione —dijo Jorge, dando un paso al frente—. Es cuestión de evitar que empeore.

Jaime guardó silencio durante un largo momento, cruzándose de brazos. Sus ojos se desviaron hacia las luces de la ciudad, como buscando una respuesta en la distancia.

—¿Y cómo propones hacerlo? —preguntó finalmente, con una voz cargada de resignación.

Jaime se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—En su despedida de soltero. Nadie sospechará. Es el momento perfecto.

Carlos abrió la boca para protestar, pero Jorge lo interrumpió.

—Sabemos que no es fácil. Pero esto no es por nosotros. Es por Bea.

—¿Por Bea? —Carlos soltó una carcajada amarga—. Si esto sale mal, ¿cómo la ayuda eso? ¿Qué pasa si nos descubren? ¿Qué pasa si ella se queda sola, con la culpa de haber perdido a David de esa forma?

—Si no hacemos nada, puede que no quede nadie para ayudarla —respondió Rubén con la voz cortante como un cuchillo.

El silencio volvió a caer sobre ellos. El ruido de la ciudad seguía ahí, distante, ajeno a la gravedad de la conversación que estaba teniendo lugar en aquella terraza.

Menudo momento, eh, me habría encantado estar presente para mirar a los ojos a esos cuatro.

Jaime se pasó una mano por el rostro, como si intentara despejarse las ideas.

—¿Y si lo hacemos parecer un accidente? —preguntó finalmente, mirando a Rubén.

Este asintió, como si ya hubiera considerado esa posibilidad.

—Es lo mejor. Algo rápido, limpio. Nadie sospechará.

—Esto es una locura —murmuró Carlos, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Y qué sugieres tú? —preguntó Jorge, cruzándose de brazos—. ¿Quedarnos de brazos cruzados? ¿Esperar a que Bea acabe en un hospital o algo peor?

Carlos no respondió. No podía. Sabía que tenían razón, pero aceptar lo que estaban planeando era como cruzar una línea de la que no habría retorno.

—No tienes que hacerlo si no quieres —dijo Rubén, con voz más suave.

Carlos levantó la mirada hacia él, sus ojos llenos de confusión y miedo.

—¿De verdad creéis que esto va a solucionarlo todo?

—No —respondió Rubén, con franqueza—. Pero podemos salvar a Bea. Y eso es lo único que importa ahora.

El grupo volvió a sumirse en el silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

La decisión estaba tomada, aunque ninguno de ellos se atrevía a decirlo en voz alta.

La despedida de soltero de David sería el final de algo, para él y para ellos.

Mientras apagaban los cigarrillos y se preparaban para volver al restaurante, Carlos lanzó una última mirada a sus amigos.

—Espero que tengáis razón —dijo en voz baja.

Sabían que no había vuelta atrás, pero también sabían que estaban haciendo lo único que podían hacer para proteger a alguien que no podía protegerse a sí misma.

El sonido de los pasos de David en las baldosas de la terraza interrumpió el silencio tenso que había quedado tras la conversación. Todos giraron la cabeza al mismo tiempo, como si un resorte invisible los hubiera activado.

—¡Aquí estáis! —exclamó David con una amplia sonrisa, agitando una copa de vino en la mano—. ¿Qué hacéis aquí fuera? Hace frío, cabrones.

Jaime fue el primero en recomponerse.

Adoptó su expresión habitual de calma controlada y dio un paso hacia él.

—Tomando un respiro —dijo, encogiéndose de hombros—. Hace un poco de calor adentro.

—Y hablando de lo sorprendente que ha sido la noticia de la boda —añadió Rubén, con una sonrisa forzada.

David rio, aparentemente ajeno a la tensión que se palpaba en el aire.

—Sí, ¿verdad? Sabía que no os lo esperabais. Pero era hora de dar el paso. Bea y yo estamos listos.

Carlos, que había estado apoyado contra la barandilla con las manos en los bolsillos, apretó los labios antes de forzar una respuesta.

David alzó su copa en un brindis improvisado.

—Gracias, chicos. Creo que es el paso a dar llegado a este punto. Llevamos mucho tiempo y estamos mejor que nunca, así que… blanco y en botella.

Carlos apartó la mirada, incapaz de sostener la conversación sin que su estómago se revolviera. Las palabras de David parecían una burla cruel, una fachada que escondía la verdad que todos conocían.

Era increíble que David no se diera cuenta de la mirada de todos sus amigos.

Yo no puedo comprenderlo.

Sé que las personas muchas veces ven solo lo que quieren ver, pero que en ese momento no fuera capaz de ver lo que rondaba por la mente de todos sus amigos es algo que se escapa a mi comprensión.

—¿Y cómo va todo? —preguntó Jorge, tratando de desviar el tema.

—Genial. Estamos eligiendo los detalles. Aunque Bea se está encargando de la mayoría de las cosas.

La sonrisa de David no se borraba de su rostro.

Los otros tres intercambiaron miradas, incómodos. Jaime se cruzó de brazos.

—Eso está bien —dijo finalmente Jaime—. Es importante que las cosas estén claras antes de dar un paso tan grande.

David lo miró con cierta curiosidad, como si percibiera algo fuera de lugar en su tono.

—¿Y vosotros? ¿Qué opináis? ¿Os imagináis casados algún día?

Rubén rio con suavidad, tratando de mantener el ambiente ligero.

—Bueno, yo ya tengo bastante con Inés. No sé si ella me aguantaría como marido. Además, tampoco llevamos tanto tiempo.

David se unió a la risa, pero su mirada se dirigió a Carlos, que se mantenía en silencio.

—¿Y tú, Carlos? ¿Vas a seguir mucho tiempo de pica flor?

Carlos apretó la mandíbula, pero forzó una sonrisa sarcástica.

—Siempre. Estoy pensando en abrir un blog para compartir mis desventuras.

—Yo lo leería —respondió David, riendo con ganas.

La conversación continuó durante unos minutos, con David entusiasmado y los demás esforzándose por seguirle el ritmo.

Pero la tensión era evidente, y aunque David parecía demasiado absorto en su propia felicidad para notarlo, había algo en sus ojos que sugería que no era del todo ajeno a la incomodidad de sus amigos.

De repente, la puerta del restaurante se abrió y las voces de las chicas interrumpieron el momento. Delia salió primero, seguida de Sara, Inés y finalmente Bea. Cada una llevaba un abrigo largo, y sus mejillas estaban enrojecidas por el calor del interior.

—Ah, aquí estáis —dijo Delia con una sonrisa mientras se acercaba a Jaime. Su presencia pareció suavizar la atmósfera, aunque la tensión subyacente seguía ahí—. ¿De qué habláis?

—De nada importante —respondió Jorge rápidamente, acercándose a Sara y envolviéndola con un brazo—. Las chorradas de siempre.

Bea rio suavemente, pero su mirada se encontró con la de Jaime, que la sostuvo un momento antes de apartarla. Inés, mientras tanto, se acercó a Rubén y le susurró algo al oído, probablemente una queja sobre el frío de la terraza.

Carlos se movió hacia la barandilla, alejándose del grupo. Sabía que no podía soportar mucho más de aquella farsa sin que su rostro lo delatara.

Las palabras de David aún resonaban en su mente, cada una como un recordatorio del acto que estaban planeando.

—¿Carlos? —La voz de Bea lo hizo girarse. Ella lo miraba con una expresión preocupada—. ¿Estás bien?

Él tragó saliva antes de asentir.

—Sí. Solo pensaba en… bueno, todo esto. Es mucho que asimilar.

—Lo sé —dijo ella suavemente—. Pero sé que David y yo estamos haciendo lo correcto.

Carlos sonrió débilmente, sin atreverse a responder.

—¡Bueno! —interrumpió Delia, acercándose a Jaime y pasando un brazo por su cintura—. ¿Volvemos dentro? Empieza a hacer demasiado frío aquí.

Los demás asintieron, y poco a poco comenzaron a dirigirse hacia la puerta. Carlos fue el último en entrar, rezagándose unos segundos para tomar aire.

Sabía que la noche no terminaba allí.

Lo que habían hablado en esa terraza no era un simple intercambio de ideas.

Era un pacto, un secreto que los ataría para siempre, sin importar lo que ocurriera después.

Mientras cerraba la puerta tras de sí, supo que, aunque estaban todos juntos, cada uno de ellos estaba más solo que nunca.

Y no se equivocaba.

No lo hacía en absoluto.

42

Diecisiete días, ocho horas y veinte minutos antes del entierro de Beatriz Montalbán

La comisaría estaba iluminada por luces frías y blancas que acentuaban el ambiente sombrío del lugar.

Sara y Delia esperaban sentadas frente al mostrador principal, inquietas.

Sus manos, entrelazadas, no dejaban de moverse, mientras miraban con disimulo a los agentes que pasaban de un lado a otro.

La decisión de acudir allí no había sido fácil, pero ambas sabían que no podían quedarse de brazos cruzados.

Habían elegido la comisaría más próxima a la vivienda de Delia, que casualmente, no era de manera tan casual, ya que eran vecinos y era la misma a la que habría ido Bea, por proximidad.

Cuando finalmente las llamaron, después de esperar no menos de una hora sentadas en la salita de espera, junto con un chaval al que le habían robado el DNI y una mujer que no paraba de gritar cosas en un idioma que ninguna de las dos reconocía, un policía de mediana edad, con expresión seria, bigote blanco, uniforme arrugado y voz monótona, las condujo a una sala pequeña con una mesa y dos sillas de metal.

Al llegar, les ofreció sentarse antes de tomar asiento frente a ellas con un esfuerzo evidente.

—¿Cómo puedo ayudarlas? —preguntó, sacando un bolígrafo y una libreta.

Delia se inclinó hacia adelante, decidida.

—Queremos denunciar a un hombre llamado David Linares. Está maltratando a su pareja.

El agente levantó la vista del papel. Su mirada escrutadora se posó en Delia y luego en Sara, como si evaluara la seriedad de sus palabras.

—¿Tienen pruebas de lo que están diciendo? —preguntó, con un tono ligeramente distante, casi escéptico. Como si una denuncia por maltrato fuera su pan de cada día.

Sara se adelantó esta vez.

—No tenemos pruebas físicas. Pero Delia lo vio con sus propios ojos. Bea tenía un ojo morado, y David estaba con ella. Sabemos que fue él.

El agente se recostó en la silla, soltando un suspiro leve.

—Entiendo su preocupación. Pero si su amiga no ha presentado una denuncia, nosotros no podemos actuar. Necesitamos que ella misma lo confirme.

Delia apretó los labios, frustrada.

—¡Pero ella no lo va a hacer! Está aterrada, manipulada. Y David… ¡Él es un cabrón! —golpeó la mesa suavemente con la palma de la mano, intentando controlar su rabia—. Si no hacen algo, esto solo va a empeorar.

El agente, sin inmutarse, tomó un tono más conciliador.

—Entiendo lo difícil que debe ser para ustedes ver esta situación. Pero el protocolo es claro: sin una denuncia directa de la víctima, nuestras manos están atadas. Lo que podemos hacer es intentar hablar con ella y evaluar su situación.

Sara y Delia intercambiaron una mirada llena de impotencia. Antes de que pudieran responder, el agente continuó:

—Vamos a llamarla ahora mismo. Tal vez nos dé otra versión.

Delia sintió un nudo en el estómago. Sabía que Bea no diría nada. Pero, al menos, esa llamada podría ser una oportunidad para que se dieran cuenta de lo nerviosa y presionada que estaba.

Delia les dio su teléfono para que pudieran proceder.

Después de que el agente marcara el número de Bea, la llamada sonó tres veces antes de que su voz se escuchara desde el otro lado.

—¿Sí?

—¿Señorita Montalbán? —preguntó el agente.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Le llamo desde la comisaría, soy el inspector Suárez. Tenemos aquí a dos conocidas suyas, Sara y Delia, quienes han venido preocupadas por su bienestar. Han mencionado que usted podría estar siendo víctima de maltrato por parte de su pareja.

Hubo un silencio incómodo al otro lado de la línea. Delia casi podía imaginarse a Bea paralizada, con el teléfono en la mano.

¡Pobre Delia, después de lo que vio no quiero ni imaginar por lo que estaba pasando!

Finalmente, la voz de Bea rompió el silencio, cargada de nerviosismo y algo más que no podían identificar del todo.

—Eso no es cierto. ¿Por qué están diciendo eso? —su tono subió un poco, casi enfadado—. David y yo estamos perfectamente bien. Ya lo hablé con ella, no entiendo por qué dice esto.

Delia no pudo contenerse más y, antes de que el agente la detuviera, se acercó al teléfono.

—¡Bea! ¡No mientas! Yo vi lo que pasó. Vi tu ojo morado. ¿Cómo puedes defenderle después de lo que te hizo?

El enfado de Bea se hizo evidente al instante.

—¡Delia, para ya! ¡No sabes lo que estás diciendo! —exclamó—. No fue David. Fue un robo en nuestra casa. ¡Fuimos juntos a poner la denuncia al día siguiente en la comisaría de nuestro barrio! Ya lo hablamos al día siguiente, por favor, déjalo ya.

El agente levantó una ceja al escuchar esa información. Y, al otro lado de la línea, el tono de Bea parecía romperse en llanto.

—¿Entonces hay una denuncia registrada sobre el incidente? —preguntó con calma.

—Sí —respondió Bea, aún alterada—. Si no me creen, búsquenla.

Sara intentó intervenir, su voz más suave, casi suplicante.

—Bea, somos tus amigas. Solo queremos ayudarte. Por favor, si algo está pasando, dínoslo.

Pero Bea ya estaba demasiado alterada para escucharlas.

—¡No está pasando nada, Sara! David y yo estamos bien. Ya está. Entraron a casa a robar, me pillaron dentro y me dieron un golpe en el ojo, punto.

El silencio volvió a llenar la sala cuando Bea colgó la llamada de golpe. El agente miró a las dos mujeres con expresión seria, aunque no parecía sorprendido.

—Como pueden ver, ella ha negado los hechos y tiene una explicación para sus heridas. Sin una declaración distinta por su parte, no podemos hacer nada más.

Delia se levantó de la silla, apretando los puños.

—Esto es una mierda —murmuró, caminando hacia la puerta.

Sara, más contenida, asintió al agente antes de seguir a su amiga fuera de la sala.

—No puedo creer que esté cubriéndolo, Sara. ¿Cómo puede hacer esto?

Sara suspiró, encogiéndose de hombros.

—Tiene miedo, Delia. O tal vez se ha convencido de que él no es el problema. No lo sé. Pero no vamos a rendirnos. Si no lo hacemos por Bea, ¿entonces quién lo hará?

Delia asintió, aunque seguía furiosa. A pesar del fracaso de la denuncia, ambas sabían que no podían quedarse de brazos cruzados. Tendrían que buscar otra manera de proteger a su amiga. Pero, por ahora, David seguía siendo intocable.

Entonces y, todavía con la mente a pleno funcionamiento, su teléfono la reclamó de nuevo.

—Es Bea —anunció.

—Joder, cógelo.

—Cógelo tú.

—Te ha llamado a ti.

—Joder Sara —dijo antes de suspirar y coger la llamada— . Bea…

—Delia… —La voz al otro lado del teléfono sonaba baja, casi temblorosa—. Por favor, escúchame. Sé que lo has hecho porque crees de verdad que David ha hecho lo que… crees que ha hecho, pero no es verdad. Lo que tú crees que viste… no es lo que pasó.

Delia apretó los labios con el corazón latiendo con fuerza. Hacía mucho tiempo que no se sentía de esa forma.

—Bea, yo vi tu ojo morado. No puedes decirme que no vi lo que vi.

—No, no estoy diciendo eso. Solo que… —Bea se interrumpió un momento, como si buscara las palabras adecuadas—. Por favor, confía en mí. No fue David, te lo juro por todo lo que quieras. Fue un robo. Ya te lo dije, Delia. Fuimos a la policía, tenemos la denuncia. Entraron en casa por la noche, David todavía no había vuelto y… no sé lo que pasó. De repente me vi con un hombre enmascarado de frente.

Delia sabía que mentía.

Sabía lo que había visto. Le gustara a Bea o no, sus casas y, por lo tanto, sus ventanas, estaban demasiado cerca como para confundirse con algo como eso.

—Pero, Bea, ¿y si…?

—¡No! —interrumpió Bea, con voz firme, aunque teñida de ansiedad—. Por favor, escucha. David no sabe nada de esto. No sabe que sospecháis de él, y no quiero que lo sepa. Por dios, no quiero ni pensarlo, pobre David.

Delia se quedó en silencio, sorprendida por las palabras de su amiga.

—No le digas nada, Delia. Por favor, que nadie hable con él sobre esto, y mucho menos los chicos. No quiero que esto se convierta en algo más grande. Ellos no han dicho nada y David no se ha dado cuenta, pero últimamente lo están dejando de lado. Ni siquiera lo llaman para el

pádel. Él está muy liado y no le está dando importancia, pero yo sí, yo sé por qué lo hacen. Y por favor…

—Pero Bea, estamos preocupados por ti. Todos lo estamos. ¿Por qué no nos dejas ayudarte?

—Porque no hay nada que ayudar, Delia —respondió Bea, su voz temblando ligeramente—. Mi relación con David está bien. De verdad. No sé qué fue lo que creíste ver, pero te prometo que no es lo que piensas.

Sara, que escuchaba desde el otro lado, tocó suavemente el brazo de Delia, indicándole que pusiera el altavoz. Delia asintió y pulsó el botón.

—¿Estás segura de eso, Bea? —preguntó Sara, interviniendo—. Porque, sinceramente, parece que estás asustada y no te atreves a hacer lo que sabes que hay que hacer.

—No estoy asustada —respondió Bea, aunque su tono sonaba más nervioso que antes—. Estoy preocupada. Por todo esto. No quiero que nadie se meta en problemas, y mucho menos que haya malentendidos.

—¿Y qué quieres que hagamos? —preguntó Delia, intentando mantener la calma, aunque la indignación seguía latente en su pecho.

—Solo quiero que confiéis en mí —respondió Bea, con un suspiro aliviado de poder hablar.

—¿Y si pasa algo? ¿Y si necesitas ayuda y no nos damos cuenta porque nos pediste que nos hiciéramos los ciegos? —replicó Sara, firme.

—Si eso pasara, te prometo que serías la primera en saberlo. Pero no va a pasar, Sara, porque todo está bien.

Delia cerró los ojos, intentando no dejarse llevar por la mezcla de emociones.

—Bea… —comenzó, pero su amiga no la dejó continuar.

—Por favor… De hecho, David y yo vamos a organizar una cena pronto. Queremos contaros algo importante, algo que tiene que ver con nuestro futuro juntos. Sé que no es el mejor momento pero necesito que confiéis en mí y vengáis.

Las palabras de Bea cayeron como un jarro de agua fría.

Delia y Sara se miraron, comprendiendo lo que significaba esa insinuación.

O, al menos, podían hacerse una ligera idea.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó Sara, aunque ya podía imaginar la respuesta.

—No quiero adelantarme —dijo Bea, con una leve risa nerviosa.

Delia apretó el teléfono con fuerza. No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Y estás segura de esto, Bea? —preguntó, casi en un susurro.

—Sí, Delia. Estoy segura.

El silencio se prolongó durante unos segundos, antes de que Bea hablara de nuevo.

—Gracias por preocuparos tanto por mí. Pero, de verdad, no tenéis razones para hacerlo.

—Está bien —respondió Delia, con un tono más bajo. No estaba convencida, pero tampoco quería presionar más a Bea en ese momento.

—Gracias. Os quiero mucho, chicas. Nos vemos pronto.

Bea colgó, dejando a Delia y Sara de pie en la acera, mirándose mutuamente con una mezcla de incredulidad y desasosiego.

—¿Ves? —dijo Sara, rompiendo el silencio—. Esto no es normal. No me creo nada de lo que ha dicho.

Delia asintió, sintiendo que la preocupación volvía a aferrarse a su pecho.

—Yo tampoco. Pero, ¿qué hacemos ahora?

—No lo sé —admitió Sara—. Pero no podemos ignorarlo, aunque Bea nos lo haya pedido.

Delia respiró hondo, intentando encontrar claridad en medio de la confusión. Sabía que Sara tenía razón, pero también sabía que actuar en contra de los deseos de Bea podría complicar todo todavía más. Sin embargo, una cosa estaba clara: esa cena prometía cambiarlo todo.

Y no podían ni hacerse una idea de hasta qué punto lo haría.

43

Dieciocho días y dos horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El sonido de las teclas golpeando el teclado resonaba en la redacción, pero Jorge no estaba centrado en su trabajo. A pesar de que las palabras en su pantalla necesitaban su atención y que describiera con precisión las últimas jugadas de la jordana anterior de la NBA, su mente volvía una y otra vez al mismo tema.

No podía dejar de pensar en David, en lo que se suponía que había hecho y en lo que ellos, como amigos, podían hacer al respecto.

La idea de la violencia había crecido en su mente, alimentada por la impotencia y la rabia.

Había dado vueltas y más vueltas al asunto…

Demasiadas, en opinión de una servidora.

Y, a veces, pensar demasiado en algo no lleva a nada bueno.

Pero bueno, que el muchacho no encontraba ninguna salida que no lo hiciera sentir una creciente presión en su pecho.

No quería hacerlo, pero, al mismo tiempo, no veía otra forma de detener lo que estaba ocurriendo con Bea. La idea de hacer justicia por su cuenta se le presentó de forma casi inevitable. Pero, ¿cómo hacerlo?

Mientras pensaba en todo esto, se percató de que estaba en un callejón sin salida. Había hablado con Carlos y Jaime durante el almuerzo días atrás, pero nada de lo que discutieron parecía suficiente. Necesitaban algo más definitivo, algo que ni siquiera la policía pudiera desenredar. Y así fue como la idea comenzó a formarse en su mente.

Llamó a Jaime primero.

—Tienes que venir a la redacción —dijo Jorge por teléfono, sin rodeos—. Necesito hablar de algo.

Jaime no tardó mucho en llegar, y apenas cruzó la puerta del despacho, Jorge comenzó a hablar, sin perder un segundo.

—Escucha, he estado pensando mucho en todo esto. Sé que no lo hemos decidido, pero si llegamos al punto de que vamos a hacerle algo a David, necesitamos asegurarnos de que nadie pueda probar nada.

Jaime frunció el ceño, sin saber si Jorge estaba en serio o si todo eso no pasaba de una conversación en la que las palabras se dejaban llevar por la frustración.

—¿Qué estás diciendo, Jorge? —preguntó con cautela.

Jorge respiró hondo, mirando a Carlos que se encontraba al fondo de la oficina, distraído con su teléfono. Acababa de llegar también, dejando su taxi en doble fila. Solo faltaba Rubén por

llegar, pero parecía el menos propenso a negarse.

—Utilizar pistolas de fogueo —dijo Jorge, sin titubear—. Y una de verdad. Si hacemos esto durante su despedida de soltero, todos estaremos allí. Dispararemos, y nadie podrá saber quién apretó el gatillo.

Jaime quedó paralizado por un instante, procesando lo que acababa de escuchar.

—¿Estás loco? ¿Estás hablando en serio? —preguntó, incapaz de creérselo—. No podemos hacer algo así.

Carlos, que había estado escuchando, dejó su teléfono a un lado y se acercó con cara de susto. No sabía la que se le venía al pobre.

Si en ese momento hubiera sabido cómo iba a reaccionar su cuerpo ante la muerte de su amigo…

—¿De qué estás hablando, Jorge? No podemos hacerlo, no me jodas. ¿Y luego qué? ¿Qué hacemos con el cadáver de David? ¿Se lo devolvemos a Bea, en plan, parece que la despedida se nos ha ido de las manos?

Jorge no parecía inmutarse ante las preguntas. Ya había dado vueltas a todo eso en su mente, y sus respuestas eran claras, aunque horribles.

—Lo tiramos al lago. El plan de la despedida es una salida a la sierra de la Calderona, hacemos lo que haya que hacer al amanecer y lo lanzamos al río con pesos. Luego solo tenemos que decir que al final no fuimos a ninguna parte, que nos quedamos en casa de uno de nosotros y asegurarnos de que todos decimos lo mismo. Y respecto a lo peor de todo, que es matarlo, no sabremos quién apretó el gatillo, y así nadie sabrá la verdad ni tendrá ese remordimiento.

El silencio que siguió a sus palabras se hizo pesado. Nadie sabía qué decir. Carlos y Jaime se miraban, incómodos, y Jorge sentía cómo la ansiedad se apoderaba de él. Por mucho que hubiera presentado una solución, no estaba nada seguro ni si debía de hacerse ni de cómo llevarla a cabo.

—Esto no es una solución —dijo Jaime, con voz firme—. No importa lo que hagamos, no podemos llegar a ese punto. Nadie va a ganar. Bea no va a querer saber nada de nosotros si llegamos hasta ese punto. Porque vale, dices que nadie se entera, pero ¿y si sí que lo hacen? Joder Jorge que no somos delincuentes, que yo si no pago una multa ya se me nota en la cara.

—Lo sé, lo sé —murmuró Jorge, bajando la mirada, pero la rabia seguía allí, aferrada a su pecho—. Pero ¿qué más podemos hacer?

Carlos lo miró, y por un momento, pareció comprender la tormenta interna que Jorge estaba viviendo.

Él también la sentía en su interior.

—Esto no es la forma. A lo mejor deberíamos hablar con Bea. Buscar una manera de que ella nos escuche, de que vea que la apoyamos. Pero no haciendo algo tan jodido.

Jorge respiró profundamente, intentando calmarse, pero algo en su interior no podía dejar de pensar que esta situación no tenía salida. Lo peor era que todo esto estaba tocando algo más profundo en él, algo que no podía ignorar: la rabia que sentía hacia David, pero también el dolor por lo que había descubierto sobre Sara.

—Ya no sé qué hacer —dijo, con los ojos llenos de frustración. De repente, las palabras que había tenido guardadas salieron disparadas—. Y encima, Sara me ha estado mintiendo. ¡No solo me ha estado engañando con David, sino que también me trata como si fuera un gilipollas integral!

Carlos y Jaime se quedaron en silencio.

No esperaban esa revelación.

Jorge estaba visiblemente enfadado, su respiración acelerada mientras procesaba la traición de su novia.

—¿Cómo? —preguntó Jaime, con voz baja, incrédulo.

—Lo supe hace unos días —respondió Jorge, apretando los puños—. Y ahora todo esto con Bea, y David… Ya no puedo soportarlo.

La rabia que sentía Jorge estaba a punto de desbordarse, y lo único que podía hacer era canalizarla en algo concreto. Y esa idea, aunque terrible, le daba una especie de consuelo fugaz.

Fue en ese momento cuando sonó el teléfono de Jaime. Delia, la voz tensa al otro lado de la línea.

—Hola, cariño, hemos estado hablando. Sara y yo hemos decidido que vamos a ir a la policía. Ya no podemos quedarnos calladas. Bea necesita ayuda, y si nadie más lo va a hacer, lo haremos nosotras. No podemos permitir que siga con David como si nada. No tenemos otra opción —dijo Delia—. Llegado a este punto creo que es lo mejor. Lo hemos intentado todo, y no podemos seguir esperando. Puede que no nos vuelva a hablar, pero es lo que hay, y ella sigue insistiendo en que entró un ladrón a su casa y que la pegó, pero es que… ¿Por qué lo defiende?

Él no contestó más que con sonidos guturales mientras su novia se desahogaba.

—Vamos a hacerlo, Jorge. Pero de la manera correcta. Haremos lo que sea para que Bea esté a salvo. Pero matarlo no es una opción. Vamos a esperar a ver qué pasa con la policía, y si no…

Jorge, sintiéndose más aliviado que nunca, asintió. No podían seguir con esa idea. A veces, lo correcto no era lo más fácil, pero al menos podían decir que lo habían intentado de la manera adecuada.

Al final, las chicas iban a ir a la policía, y con eso, la situación podía cambiar. Pero Jorge sabía que no iba a ser tan fácil.

—¿Y si no?, ¿qué? —preguntó la voz de Rubén, que acababa de llegar pero no había dicho ni una sola palabra.

—Si no… prefiero ni imaginarlo, que Dios nos perdone a todos.

44

—Ese hombre ha contratado a un asesino para que provoque un ataque en un centro comercial e inculpe a una empresa de la competencia con la intención de conseguir un contrato armamentístico gubernamental.

—No me digas… —contestó Míster Tercero sin poder evitar esbozar una sonrisa.

—De hecho, ya había hecho cosas… dudosas y había estado en la lista como posible participante. Hasta ahora se había librado gracias al dinero que pagaba como espónsor de manera bastante continua. Siempre pagaba por algún participante y siempre apostaba fuerte.

—¿Quieres decir que tenemos recreación de su despacho o de su residencia? —preguntó Míster Tercero sin poderse creer la suerte que había tenido.

—Así es.

—Perfecto, que lo extraigan para la próxima experiencia.

—Pero señor, la próxima experiencia es… ya. Ya habrán empezado con las captaciones —intervino Miss Séptima apartando la mirada de la pantalla, donde el cadáver de Nick Teller había caído entre Daniel y Rosa.

El chico había recibido un corte en el pecho y sangraba de manera prominente.

—Lo hemos logrado —farfulló con dificultad.

—Sí… —contestó la mujer—. Lo hemos logrado.

—No, tú lo has logrado —dijo la tenebrosa voz, tomando el control—. Tú has sido el que lo ha hecho mientras esa mujer no hacía nada. Nada de nada.

—Ella lo ha distraído, sin ella no habría conseguido nada.

—Eres demasiado bueno y eso acabará por matarte, Daniel. No puedo protegerte siempre.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Si he salido de esta, puedo con todo, con todo —dijo el asustado Daniel.

Entonces pareció que perdía el sentido y se llevó la mano hacia el pecho, que se llenó de sangre.

—Me… duele… —farfulló.

—Y ahora, ¿qué?, ¿quién te va a ayudar?

Se contestó a sí mismo con la misma dificultad.

—Lo hemos conseguido. Pide que nos saquen de aquí, por favor. Necesito ir al médico.

—Sí, lo necesitas —contestó Rosa—. Si vas al médico, sobrevivirás, aunque antes tengo que contarte algo.

El chico la miró con duda en los ojos, una duda que se veía a través de la pantalla.

—Antes, cuando el Cetrero nos ha escrito el mensaje en la pared, no ha sido del todo sincero contigo. Te ha dicho que si matábamos a ese hombre, ambos podríamos salir de aquí, pero no es cierto, Daniel, solo uno puede hacerlo. Lo siento.

—Lo sabía, maldito imbécil. Has permitido que esta furcia nos mate.

Y rompió a reír a carcajada suelta.

Y luego comenzó a llorar.

—Tengo miedo, por favor.

—Lo sé, lo sé, pero no pasa nada, todo será muy rápido —contestó Rosa Guerrero.

—¿Tan grave es la herida?, ¿Me muero? —preguntó al instante, con una voz desgarradora.

—No, Daniel, por desgracia no te mueres.

—¿Cómo que, por desgracia? ¿A qué te refier…? —empezó a preguntar cuando advirtió un dolor atroz que se adentraba en su cuerpo. No pudo terminar su frase. Sus ojos se fueron apagando de a poco mientras sus pulmones se llenaban de sangre.

—A esto —contestó ella extrayendo el filo del cuchillo que acababa de clavarle.

Solo uno de los dos podía salir con vida.

Eso era algo que Míster Tercero, observando a través de la pantalla, conocía a la perfección.

—Pues entonces que se den prisa, pero quiero a ese hombre en la nueva experiencia, ya. Y que a ella la devuelvan a su casa como ganadora. Nos guste o no nos ha dado una experiencia espectacular. La audiencia ha sido sublime. Está claro que al público le encantan las sorpresas. Aunque bueno, ¿a quién no?

45

Veintidós días y dos horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El ambiente en el bar era denso, aunque las risas y las conversaciones en las mesas que había a su alrededor intentaban suavizarlo.

La mesa de Carlos, Rubén, Jorge y Jaime estaba apartada, junto a una ventana empañada por el frío de la tarde. Una ronda de cervezas y un plato de aceitunas descansaban entre ellos, pero apenas habían tocado nada.

La conversación que estaban teniendo exigía toda su atención.

El lugar estaba en pleno barrio de Ruzafa, una de las zonas más frecuentadas por la juventud valenciana desde hacía algo más de una década.

A mí me parecía increíble lo que había cambiado en tan poco tiempo un barrio que en mi juventud daba un miedo terrible por las noches.

Pero bueno, es lo que tiene el tiempo y sus implicaciones.

—Sara está que echa humo —dijo Jorge, rompiendo el silencio mientras giraba el vaso entre las manos—. Dice que si volvemos a invitar a David a algo, no piensa venir.

—Delia está igual —añadió Jaime, con el ceño fruncido—. Y no puedo culparlas. Lo que hace ese cabrón no tiene perdón.

—¿Qué han dicho sobre Bea? —preguntó Carlos, mirando a los demás con seriedad.

—Que están preocupadas, obviamente —respondió Jorge—. Pero no quieren decírselo directamente. Delia ya lo intentó y fue un desastre.

Bea no quiere escuchar nada malo de él.

Rubén bufó, llevándose una aceituna a la boca.

—Claro que no quiere escucharlo. ¿Sabes lo jodido que debe estar todo en su cabeza para seguir defendiéndolo después de lo que le hace?

Carlos apretó los labios, recordando el moratón en el rostro de Bea.

—No entiendo cómo hemos llegado a este punto —dijo finalmente, su voz baja pero cargada de frustración—. Éramos un grupo de amigos, joder. Nunca pensé que algo así pudiera pasar entre nosotros.

—Ni yo —admitió Jorge—. Pero aquí estamos.

El grupo cayó en un silencio incómodo, cada uno perdido en sus pensamientos. Finalmente, Rubén rompió la tensión con su voz grave y potente.

—¿Y qué hacemos? ¿Seguimos haciendo como que no pasa nada?

—¿Qué otra opción hay? —preguntó Jaime con un tono más frío de lo habitual—. No podemos hacer nada si ella no quiere ayuda.

Rubén apoyó los codos en la mesa, inclinándose hacia adelante.

—¿Y si lo hacemos por ella?

Carlos frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Rubén alzó las manos en un gesto de rendición, pero su mirada era dura.

—Sabéis a qué me refiero. Lo que dije el otro día en la pista de pádel.

Jorge negó con la cabeza, cerrando los ojos un instante.

—¿Estás hablando en serio?

—No, claro que no —respondió Rubén, aunque su tono no sonaba convincente—. Pero, venga, decidme que no os habéis planteado lo mismo.

Carlos se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en la mesa.

—¿Matarlo? Eso es una locura, Rubén.

—¿Lo es? —replicó Rubén, clavando la mirada en Carlos—. Porque, honestamente, cada día me parece menos locura.

—Esto no es una película —intervino Jaime, tajante—. No somos asesinos, joder.

—No grites, que hay gente —dijo Carlos con la mano alzada.

Rubén soltó una risa amarga.

—Bueno, podemos seguir así hasta que se la cargue.

—No sabemos que eso vaya a pasar, pedazo de animal —dijo Jorge, aunque su tono traicionaba la poca fe que tenía en sus propias palabras.

—¿De verdad? —Rubén apoyó una mano en la mesa con fuerza, haciendo vibrar los vasos —. Porque yo lo único que veo es a una mujer destrozada y a un tipo que sigue saliéndose con la suya.

Carlos, que había estado en silencio, suspiró profundamente antes de hablar.

—Matarlo no es una opción, Rubén. No me jodas, y no vuelvas a decir nada parecido.

Rubén lo miró durante un largo momento antes de asentir lentamente.

El grupo cayó en un nuevo silencio, cada vez más incómodo. Carlos miró por la ventana, observando a la gente pasar por la calle, ajena a las sombras que pesaban sobre su mesa.

—Lo odio —dijo finalmente, su voz baja pero llena de resentimiento—. Siempre pensé que era un buen tío, que nos cuidábamos entre nosotros. Pero ahora… No sé. No puedo ni mirarlo sin sentir rabia. Y lo he querido mucho, son muchos años y muchas cosas vividas, pero ahora es mirarlo y…

—Es lo mismo para todos —respondió Jorge—. Pero no podemos perder de vista quiénes somos. Lo que hace David no justifica que nos convirtamos en algo peor.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Rubén, su tono más apagado ahora.

Jaime suspiró, pasándose una mano por el rostro.

—Lo único que podemos hacer es estar ahí para Bea. Intentar que vea que tiene apoyo, que no está sola.

—¿Y si no quiere vernos? —preguntó Carlos—. No ha querido escuchar ni a Delia, Jaime, ¿tú qué dices?

—Es lo que tú has dicho, no quiere escuchar ni a Delia. Vivimos en la maldita casa de enfrente y tengo que verlo todos los días.

—Entonces seguimos insistiendo —respondió Jaime con firmeza—. No podemos rendirnos con ella.

Las palabras de Jaime quedaron flotando en el aire, pero no lograron disipar del todo la tensión.

Cada uno sabía que la situación no tenía una solución fácil, y que el resentimiento hacia David solo iba a crecer con el tiempo.

Cuando finalmente se levantaron para marcharse, el peso de la conversación seguía sobre ellos. No había decisiones tomadas, pero había algo que compartían: una furia latente, una frustración que no tenía salida.

Y en el fondo de sus corazones, aunque ninguno quería admitirlo, la idea que Rubén había planteado seguía rondando, como una sombra que se negaba a desaparecer.

Una sombra que sobrevolaba por encima de ellos y sus ideas, acechando como un buitre sobre un animal moribundo.

Esperando a abalanzarse a la menor oportunidad.

46

Veintitres días y diez horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

La tarde caía sobre las pistas de pádel, tiñendo el cielo con tonos anaranjados mientras el sonido de las pelotas rebotando contra las paredes resonaba en el aire.

El partido había sido intenso, como siempre lo era cuando ellos cuatro jugaban.

Carlos y Rubén habían ganado por poco, y Jorge no dejaba de quejarse de que Jaime se quedaba demasiado cerca de la red.

Yo la verdad es que de pádel entiendo lo justito, solo que es como el tenis pero para gente que no quiere correr.

Pero bueno, a la juventud le ha dado por ahí.

—Si no fueras tan cabezón… —bufó Jorge mientras se quitaba la cinta del pelo—, podríamos haber ganado.

—Y si tú supieras devolver una bola, no estaríamos teniendo esta conversación —respondió Jaime con una media sonrisa, recogiendo sus cosas.

Rubén rio, tirándose en uno de los bancos junto a la pista.

—Dejad de discutir como viejos. Al final lo importante es que hemos ganado nosotros.

Carlos, que se secaba el sudor con una toalla, negó con la cabeza.

—Lo más importante es que os vamos a estar recordando esta derrota hasta el próximo partido.

La broma provocó algunas risas, pero la alegría del momento comenzó a desvanecerse cuando, ya cambiados y sentados en una mesa al aire libre, pidieron cervezas. Rubén fue el primero en sacarlo a colación, como si las palabras le quemaran en la boca.

—¿Sabéis algo de Bea?

El ambiente se tensó de inmediato.

Jorge dejó su móvil sobre la mesa, y Jaime cruzó los brazos, fijando la mirada en la mesa de metal.

Carlos fue quien rompió el silencio.

—La vi el otro día, cuando estaba con Delia y Sara. ¿Habéis visto su ojo?

Todos asintieron, aunque nadie dijo nada al principio. El ojo morado de Bea, disimulado con maquillaje, había sido imposible de ignorar durante la cena de la semana pasada.

—No quiero creerlo, tíos. David es nuestro amigo. Lo conocemos desde hace años.

—¿Y eso qué? —saltó Rubén con un tono más duro de lo habitual—. Conocerle no significa justificarle. Si lo está haciendo…

—No podemos saberlo con certeza —lo interrumpió Jaime, su voz firme pero baja. Siempre era el más sereno del grupo, el que intentaba mantener el equilibrio en momentos como ese—. Bea no lo ha dicho, y si no lo dice, no tenemos pruebas.

—¿Pruebas? —Rubén soltó una risa seca—. Su ojo es la prueba, me cago en la puta.

—Pero si no quiere denunciar… —dijo Carlos, dejándose caer contra el respaldo de la silla —, ¿qué podemos hacer?

—Nada —respondió Jorge, frustrado—. Porque si hacemos algo sin su permiso, va a acabar volviéndose contra nosotros. Ya lo habéis visto. Cada vez que alguien le insinúa algo, se cierra como una ostra.

El grupo cayó en un silencio tenso, roto solo por los murmullos de los clientes en otras mesas.

Las palabras flotaban entre ellos, cargadas de impotencia y rabia.

Una rabia que se iba acumulando y que saldría de la peor manera posible.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó finalmente Rubén, apoyando los codos en la mesa y mirando a los demás—. ¿Esperar a que pase algo peor?

—No hay mucho más que podamos hacer —dijo Jaime—. Hablar con David, quizá, pero ya sabemos cómo va a terminar eso. Se pondrá a la defensiva, dirá que nos estamos metiendo en su relación y que no es asunto nuestro.

—¿Y si vamos a la policía? —sugirió Carlos.

Jorge negó con la cabeza de inmediato.

—¿Sin que Bea quiera denunciar? No van a hacer nada. Necesitamos su palabra, y ya sabemos que no la va a dar.

Rubén tomó otro trago de su cerveza, observando el fondo del vaso como si ahí estuviera la solución.

—Entonces, solo queda una opción.

Los otros tres lo miraron, esperando que continuara.

—Matarlo —dijo Rubén con una sonrisa torcida, en un tono que pretendía ser de broma, pero con una dureza subyacente que dejó helados a los demás.

El silencio que siguió fue tan denso que parecía que el aire se había detenido.

Jorge apartó la mirada, como si la idea le pesara más de lo que quería admitir.

Carlos dejó su cerveza en la mesa, incapaz de seguir bebiendo.

Jaime, el más difícil de leer, se limitó a observar a Rubén con los labios apretados.

Después de ver a Delia durante todos estos días, ganas no le faltaban.

Ella fue la que…

Buff, no quería ni pensarlo.

—Por Dios, que era una broma, chicos —dijo Rubén finalmente, encogiéndose de hombros y soltando una carcajada nerviosa—. No os pongáis así.

Pero la risa murió rápido.

La idea había quedado flotando entre ellos, plantando una semilla que ninguno quería reconocer, pero que ninguno podía ignorar.

—No es una opción —dijo Jaime al fin, su voz tensa, como si le costara pronunciar las palabras—. No somos asesinos.

—Claro que no —respondió Rubén, levantando las manos en un gesto de rendición—. Pero admitid que se os ha pasado por la cabeza, aunque sea por un segundo. Un momento de ese cabreo irracional que os viene cuando ahora mismo pensáis en David.

Carlos miró hacia el cielo, respirando hondo.

—Esto nos está destrozando.

—No tanto como a Bea —respondió Jorge con tono sombrío—. Y si no hacemos algo pronto, no sé cómo va a terminar esto.

El grupo permaneció en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Las palabras de Rubén, aunque disfrazadas de broma, habían señalado lo que ninguno quería admitir: estaban atrapados, incapaces de actuar y, al mismo tiempo, incapaces de ignorar lo que estaba sucediendo.

Cuando finalmente se levantaron para marcharse, el peso de la conversación seguía sobre ellos, como una nube oscura que se negaba a disiparse.

La amistad que los había unido durante tantos años estaba comenzando a resquebrajarse, y lo que habían visto en los ojos de Bea era la grieta que lo había iniciado todo.

47

Veinticinco días y diez horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El aire dentro del apartamento estaba cargado de un silencio tenso, casi insoportable. Sara y Jorge habían vuelto hacía apenas una hora de la comida en casa de Jaime y Delia, donde el ojo morado de Bea había sido el centro de todas las miradas y conversaciones veladas.

Jorge todavía sentía un nudo en el estómago al recordar la incomodidad de los momentos en los que Bea narraba alegando que el culpable había sido un ladrón.

Sara, sentada en el sofá con las piernas cruzadas, repasaba mentalmente los gestos de Bea y los silencios de David durante la comida.

—No tiene sentido —dijo en voz baja, rompiendo el silencio.

Jorge, sentado a su lado con un libro que no estaba leyendo, giró la cabeza hacia ella.

—¿Qué no tiene sentido? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Todo. Lo del ladrón. La forma en que Bea evitaba mirarnos a los ojos cuando hablaba de eso. Y David… —Sara dejó la frase en el aire, mordiéndose el labio—. No sé, Jorge.

—Están escondiendo algo, seguro —respondió él, cerrando el libro y dejándolo sobre la mesa de café. Se pasó una mano por el cabello, frustrado—. Pero no podemos hacer nada si Bea insiste en lo del ladrón.

—Tiene miedo, y es normal, yo también lo tendría.

—Pero Sara tú…

—Ya lo sé, tonto —le dijo antes de darle un beso en los labios.

Hacía tiempo que su vida sexual había quedado en un segundo plano. Después de tantos años, el cariño estaba mucho más patente que el deseo.

Y, aunque era algo en lo que el muchacho no había pensado, era algo que estaba a punto de cambiar.

—Voy a darme una ducha —anunció la chica, poniéndose de pie—. Necesito despejarme.

—Está bien —respondió Jorge, observándola mientras desaparecía por el pasillo.

El sonido del agua corriendo llenó el apartamento poco después. Jorge se quedó solo en el salón, mirando la portada de su libro sin realmente verla. Un libro que había comprado en Amazon y que le había recomendado un compañero de trabajo.

“Una madre ejemplar”

Bueno, le daría una oportunidad.

Aunque últimamente le costaba muchísimo concentrarse.

Sentía una inquietud que no lograba sacudirse, como si algo oscuro estuviera a punto de revelarse.

De repente, un sonido familiar interrumpió sus pensamientos: el tono de notificación del móvil de Sara. Estaba sobre la mesa, a su lado, vibrando suavemente. Jorge no solía fijarse en el móvil de su pareja, pero algo, quizá la tensión acumulada, lo llevó a mirarlo. La pantalla mostraba un mensaje de alguien llamado “María trabajo”.

—¿María trabajo? —murmuró para sí mismo, frunciendo el ceño.

La curiosidad pudo más que la prudencia. Jorge tomó el móvil de Sara y desbloqueó la pantalla, algo que podía hacer porque conocía su código. Ambos sabían el de su pareja por si acaso.

Además, nunca había ocurrido nada en ninguna dirección que provocara la menor sospecha.

El mensaje estaba ahí, esperándolo:

“¿Por qué quieres cortar nuestra relación después de tantos meses así, porque sí? No entiendo nada, Sara. Por favor, dime algo.”

El corazón de Jorge dio un vuelco. Sus manos comenzaron a temblar mientras procesaba las palabras en la pantalla. Sin pensarlo demasiado, deslizó hacia arriba en la conversación. Necesitaba entender qué quería decir eso.

Aunque lo sabía.

En el momento en el que leyó el mensaje, lo supo al instante.

Pero lo que encontró lo dejó sin aire.

Los mensajes anteriores, en los que “María trabajo” confesaba deseos, recordaba momentos íntimos y preguntaba por futuros encuentros, eran devastadoramente claros. Jorge leyó en silencio como esa supuesta “María” hablaba de las noches que habían compartido, de cómo habían tenido que ser discretos para que nadie se enterara, y de cuánto le dolía que Sara quisiera terminar después de todo lo que habían pasado juntos.

Y entonces, entre líneas de textos que lo desgarraban, apareció algo que no esperaba: un descuido en la conversación. Un mensaje donde la otra persona se refería a sí misma como “David”.

Jorge soltó el móvil como si quemara.

Su respiración se aceleró, y el sonido del agua corriendo en la ducha se volvió insoportable, como un ruido blanco que lo envolvía y lo oprimía.

David.

—Hijo de puta…

Sara había estado acostándose con su amigo David durante meses.

Jorge sintió que la habitación comenzaba a dar vueltas. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía estar pasando algo así justo delante de sus narices?

Miró de nuevo el móvil, casi esperando que todo hubiera sido un error, una mala interpretación.

Pero no…

Ahí estaba.

Sara había cambiado el nombre de David por “María trabajo” para ocultar lo que estaba haciendo. Y ahora, después de la comida en la que todo el grupo había comenzado a sospechar de David por lo de Bea, ella había decidido cortar su relación secreta con él.

Puede que por el miedo de lo que pudiera llegar a hacerle a ella.

Jorge cerró los ojos y se llevó las manos a la cara, sintiendo cómo las emociones lo arrollaban.

Sentía rabia.

Advertía un fuerte dolor.

Todo mezclado en un torbellino que lo hacía sentirse perdido.

El agua seguía corriendo.

Sara seguía en la ducha, ajena a lo que acababa de descubrir.

Jorge quería gritar, quería decirle que lo sabía, quería salir corriendo de ese apartamento.

Quería enfrentarse a David y matarlo a puñetazos.

Pero no lo hizo.

Se quedó allí, sentado, con el móvil de Sara frente a él, mientras su mente intentaba procesar lo que acababa de descubrir.

Cuando el sonido del agua cesó, Jorge sintió un escalofrío. Sabía que en cualquier momento Sara volvería al salón, como si nada hubiera pasado. ¿Qué iba a hacer?

El silencio del apartamento, roto solo por el goteo del agua en el baño, le dio su respuesta.

No estaba listo para enfrentarla.

Todavía no.

Guardó el móvil donde estaba y se quedó allí, mirando fijamente el vacío, mientras los pasos de Sara se acercaban desde el pasillo.

Y, aunque él todavía no lo sabía, cuando Rubén propusiera días después la posibilidad de acabar con la vida de su amigo, todos esos sentimientos aflorarían como las rosas en primavera.

48

Una mujer con gafitas, moño de peluquería y vestido de florecitas azul celeste, llamada Irene Monleón llevaba ya unas cuantas semanas con la mirada puesta en la inspectora Larson. Por ello, en cuanto Paquito le contó lo ocurrido en el interior de la casa de Antonio Molina, con su cuerpo calcinado y Daniel Ayala herido de gravedad, no pudo evitar ir directa a comisaría para verlo en persona.

Tardó lo suyo en llegar. No era una mujer que se moviera ágil ni veloz. Sus piernas ya no eran las de antaño y Paquito ya estaba en el trabajo, así que tenía que buscarse la vida para llegar.

No se lo pensó demasiado y cogió un taxi que después cargaría a la cuenta de Paquito.

Faltaría más.

Y, al llegar a la casa de Antonio, se sentó en el asiento de detrás de su hijo Paquito.

—¿Cómo estás, bonita? —preguntó Irene con voz de la abuela de Caperucita. Con sus gafitas, su moño de peluquería y su vestido de florecitas azul celeste.

Lara contestó que bien, sofocada, porque claro, menudo susto. Mientras tanto, avanzaron de camino a la comisaría para que ella pudiera prestar declaración. Algo como lo que había pasado precisaba de ello y de un informe a la altura.

Lara, fingiendo una desazón sin parangón, tenía totalmente a su merced a los dos inspectores. Menos mal que estaba presente la señora Monleón, alguien que tenía un don especial para las investigaciones y que ya tenía puesto un ojo sobre Larson desde hacía unos meses, cuando llegó trasladada desde otra comisaría y descubrió la lista de cadáveres que había quedado tras sus casos no resueltos.

—Ha sido aterrador —murmuraba Lara para sus compañeros, ante sus miradas de comprensión y pena y un ligero ensalzamiento de la ceja de su señora madre.

Sospechaba.

Algo no le cuadraba.

Ella había escuchado atentamente las palabras de Sánchez y, por lo tanto, leído el informe.

Y había algo decididamente extraño en todo lo que había ocurrido.

El cadáver de Antonio Molina no aparecía, pero sí su sangre y solo un par de dedos.

Después entraban en la casa del señor Ayala y lo amenazan de la misma manera que había hecho Antonio Molina.

Ella no se creía que Daniel hubiera dejado esa carta allí para que la encontrara Lara Larson.

Con lo poco que había investigado sobre él, sabía que era un cabrón sin escrúpulos, pero era más práctico que otra cosa. No…

Esto olía muy mal y Irene quería encontrar la razón.

Lara Larson contestó a las preguntas que le efectuaron sus compañeros sin un ápice de duda. Como haría una gran estudiante de último curso frente al examen de selectividad.

Lo tenía todo claro y preciso.

Demasiado, para el sentido arácnido de la señora Irene Monleón, viuda de Manolo Zumbado, en paz descanse.

Ella escuchaba atentamente a las palabras de la inspectora y hacía sus anotaciones mentales.

De todas maneras, y no siendo ella investigadora de la policía, no dijo una sola palabra. Una vez Lara terminó de narrar lo acontecido, se marchó a casa. Debía presentar un informe de toda la investigación al día siguiente. Lo cotejarían con el que presentara el inspector Sánchez.

—Muchas gracias, chicos —dijo la inspectora Larson hacia sus dos compañeros antes de levantarse de su asiento.

—Descansa, nos vemos mañana —dijo el inspector Monleón sin quitarle su cara de embobao de encima a la pelirroja

—Buen trabajo —añadió su compañero, que no se había enterado de la misa la media, con la mente puesta en el partido de turno en el que podría apostar su sueldo de funcionario.

—Adiós, bonita —se despidió Irene Monleón cuando la vio pasar por su lado antes de abandonar la sala de comisaría y dirigirse al ascensor.

Al día siguiente, Irene Monleón, viuda de Zumbado y madre de uno de los inspectores que estaban presentes durante la detención de Daniel Ayala, se presentó en su habitación.

—Hola, querido —le dijo —. La verdad es que he estado estudiando tu caso y eres todo un delincuente.

Dicho esto, se sentó a su lado y comenzó a hacer punto de cruz.

—Pero bueno, después de revisar todas las pistas, no creo que seas un asesino. O, al menos, no creo que lo seas de Antonio Molina.

—Pero mamá, ¿quieres dejarlo ya? Lara no es cómo piensas que es, por Dios —dijo Paquito entrando por la puerta.

—¿Cuántas veces me he equivocado, Paquito?

—Bueno…

—Pues eso… tú hazme caso y verás lo rápido que asciendes.

—Pero…

—Ni peros ni peras. Tenemos un trato.

—Sí, mamá, pero mañana te quedas con los niños.

—Que sí, tú pon la escucha.

—No va a venir.

—Ya verás cómo sí, tú hazle caso a tu madre.

Poco menos de una hora más tarde, la inspectora Larson apareció fingiendo una desazón sin parangón y se adentró en la habitación de Daniel Ayala.

—Yo no quería esto, ¿por qué me obligaste a dispararte? —preguntó rota de dolor todavía con el inspector Monleón en el interior de la habitación—. ¿Puedes dejarnos a solas, Fran? Por favor.

—Claro, Lara —contestó él, saliendo al pasillo y entrando en la habitación anexa, donde le esperaba su madre terminando de tejer unos calcetines.

—Bueno, ¿por dónde nos quedamos ayer? —preguntó la mujer, perdiendo toda la lástima en el tono de su voz.

Irene sonrió en la habitación de al lado. Sin embargo, la sonrisa duró únicamente un instante, porque pasados un par de segundos, lo siguiente que dijo Lara fue…

Ni idea…

Porque no lo escuchó.

Hablaba tan bajito que era evidente que lo hacía a propósito y que sabía que habían puesto un micro.

—¿Ves, mamá? Nada.

—No, hijo, eso que acaba de pasar no es nada. De hecho, es mucho peor de lo que me imaginaba.

Todavía no era consciente de cuánto.

49

Veinticinco días y cinco horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Rubén, Carlos y Jorge estaban sentados alrededor de una amplia mesa preparada para un almuerzo que prometía ser concurrido. El mantel estaba cubierto de aperitivos: queso, jamón, encurtidos y algunas botellas de cerveza repartidas por toda la mesa.

Se estaban poniendo finos filipinos los muchachos.

La luz del mediodía entraba a raudales por las ventanas del comedor de Jaime, iluminando el espacio con un brillo cálido y familiar

Jorge, inquieto, miró su reloj por tercera vez en menos de cinco minutos.

—Como siempre, llegan los últimos —dijo, soltando un resoplido.

Sara levantó una ceja, sonriendo con esa mezcla de paciencia y sarcasmo que solo ella sabía manejar.

—Y, como siempre, tú te tienes que quejar de ello.

La respuesta arrancó una carcajada general. Rubén, que estaba sentado justo enfrente de Jorge, le señaló con su botella de cerveza.

—Ahí te ha pillado.

Jorge se encogió de hombros, mientras Carlos se levantaba de la mesa.

—Voy a ver si necesitan ayuda en la cocina —anunció, aunque en realidad solo quería estirarse un poco.

—Pues tráeme una cerveza —dijo Rubén, sin molestarse en mirarle.

—¡Dos! —añadió Jorge, levantando su vaso vacío.

Carlos rio por lo bajo y salió hacia la cocina, dejando a los demás entretenidos en una conversación sobre fútbol y los aperitivos que más rápido estaban desapareciendo.

En la cocina, Jaime y Delia estaban ocupados terminando los preparativos. Delia cortaba pan mientras Jaime colocaba los aperitivos en pequeños platos que luego trasladaba a una bandeja. Parecían relajados, pero había cierta tensión en el aire. Hacía días que era la tónica habitual entre los dos.

Y todo por un ojo morado y una dura acusación.

—¿Estás seguro de que vendrán? —preguntó Delia, sin apartar la vista de su tarea.

Jaime se encogió de hombros, intentando parecer despreocupado.

—Sí, claro. He hablado con David antes, y me lo ha confirmado.

Delia dejó el cuchillo sobre la encimera y cruzó los brazos, mirándole con una mezcla de incredulidad y preocupación.

—Pues no sé qué excusa van a poner.

—¿No crees que a lo mejor exageras un poco? —respondió Jaime, tratando de mantener un tono conciliador—. Tal vez solo estaban discutiendo y levantaron un poco la voz.

Antes de que Delia pudiera replicar, Carlos entró en la cocina. Al instante, Jaime y Delia se callaron, como si su conversación hubiera sido interrumpida por algo más importante.

—¿Os echo una mano? —preguntó Carlos, mirando a su alrededor.

Jaime negó con la cabeza, aunque trató de esbozar una sonrisa más falsa que la disculpa del emérito tras salir de caza.

Y de matar animales, también.

—No, tranquilo. Ya está casi todo. Enseguida salimos.

Carlos se encogió de hombros y se dirigió a la nevera.

—Vale, pues cojo unas cervezas.

Mientras sacaba las botellas, el timbre de la puerta sonó con un eco que recorrió toda la casa. Carlos, con las cervezas en la mano, giró la cabeza hacia Jaime y Delia.

—Voy yo.

—Ahora verás…

Carlos abrió la puerta, pero lo que vio al otro lado le hizo detenerse en seco. Bea estaba allí, con el rostro parcialmente cubierto por unas gafas de sol grandes, pero los hematomas en su piel eran evidentes incluso con ese intento de disimulo.

Detrás de ella, David mantenía una expresión seria, casi desafiante.

—¿Pero qué te ha pasado? —preguntó Carlos, incapaz de ocultar su sorpresa.

David fue el primero en responder, con un tono tenso que intentaba sonar indignado.

—Un hijo de puta entró en casa a robar el otro día, y Bea estaba sola.

Carlos miró a Bea, esperando una confirmación.

—¿Y qué pasó? ¿Estás bien?

Bea asintió lentamente, con la voz más apagada de lo habitual.

—Sí. Por suerte, David llegó enseguida. Cuando oyó la puerta, el ladrón salió corriendo.

David apretó los puños, claramente frustrado.

—Si lo llego a pillar…

Carlos observó la escena, sin saber bien qué decir. Finalmente, cerró la puerta detrás de ellos y comenzó a caminar hacia el comedor junto con la pareja.

—Pues a lo mejor estarías tú igual, David. Mejor que se ocupe la policía, que para eso están.

David resopló, visiblemente molesto.

—¿La policía? La policía dice que no puede hacer nada porque Bea no le vio la cara.

Carlos no respondió, pero apretó los labios, incómodo. Al pasar por la puerta de la cocina, Bea se detuvo un instante, asomándose tímidamente hacia Delia y Jaime.

—Hola… —murmuró, su voz sonaba casi temblorosa.

Delia levantó la vista, analizándola en silencio.

—Hola, Bea… —respondió finalmente, aunque su tono era frío.

Cuando Bea continuó hacia el comedor, Delia miró a Jaime, buscando confirmar lo que ambos pensaban.

—¿Exageraba, no? —preguntó Delia, aunque su pregunta no necesitaba respuesta.

Jaime negó con la cabeza, pero no dijo nada.

Ambos intercambiaron una mirada cargada de incredulidad y rabia contenida, mientras el resto de la casa parecía seguir con una normalidad que no podía ser más falsa.

50

Veintinueve días y diez horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Delia estaba en la cocina, cortando cebolla para la cena, mientras Jaime, al fondo del salón, planchaba la camisa que necesitaba para el trabajo.

Era algo que no se le daba demasiado bien y muchas veces llevaba arrugas, pero el muchacho se esforzaba.

La rutina doméstica llenaba la casa con una calma que no reflejaba en absoluto el torbellino de pensamientos en la cabeza de Delia.

Que ya te digo yo, que si llego a estar yo en su lugar…

No quiero ni pensarlo.

La verdad es que todo acabó de la peor manera posible, pero todo lo que les llevó a ello tiene todos los pasos necesarios para llegar al desastre.

Desde hacía días, la imagen que había presenciado a través de la ventana del apartamento de sus vecinos, no dejaba de atormentarla.

El sonido del cuchillo contra la tabla se detuvo de repente. Delia dejó caer la cebolla en un cuenco, se lavó las manos rápidamente y, con decisión, se dirigió al salón.

Jaime estaba concentrado, moviendo la plancha con movimientos fluidos, y ni siquiera se dio cuenta de que ella se había quedado parada detrás de él, con los brazos en jarra.

—Jaime —dijo al fin, rompiendo el silencio.

No lo llamó cariño, ni cari, ni gordi.

No.

Lo había llamado Jaime.

Malo.

Levantó la vista, extrañado.

—Dime, cariño.

Delia respiró hondo, sabiendo que lo que iba a decir no sería fácil de explicar ni de aceptar.

—Tengo que hablar contigo sobre algo serio.

Jaime dejó la plancha a un lado, colocándola cuidadosamente en su soporte, y se giró hacia ella. La preocupación en el rostro de Delia lo puso en alerta.

Tampoco se podía decir que él estuviera tranquilo en ese momento.

Nunca es nada bueno cuando tu pareja te dice, tenemos que hablar.

Nadie dice esa maléfica frase y dice que no va bien el horno.

—¿Qué ocurre?

Ella dudó un momento, pero no podía guardárselo más.

—Es sobre David y Bea.

En primer lugar, sintió un ligero golpe de alivio.

De todas las cosas que se le habían pasado por la cabeza, un problema ajeno no era la peor de las posibilidades.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó finalmente, frunciendo el ceño.

Delia se sentó en el brazo del sofá, mirando al suelo mientras buscaba las palabras adecuadas.

—El otro día… vi algo.

—¿Algo, cómo qué? —Jaime se cruzó de brazos, confundido por la gravedad en la voz de su pareja.

Al final sí que iba a tener que preocuparse.

No se hacía una idea.

—Fue a través de la ventana —empezó Delia, sin mirarlo directamente—. Ya sabes que desde aquí se ve la habitación de David y Bea perfectamente.

—Sí…

—Estaba planchando y, por casualidad, miré hacia su ventana. Al principio pensé que estaban bromeando, jugando, porque David se acercó a Bea, le dio un beso… pero luego… —Delia hizo una pausa, cerrando los ojos por un momento—. Luego le pegó un puñetazo.

Jaime se quedó inmóvil, como si el aire se hubiera vuelto más denso de repente.

—¿Qué? No…

—Sí, Jaime. Lo vi claramente. Ella se cayó al suelo. No gritó, no se defendió. Simplemente, se levantó y siguió como si no hubiera pasado nada.

—Eso no puede ser —respondió él, negando con la cabeza—. ¿Estás segura de lo que viste?

—Jaime, estaba ahí, delante de mis ojos. No hay forma de que lo malinterpretara.

Él pasó una mano por su cabello, nervioso, antes de solar la plancha y ponerse a caminar por el salón.

—Estamos hablando de David. ¿Nuestro David? El que conocemos desde hace más de diez años. Joder… es que es imposible…

—Sí, ese David —replicó Delia, con firmeza.

—¿Y Bea? ¿Qué dice ella?

—Fui a hablar con ella. Le pregunté directamente qué había pasado.

—¿Y?

—Me dijo que había sido un ladrón. Que alguien había entrado en la casa cuando David no estaba y que la había golpeado.

Jaime se quedó callado, procesando la información.

—¿Un ladrón? —replicó, escéptico.

—Sí, un ladrón. Pero, Jaime, no hay señales de que hayan forzado la entrada. Y ella… —Delia bajó la mirada, luchando por contener las lágrimas—. Ella me lo dijo con una sonrisa forzada, como si intentara convencerme a toda costa de que era cierto. Además, que yo vi lo que vi, no era un ladrón, era David. Por el estor de la ventana no le vi la cara pero se estaban besando, joder.

Jaime se sentó en el sofá, pasando las manos por su rostro.

—Esto no tiene sentido. David no haría algo así.

—Lo sé. A mí tampoco me entra en la cabeza. Pero lo vi, Jaime. Y no puedo olvidarlo.

—¿Por qué no ha dicho nada entonces? —preguntó él, levantando la mirada hacia ella—. Si fuera cierto, ¿por qué no ha pedido ayuda? ¿Y por qué no me lo has dicho a mí antes?

—Porque tiene miedo. Porque tal vez siente que no tiene otra opción. ¿Y si lo que vi no fue la primera vez? ¿Y si lleva tiempo soportándolo? Y solo he esperado a hablar antes con ella, además de que sabía cómo te lo ibas a tomar.

Jaime negó con la cabeza, todavía incrédulo.

—Esto es muy grave, Delia. No podemos acusar a David sin pruebas.

—No te estoy pidiendo que lo acuses. Solo te pido que estés atento. En la comida que tenemos dentro de unos días, fíjate en Bea. Verás que tiene un ojo morado. Y fíjate en David. Mira cómo actúa.

Jaime suspiró, apoyándose en el respaldo del sofá.

—¿Y si nos estamos equivocando? ¿Y si estamos viendo cosas donde no las hay?

—Entonces me tragaré mis palabras. Pero, Jaime, si tengo razón y no hacemos nada, ¿qué tipo de amigos seríamos?

El silencio cayó entre ellos, roto solo por el leve zumbido de la plancha todavía encendida. Jaime miró a Delia, y por primera vez empezó a considerar la posibilidad de que pudiera estar en lo cierto.

—Está bien —dijo al fin—. Lo observaré. Pero, Delia, si esto no es lo que parece, no podemos arruinarle la vida.

—Lo sé. Pero si es lo que parece… no podemos ignorarlo.

Jaime asintió, aunque todavía parecía perturbado. Delia, por su parte, volvió a la cocina, con el corazón un poco más ligero pero todavía lleno de dudas. Ambos sabían que, en pocos días, la verdad se haría evidente, de una forma u otra.

51

Treinta días y dos horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

El aroma de café recién hecho llenaba la pequeña sala de estar de Delia.

Era un espacio acogedor, decorado con muebles de madera clara y cojines de colores cálidos.

Desde la ventana se podía ver el jardín compartido con los vecinos, un lugar donde Delia había pasado incontables tardes regando sus plantas. Ahora, el escenario que tanto amaba se había convertido en el lugar de un recuerdo perturbador.

La verdad es que, a mí, pese a que las dos casas estaban la una frente a la otra, me gustaba infinitamente más la de Delia y Jaime que la de David y Bea.

La primera, acogedora y cálida, y la segunda, con ese toque entre industrial y minimalista que a una persona de mi edad, pues que no termina de casar.

Bea estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y la taza de café entre las manos.

Parecía relajada, pero Delia podía notar cómo jugueteaba con los dedos de la otra mano, tamborileando nerviosamente contra la cerámica.

Tenía que explicar lo que su rostro narraba antes de que hicieran preguntas o se pensaran algo que realmente no era.

Aunque claro, tampoco podía contar la verdad.

Pobre mujer, cómo empezó todo y cómo acabó.

A la persona a la que más compadezco de todo lo ocurrido, sin duda alguna, es a Bea.

—Gracias por invitarme, Delia. De verdad necesitaba hablar contigo. —Bea sonrió, aunque su expresión tenía algo de tensión contenida.

Delia, de pie junto a la ventana, asintió mientras miraba hacia el jardín. Las imágenes de aquella noche seguían frescas en su mente. Bea y David, en lo que parecía ser un momento íntimo, y luego el puñetazo que rompió la calma.

Había sido tan rápido, tan inesperado, que Delia casi dudó de lo que había visto.

Pero sí.

Claro que lo había visto.

—Claro, Bea. ¿Qué querías decirme? —preguntó mientras se giraba y se sentaba en un sillón frente a su amiga.

Bea tomó un sorbo de su café antes de hablar, como si necesitara ganar tiempo para ordenar sus pensamientos.

—Ese ladrón… Fue un susto horrible. —Bea trató de sonreír, aunque su gesto era forzado—. David y yo ya lo hablamos con la policía, y ellos tienen la denuncia. Espero que lo encuentren, pero es muy difícil porque ni siquiera le vi la cara.

Delia no apartó la mirada, tratando de mantener una expresión neutral mientras en su interior se acumulaban las preguntas.

—¿Cómo fue exactamente? —preguntó, finalmente, con un tono de voz que intentaba ser casual.

Bea jugueteó con la taza, evitando el contacto visual por un momento.

—Fue rápido. Yo estaba en casa, en la habitación, cuando escuché ruido en el jardín. Al principio pensé que era algún gato, ya sabes cómo son… y que el barrio está lleno. Bueno, qué te voy a contar a ti como es el barrio. Pero luego oí la puerta y ahí es cuando me tensé.

Delia asintió lentamente, pero no dijo nada.

Desde la ventana de su cocina había visto la escena.

Sabía que las palabras de su amiga no eran ciertas.

Que había una verdad oscura oculta tras su historia.

—¿Y entonces? —insistió.

—Pues… alguien entró. Escuché cómo subía las escaleras muy lentamente, como en una película de terror. Y yo estaba en shock, no sabía qué hacer. —Bea dejó la taza en la mesita de café y cruzó las manos sobre su regazo—. Antes de que pudiera reaccionar, ya estaba en la habitación. No dijo una sola palabra, de pronto se acercó y me pegó en la cara. Pensaba que iba a violarme porque no decía nada de dinero ni de joyas pero, justo en el peor momento, escuché que la puerta se abría y los pasos de David entrando por la puerta seguidos de un “Cariño”

Delia parpadeó lentamente. La historia de Bea sonaba tan ensayada que era casi doloroso escucharla.

—¿Entonces, David llegó justo a tiempo?

—Sí. Nada más lo escuché, pegué un grito para que pudiera venir corriendo. —Bea asintió rápidamente, como si tratara de reforzar su versión—. Creo que el ladrón se asustó y salió corriendo.

Delia apretó los labios, dejando pasar unos segundos antes de hablar.

—¿Y no se llevó nada?

Bea negó con la cabeza.

—No. Fue extraño, creo que solo buscaba algo rápido. O tal vez se asustó más de lo que pensábamos. O realmente lo que quería no era robar, sino violarme, no lo sé.

Delia respiró hondo.

Quería confrontarla con lo que había visto, pero sabía que si lo hacía directamente, Bea probablemente se cerraría en banda y no le sacaría nada.

—Mira, Bea… Yo… —comenzó, pero se detuvo, buscando las palabras adecuadas—. Solo quiero asegurarme de que estás bien. Eso es lo importante.

Bea levantó la vista y la miró con algo que parecía ser una mezcla de alivio y miedo.

—Lo estoy, de verdad. David ha sido un apoyo increíble desde que pasó todo esto. No sé qué habría hecho sin él.

Delia sintió una punzada de frustración.

Era como si estuviera hablando con una versión distinta de la Bea que conocía y que había visto, una que estaba atrapada en una narrativa que no podía romper.

Lo peor de todo es que, aunque Delia tenía muy claro en su mente lo que había pasado y que las palabras de Bea era evidente que no eran ciertas.

Ni la una ni otra se acercaban realmente a la verdad.

Ahora, frente al estrado, con el acusado mirándome con odio infinito y con Delia llorando desconsolada por la muerte de su amiga, no puedo sino pensar en ese momento en el que había dos verdades y ninguna era realmente cierta.

52

Después de las sospechas que rondaban la cabeza de la mujer con gafitas, moño de peluquería y vestido de florecitas azul celeste, llamada Irene Monleón, decidió que debía seguir a la inspectora Larson.

Sabía que Paquito debía estar en su casa y que su mujer se lo haría saber con dureza, por lo que se decidió por el eslabón más fácil de manipular.

El solterón de comisaría y adicto a las apuestas y a las croquetas, Alfredo Ibáñez.

Le hizo una propuesta que no fue capaz de rechazar y ambos se marcharon en el utilitario del inspector para seguir a la inspectora Lara Larson.

La mujer se marchó directamente a un adosado en una urbanización junto a una enorme masía con enormes muros que evitaban que se pudiera observar el interior. Nada más llegar, se adentró en uno de ellos.

Pasaron toda la noche en vela vigilando la casa. Mientras tanto, Irene se preguntaba si estaría en lo cierto y el inspector hacía apuestas online y seguía decenas de partidos al mismo tiempo.

Al día siguiente y, para sorpresa de la mujer con gafitas, moño de peluquería y vestido de florecitas azul celeste, llamada Irene Monleón, nadie salió del adosado; sin embargo, sí que salió una moto conducida por una silueta de mujer vestida de negro de la enorme masía de al lado.

Irene advirtió una suerte de corazonada, pero como solía acertar cuando estas llegaban a su mente, dijo…

—Sigue esa moto, vamos, Alfredo, vamos.

El inspector se sobresaltó, pero obedeció. Lo que fuera por las croquetas.

El coche de Alfredo siguió a esa moto y a esa mujer vestida de cuero, con un casco opaco y guantes negros, hacia una casa unifamiliar.

Esta se encontraba a las afueras de Valencia, en un barrio de "quiero y no puedo".

Nada más llegar y, sin apartar la vista de la mujer, miró su reloj.

Eran alrededor de las diez de la mañana.

¿Qué haces aquí, Lara? Se preguntó Irene con la mente a toda máquina.

Entonces una furgoneta de correos apareció por el horizonte directamente a la casa que había frente a donde estaba la inspectora Larson. Se detuvo frente a ella y se apearon dos hombres con un enorme paquete sobre los hombros.

Entraron en la casa y, a los pocos minutos, salieron de nuevo y se subieron en la furgoneta antes de largarse calle arriba.

Irene salió del coche ante la mirada de Alfredo y, escondida tras unas plantas, observó la reacción de Lara.

Justo cuando un vecino, en compañía de un pequeño perrito, se acercaba al garaje frente a Lara y hablaba con alguien del interior.

—Estoy bien, Armando, pero una pregunta: ¿qué día es hoy? —preguntó una voz desde el interior del garaje. Era tan tenue que Irene escuchaba a duras penas.

—Pues es sábado, claro. Sábado, día doce —contestó el veterano vecino con la ceja enarcada.

—Gracias, Armando —dijo la voz de dentro del garaje mientras accionaba la persiana y esta se abría ante los ojos de Lara, justo al otro lado del jardín. Y de Irene, a pocos metros de distancia a su derecha, oculta tras un enorme matorral.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —preguntó el vecino con tono preocupado, nada más ver el rostro de la mujer.

Irene también lo vio, estaba blanco tal que la nieve y tenía un golpe en la ceja, como una herida mal curada.

—Me he dado con el marco de la puerta antes, como una tonta —dijo ella al instante.

—Hay que tener más cuidado, mujer, que te podrías haber hecho daño.

—Pues sí, Armando, tienes razón.

—Y más ahora que estás tú sola, eh.

—¡Qué razón tienes! Bueno, te voy a dejar que tengo muchas cosas que hacer, Armando.

—Claro, mujer, buen día.

—Igualmente.

Dicho esto, el hombre continuó con su marcha y ella bajó la persiana del garaje.

Una vez la calle había quedado vacía y no había ojos puestos sobre ella, Lara se acercó a la puerta y tocó al timbre con toda la calma del mundo. Al principio nadie abrió.

Irene no lo sabía, pero en ese momento, la mujer que había abierto la puerta, también conocida como Rosa Guerrero, acababa de coger un cuchillo y pretendía hacer lo que llevaba dos días anhelando.

Maldijo a quien fuera que hubiera llamado a la puerta, y se quitó la ropa hermética que llevaba puesta. Dejó los guantes sobre una mesa de metal y salió del sótano con una sonrisa sobre el rostro.

“Seguro que es el pesado de Armando”, pensó.

Pero estaba equivocada.

—Buenos días —saludó Lara cuando el amable rostro de Rosa asomó por la puerta.

—Hola —contestó Rosa con una sonrisa—. ¿Puedo ayudarla?

—Inspectora Larson —dijo Lara mostrando su placa de policía.

Rosa se tensó.

Algo normal, habida cuenta de lo que tenía en el sótano de la residencia, a escasos metros de Lara.

—¿Policía? —preguntó con una sorprendente naturalidad. Esa mujer había nacido para eso.

—Así es, ¿es usted Rosa Guerrero? —preguntó Lara con sus preciosos ojos puestos sobre Rosa.

—Sí, sí, soy yo.

—Vale, muy bien, disculpe, es que habíamos recibido una llamada que decía que había desaparecido y no daban con usted. ¿Puedo pasar? Me gustaría ratificar que está todo bien. Es el protocolo cuando recibimos este tipo de llamada.

—Claro, pase, ¿quiere un café? —preguntó Rosa mientras se preguntaba a sí misma si alguien más sabría de la presencia de esa mujer en su casa.

—Sí, por favor —contestó Lara pasando al interior de la casa. Esperaba que sirviera dos cafés. Era la mejor opción para dejarla fuera de juego.

Irene se quedó observando una escena que no terminaba de encajar en su mente.

¿Quién era realmente Lara Larson?

¿Quién era esa mujer herida que había abierto la puerta?

¿Y qué narices hacían ellas dos juntas allí dentro?

Se había presentado como una agente de la ley, por lo que no se conocían.

¿Podría ser que…?

Fuera una nueva víctima de Lara Larson…

Según sus investigaciones. La inspectora no llevaba bien a los que se iban de rositas y utilizaba un método propio de justicia para con esas personas.

¿Podría esa mujer ser el caso?

¿O igual era al contrario?

Alguien que había sido atacado y que merecía su extraña ayuda.

Todavía estaba pensativa e inquieta cuando llegó de nuevo la furgoneta de correos y se colocó esta vez frente a la puerta, con la parte trasera pegada a una ventana.

Extraño… pensó.

Entonces le pareció que insertaban una suerte de tubo a través de la rendija de la ventana abierta.

Los dos hombres llevaban la cara tapada.

Algo todavía más extraño

Irene no avisó a Alfredo, que todavía estaba viendo partidos online.

Necesitaba encontrar respuestas a sus preguntas.

Entonces algo salió disparado hacia la ventana y partió el cristal por la mitad.

—¡Caracoles! —exclamó Irene, que siempre intentaba no decir palabras malsonantes, sobre todo delante de sus nietos.

Y bueno, en ese momento no estaban presentes, pero si se contenía de forma habitual, luego no le resultaba tan difícil.

Los dos hombres se adentraron en la casa y se llevaron los cuerpos inconscientes de las dos mujeres. Acto seguido, una nueva furgoneta llegó y se puso a reparar el cristal mientras los primeros se largaban calle arriba.

Ahora sí que era el momento.

—Alfredo —lo llamó—. Si sigues esa furgoneta de correos y no la pierdes de vista hasta su destino, tienes croquetas hasta año nuevo.

El hombre ni se lo pensó. Con las pupilas con forma de croquetas de jamón, se subió al coche y salió disparado como si su vida dependiera de ello.

La mujer con gafitas, moño de peluquería y vestido de florecitas azul celeste, llamada Irene Monleón, encontraría el lugar al que iban a llevar a esas dos mujeres, y con ello, y sin saberlo,

daría con las instalaciones de “La Experiencia”

No era consciente de dónde se estaba metiendo.

No lo era en absoluto.

53

Treinta y dos días y cuatro horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Sentada frente al juez y a muy poco de narrar todo lo ocurrido, me percato de que estoy ya muy cerca del final y de que, si mi planteamiento es correcto…

Que lo es.

Vamos, que si lo es.

La verdad saldrá a la luz muy pronto.

Tras los hechos ocurridos la noche anterior, David y Bea estaban sentados frente a un agente de policía, ella con los ojos bajos, tratando de mantener la calma, mientras David se frotaba las manos sobre las rodillas, claramente nervioso.

Y cabreado.

Estaba más cabreado de lo que había estado en toda su vida.

La luz blanca de la oficina era cegadora y el aire se sentía denso, como si supiera todo lo que se les pasaba por la cabeza.

El policía, un hombre de mediana edad, miraba la pareja con atención mientras tomaba notas en su libreta. Luego, levantó la mirada hacia Bea, esperando su declaración.

—Entonces, ¿me está diciendo que alguien entró en su casa y la golpeó? —El agente preguntó con una voz seria.

Bea asintió, sin titubear, sus palabras salieron rápidas y precisas.

—Sí. Estaba sola en casa. Yo estaba en mi habitación, cuando escuché ruidos. Pensé que era David que había llegado, pero luego escuché pasos acercándose a la puerta. Entró en la habitación… y me golpeó. —Bea hizo una pausa, como si recordara el dolor del golpe, pero no mostró ni una pizca de duda. Su historia era clara, la había ensayado una y otra vez en su mente. No podía permitir que surgieran fisuras en su versión.

David se mantenía callado, su expresión firme, sin un rastro de desconfianza.

—¿Y después qué sucedió? —preguntó el agente, mirando fijamente a Bea.

—Cuando entró, me asusté muchísimo. Pensé que iba a hacer algo peor, como… —Bea se detuvo un momento, sin querer mencionar la palabra, pero sabía que era la razón de su miedo. —Pero en ese momento, llegó David, y el intruso salió corriendo. Yo llamé a David y subió enseguida. Cuando llegó, ya no había nadie.

El agente anotaba todo lo que decía, pero su mirada se mantenía neutral.

Bea no le daba importancia, su historia estaba clara.

No había huecos, no había dudas.

Tampoco había verdad.

—¿Y vieron algo en la casa? ¿Algún indicio de robo? —insistió con los ojos ahora dirigidos hacia David.

Este respondió casi al instante, sin vacilar.

—No. Nada. No faltaba nada. —David se quedó mirando al agente unos segundos, sin agregar nada más. Él estaba centrado en Bea.

—¿Algún otro detalle? —El agente insistió, su tono serio.

Bea negó con la cabeza.

—No, eso fue todo. No pude ver su cara, ni nada más. Solo estaba muy asustada. No pensé en nada más en ese momento. Llevaba la cara tapada, subió las escaleras y entró en la habitación. Menos mal que poco después escuché la puerta y llegó David que si no…

El policía guardó un breve silencio y dejó de escribir por un segundo, como si pensara en algo más.

—Está bien, su denuncia quedará registrada. Si recuerdan algo más, por favor, comuníquenoslo. Pero, por ahora, esto es todo lo que podemos hacer.

—¿Cómo que eso es todo lo que pueden hacer? No me jodas.

—Señor Linares, haga el favor…

—No, no hago el favor. Un hijo de puta ha entrado en mi casa y le ha pegado a mi mujer. Muevan cielo y tierra. Vengan a coger huellas.

—David… —trató de decir Bea.

—No, ni David ni hostias…

En ese momento un par de agente se asomaron por la puerta, pero el veterano agente les hizo una seña con las manos, como diciendo, “tranquilos, está todo bien”

—Quiero que cojan a ese hijo de puta y que lo jodan bien jodido.

—Lo mismo que queremos nosotros, señor Linares, pero está bien, iremos hoy mismo y comprobaremos algunas cosas nosotros mismos. Dice que no forzaron la puerta. Pero tampoco había una ventana rota ni nada parecido.

—No, no había nada forzado ni roto. Voy a llamar al seguro para que lo comprueben pero no. Aunque voy a cambiar todas las cerraduras y a poner cámaras por todas partes.

—Haga lo que necesite hacer, pero si no hay nada forzado ni forma alguna de acceder a la casa desde fuera sin que así sea. La única opción es que quien fuera entró con llave, o que ya estaba dentro.

Entonces David sí que se alteró.

—¿Qué insinúa?

—No insinúo nada, señor Linares, le estoy diciendo lo que las pruebas indican. Si no han forzado la entrada ni roto ninguna ventana, es que quien agrediera a la señorita Montalbán, entró por la puerta principal y con la ayuda de alguien de dentro. ¿Alguien más tiene llaves de su casa?

—Bueno, mis padres, los suyos, mis vecinos de enfrente, Jaime y Delia, por si pasa algo. Son dos de nuestros mejores amigos. No lo sé, diría que nadie más.

—Bueno, aparte del jardinero, la señora que viene a limpiar y…

—Vale, vale, acabamos de ampliar mucho el rango. La denuncia está tramitada e iremos a ver la casa y a coger huellas o pruebas de cualquier tipo. Pero, como les digo. Sin que le hayan visto la cara, es muy difícil que demos con el agresor.

54

Treinta y dos días y ocho horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Ahora debo ya empezar a prestar mucha atención porque es el principio del final.

De hecho, las tres cosas que me vienen a la mente en este momento ocurrieron al mismo tiempo.

Aunque para ayudarme a comprenderlo mejor, lo dividiré.

Por un lado, Delia pasaba la plancha por la camisa con movimientos fluidos, disfrutando del calor que desprendía el aparato en la fría noche de invierno.

Jaime estaba fuera, trabajando hasta tarde, así que había decidido adelantar algo de las tareas del hogar mientras veía su serie favorita en la televisión.

Ya era la vez treinta o treinta y uno que veía la serie de “Cómo conocí a vuestra madre”.

Y todas y cada una de las veces que tronchaba de risas con todos sus capítulos.

Bueno, con todos menos con uno. Había uno que le daba mucha pena, por si acaso alguien no la ha visto no lo nombraré.

Pero, en general, le encantaba.

Y al haberla visto tantas veces su concentración no tenía que ser tan alta, podía planchar, cocina, limpiar, incluso trabajar con ella de fondo sin perder el hilo.

La luz cálida de su salón contrastaba con la oscuridad del exterior, y las ventanas reflejaban la vida tranquila y doméstica de su hogar.

De vez en cuando, levantaba la mirada hacia la ventana que daba al frente, observando las casas vecinas. A través de la ventana iluminada de la casa de Bea, justo enfrente, pudo distinguir sombras moviéndose.

Sonrió sin darse cuenta; era agradable ver movimiento en la casa de su amiga. A menudo, cuando David no estaba, Bea dejaba las luces apagadas y todo permanecía en silencio. Esta vez, parecía que estaban compartiendo un momento juntos.

Cuando volvió a mirar, las sombras se hicieron más definidas. Allí estaban Bea y David. La forma en que ella se inclinaba hacia él tenía algo íntimo.

Delia dejó la plancha sobre la tabla y observó con una pequeña sonrisa mientras las dos figuras parecían acercarse más.

Sin embargo, de repente, la sonrisa de Delia se desvaneció. Algo en las sombras cambió. La figura de Bea se movió hacia atrás con rapidez, y David avanzó un paso.

Fue solo un instante, pero el cambio en la dinámica fue suficiente para que una sensación de inquietud comenzara a instalarse en el pecho de Delia. “No es nada, seguro”, se dijo a sí misma,

intentando convencerse. Pero la sensación no se iba.

Apretó los labios y apartó la vista, obligándose a centrarse en la camisa que tenía delante. El vapor salió con un leve silbido, y Delia trató de volver al ritmo de lo que estaba haciendo. Sin embargo, apenas un par de minutos después, un ruido sordo llegó desde la casa de enfrente, como si algo pesado hubiera caído al suelo. Instintivamente, levantó la mirada de nuevo hacia la ventana mientras uno de los personajes soltaba alguna barbaridad en el interior de su televisión.

Las sombras habían cambiado otra vez.

La figura más pequeña, la de Bea, estaba más encorvada, mientras que la de David parecía rígida, casi inmóvil. Delia frunció el ceño y dejó la plancha a un lado, olvidándose por completo de su tarea. No podía escuchar nada con claridad, pero su imaginación empezó a llenar los vacíos con lo que temía.

"¿Y si…?" No quiso terminar la frase en su mente. No podía ser. Era David.

Pero los ruidos y la postura de Bea no encajaban con la imagen que tenía de ellos.

Unos segundos después, las luces de la casa de Bea se apagaron, y Delia se quedó inmóvil, con la mirada fija en la ventana oscura. El silencio que siguió solo hizo que la sensación de incomodidad creciera.

Decidió actuar.

Se apartó de la ventana y se encaminó a las escaleras. Debía llamar a Jaime, o a la policía

¿O debía dirigirse directamente a la casa de Bea y David?

No estaba secura de lo que había visto pero parecía…

Por Dios, no podía ni nombrarlo.

Salió a la calle y observó la casa de enfrente.

El coche de David estaba aparcado en su sitio y en la habitación había vuelto la luz.

Se quedó ahí plantada con el corazón martilleando su pecho y su cabeza buscando posibilidades que no le llevaran a donde evidentemente quería llegar.

La había pegado.

Ese cabrón le había dado un puñetazo.

Debía hacer algo.

Ya.

Volvió a la casa, se dirigió a la habitación y cogió su móvil del sofá con rapidez, pero antes de que pudiera desbloquearlo, escuchó el sonido de una puerta abrirse.

Se acercó de nuevo a la ventana.

Fue entonces cuando los vio.

David y Bea salían de la casa, apresurados. Bea iba unos pasos detrás de él, sosteniéndose el rostro con una mano.

Delia sintió un vuelco en el estómago.

Aunque la oscuridad hacía difícil distinguir los detalles, no había duda de que algo no estaba bien.

David caminaba con firmeza, sin mirar atrás, mientras que Bea parecía… ¿Dolida? ¿Asustada? Delia no podía decirlo con certeza, pero la imagen le dejó helada.

Él, en cambio, parecía enfadado. Su rostro mostraba una rabia incontrolable.

David abrió la puerta del coche con un movimiento brusco y ayudó a Bea a entrar. Ella no dijo nada; su silueta parecía pequeña, frágil, bajo la luz tenue de las farolas. David rodeó el

vehículo rápidamente, subió al asiento del conductor y arrancó con un sonido que rompió la tranquilidad de la noche.

Delia salió al jardín, todavía con el móvil en la mano, y observó cómo el coche se alejaba calle abajo hasta desaparecer en una esquina. Durante un momento, se quedó inmóvil, intentando procesar lo que acababa de ver.

La rabia empezó a burbujear en su interior.

David. Había sido David.

No había ninguna duda en su mente.

Los gestos, la manera en que Bea se sujetaba la cara, la prisa por salir de casa…

Todo encajaba.

Quiso llamar a Jaime, contarle lo que había visto, pero se detuvo. ¿Qué iba a decir exactamente? No tenía pruebas, solo intuiciones, y Bea había salido con David sin protestar. ¿Y si estaba exagerando? Sus pensamientos chocaban unos con otros, pero la imagen de Bea sujetándose el rostro seguía ahí, grabada en su mente.

Finalmente, cerró la puerta de casa con un movimiento brusco y se quedó apoyada contra ella, con la mirada fija en el suelo. La rabia y la preocupación seguían latentes, como un peso en el pecho que no podía quitarse.

La pobre no podía entenderlo.

Con lo que había visto, parecía evidente.

Solo que ese era el matiz que lo cambiaría todo.

Parecía.

Porque por desgracia, en esta vida no puedes fiarte de nada, ni siquiera de tus propios ojos.

Con un suspiro tembloroso, apagó el teléfono y volvió al salón. La plancha seguía caliente, y la camisa, a medio terminar, estaba esperándola en la tabla, pero ahora todo eso le parecía insignificante. Se sentó en el sofá, mirando hacia la ventana de enfrente, que ahora estaba completamente oscura.

55

Cuando el hombre trajeado y atractivo, ahora conocido como Frank Garner terminó de leer el expediente de Rosa Guerrero Luna, estaba estupefacto. Era increíble que esa mujer hubiera hecho todo lo que ponía en esos papeles.

Sin ninguna duda, ella era el mayor monstruo de entre todos los que habían participado en esa experiencia.

Y él la había ayudado a salirse de rositas.

Advirtió que sus manos sudaban más de la cuenta. Quizás debería leer los expedientes antes de elegir participante.

Nunca había barajado realmente esa posibilidad, pero visto lo visto, quizás sería demasiado peligroso no hacerlo.

Decenas de mujeres muertas recaían sobre los hombros de esa mujer y, por lo tanto, todas las que vinieran en el futuro lo harían también en los suyos.

Vale que él era un hombre pragmático que hacía lo que fuera necesario para alcanzar un objetivo.

Y que, en ocasiones, ese objetivo había requerido segar algunas vidas. Pero nada de eso era comparable con asesinar a mujeres a sangre fría y coleccionar sus cabezas como trofeos.

—Por Dios —se escuchó decir mientras se levantaba de su escritorio. Lo último que quería era seguir pensando en esa mujer.

No… lo mejor sería arreglarse y prepararse para el día que le esperaba. Encendió la televisión y fue pasando de cadena en cadena en busca de algo muy concreto.

Ya debería de estar en todos los informativos de la mañana.

Y ahí estaba.

“Atentado terrorista deja doce muertos en un supermercado en Sacramento. Las autoridades no comprenden cómo es posible que se llevara a cabo sin que nadie tuviera constancia de ningún ataque”

El hombre trajeado y atractivo sonrió con pesar. Eran muertes que iban a valer su peso en oro.

“El asaltante fue ejecutado durante el ataque, sin embargo, después de investigar su pasado y registrar su apartamento, situado en la misma ciudad de Sacramento, este trabajador del centro comercial sin aparentes lazos con células terroristas, tenía una gran cantidad de armas y explosivos guardados en una habitación tapiada.

La empresa USAARMS, no ha dado ninguna explicación de la razón de que este hombre tuviera en su poder una cantidad tal de armas con su sello. Esta empresa, una de las más grandes del país y que se jugaba el contrato armamentístico para suministrar armas para la guerra que se está llevando a cabo en el norte de Europa, se ha mantenido en riguroso silencio

mientras el FBI junto a seguridad nacional llevan a cabo la pertinente investigación al respecto”

—Pues ya está —dijo para sí mismo antes de sentarse sobre el sofá de piel que adornaba su despacho.

Ya podía decirle al director que estaba todo solucionado. Aunque bueno, ya habría visto las noticias y sacado las pertinentes conclusiones. No podía esperar a que Lisa llegara al despacho, algo que… por lo visto, ya debería de haber pasado.

¡Qué extraño!, pensó

Lisa nunca se retrasaba.

Fue directo a por su teléfono y trató de llamarla.

Comunicaba.

Todavía más extraño.

¿Le habría ocurrido alguna cosa?

Por Dios, no quería ni pensarlo.

¿Qué haría sin esa mujer?

Dependía por completo de ella.

Caminó veloz hacia la puerta, pero, cuando intentó abrirla, se opuso con firmeza a sus intenciones.

No podía ser.

Esa puerta nunca estaba cerrada.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

No, no, no, no podía ser.

Era imposible.

Debía de tratarse de una especie de broma.

Mientras más pensaba en ello, más nervioso se encontraba.

Se acercó a la ventana y miró al exterior.

Era falso.

Por muy bien que estuviera hecho, las personas que caminaban estaban creadas por ordenador. Solo era una recreación.

No podía ser.

¿Por qué razón?

¿Cómo podían hacerle eso a él?

—No podéis hacerme esto, yo soy uno de los mejores patrocinadores. Me debéis mil millones de dólares, malnacidos.

Nadie contestó.

Corrió de un lado para otro sin saber bien qué podía hacer. En un alarde de desesperación, cogió su teléfono y lo lanzó contra la falsa ventana, rebotó y quedó tendido sobre el suelo enmoquetado.

Nada más el teléfono tocó el suelo, advirtió un calambre por todo el cuerpo, como si hubiera tocado un cable pelado con los dedos.

—No debe tratar de escapar por la fuerza. Si lo hace, será debidamente aleccionado —dijo una voz que conocía a la perfección.

—¡Noooooooo! —gritó con todas sus fuerzas, siendo plenamente consciente de la experiencia que estaba a punto de vivir.

Frank Garner iba a enfrentarse a la experiencia que tantas veces había visualizado en la pantalla de su ordenador.

Y solo un milagro podría salvarlo.

A miles de kilómetros de donde se encontraba Frank, un hombre vestido con una americana azul petróleo sobre una camisa blanca y un pantalón a juego, llamado Míster Tercero, tenía una sonrisa de oreja a oreja. Acababa de ahorrarse mil millones de dólares por encerrar a un hijo de puta sin escrúpulos.

Ahora solo tenía que morir durante el transcurso para no ser capaz de cobrarlo.

56

Treinta y dos días y ocho horas antes del entierro de Beatriz Montalbán

Al mismo tiempo en el que Delia disfrutaba de su serie favorita mientras planchaba una horrible camisa de cuadros que Jaime debía haber tirado hacía años, Bea se secaba el pelo frente al espejo de su cuarto de baño, después de una relajante ducha tras un ajetreado día de trabajo.

Bea dejó el secador sobre el lavabo, observando cómo las gotas de agua resbalaban por su cabello oscuro. Sus ojos se detuvieron un instante en el espejo, analizando el reflejo que le devolvía una mirada cansada.

Afuera, las luces cálidas de las casas vecinas comenzaban a apagarse poco a poco, como si el mundo entero estuviera invitándolas a cerrar un día más y refugiarse en la seguridad de sus hogares.

Bea apagó el secador y dejó caer sus brazos a los costados.

El sonido del aparato aún resonaba en su cabeza, un eco que tardaría unos segundos en disiparse.

Se miró una vez más en el espejo, apartando un mechón de cabello húmedo que se le había pegado a la frente. Aún llevaba el albornoz, flojamente atado a la cintura, y pensó en que debía cambiarse antes de que David llegara.

O bueno, quizás podría quedarse así y darle una buena bienvenida.

Se sonrojó de pensarlo, la muchacha.

Entonces escuchó la puerta de la entrada cerrarse con un golpe suave. Al principio no reaccionó, demasiado acostumbrada al ruido cotidiano de su casa, pero cuando las pisadas comenzaron a resonar por el pasillo, supo que ya no estaba sola.

Aún frente al espejo, se ajustó el albornoz y echó un vistazo al reflejo detrás de ella, como si esperara verle aparecer en cualquier momento. Era extraño, pensó, que no hubiese dicho nada al entrar.

Con esa idea en mente, Bea abrió la puerta del baño y se asomó al pasillo. No se veía ninguna luz encendida, solo la penumbra habitual que cubría la casa cuando estaban a punto de acostarse.

—¿David? —preguntó con voz clara, pero no demasiado alta. No hubo respuesta. Solamente el sonido de las persianas agitándose levemente con el viento.

Las pisadas ya subían las escaleras directas hacia donde ella se encontraba.

Salió del cuarto de baño directa a su habitación.

Hacía solo un par de días que le había pedido en matrimonio y todavía no se lo podía ni creer. Se apartó el albornoz, dejando al aire su todavía húmeda desnudez.

Los pasos llegaban ya a la puerta.

—Te estaba esperando —dijo ella, sugerente, mostrando su cuerpo desnudo.

Entonces los pasos se detuvieron junto a la puerta.

Y entonces llegó la sorpresa.

—¿Pero qué haces tú aquí? —preguntó hacia la puerta, donde un hombre con una estatura y un físico al de David se detuvo frente a ella.

—¿No me estabas esperando?

—A ti no, idiota, a David. Tienes que irte ya, no tardará en llegar.

Los pasos se adentraron en la puerta y se colocaron frente a ella, todavía mostrando parte de su cuerpo.

—Estás preciosa.

—Por favor, no me hagas esto… Rubén, te dije que no podíamos vernos más y de verdad que no podemos.

—Ya me lo has dicho más veces.

—Pero esta vez va en serio —dijo mostrando el anillo en su dedo. No se lo ponía para salir de casa para que no se lo viera nadie, pero nada más llegaba era lo primero que hacía.

—Así que David te ha pedido que te cases con él.

—Sí, y así yo ya no puedo, Rubén, de verdad. Yo lo quiero y quiero estar con él —dijo ella junto a la ventana. Él se acercó a ella y le dio un beso tierno. Normalmente sus quedadas eran salvajes, pero en esta ocasión, el beso solo le rozó los labios.

Justo en ese momento, Delia comenzaba a planchar y a observar a sus vecinos de enfrente con una sonrisa sobre los labios.

Una sonrisa que no tardía en torcerse.

—No, lo que tú quieres es a alguien que te mantenga, pedazo de zorra.

Le soltó, el muy animal.

—¿Cómo has dicho?

—Te has aprovechado de mí porque David no te pone una mierda, pero luego lo que quieres es vivir en una casa como esta y tener un coche como el que está aparcado ahí fuera.

—¿Cómo te atreves?

Ella levantó la mano, pero él la detuvo al instante sin apenas esfuerzo.

La diferencia entre sus fuerzas era abrumadora y, nada más el brazo de ella estaba fuera de la vista de la ventana, él levantó el puño y lo envió directo a su ojo.

El golpe fue tremendo, corto, duro.

Aterrador.

El dolor que sintió fue indescriptible.

Como si todo el peso de su odio fuera directo hacia ella.

—No puedes dejarme, ¿me has entendido? —gritó él, con fuerza pero con calma. No como un arrebato, sino en un tono que precisaba control.

—Lárgate, vete de aquí, hijo de puta —su voz trataba de sonar fuerte, pero era tan débil como lo había sido su intento de bofetada.

Entonces se escuchó el sonido de la puerta.

El pobre David estaba en casa.

—¡Es David!

—Como le digas una sola palabra a David, te mataré, os mataré a los dos, ¿me has entendido?

Ella no llegó a decir una sola palabra, pero Rubén los acabó matando igualmente.

A David, aprovechándose de sus amigos y de un malentendido orquestado por la pobre Delia.

Y a Bea…

A ella la mató con sus propias manos, haciéndola pasar por un suicidio.

Lo que no fue capaz de hacer fue no dejar su perfume en la nota que él mismo escribió fingiendo ser Bea.

Una nota que escribió con su mano buena, la izquierda.

La misma mano que utilizaba Beatriz.

Ahí la suerte le sonrió.

Pero él era el único otro miembro del grupo que era zurdo.

Primero se deshizo de él.

Y, cuando la policía sospechó de ella, lo aprovechó para matar dos pájaros de un solo tiro.

Si se la quitaba de en medio, la verdad moriría con ella.

O eso pensaba.

Porque lo que no podía ni imaginar, era que yo estaría aquí para evitarlo.

David subió las escaleras a la carrera, pero, cuando llegó, Rubén ya se había largado junto a una promesa.

Así que a la pobre Bea no le quedó otra que mentir e inventar la historia de ese ladrón sin rostro que la atacó en plena noche.

Una historia que mantendría hasta su último suspiro, poco antes de que su amante, el hombre que había orquestado el asesinato por el que a ella se le acusaba, le arrebató la vida de manera vil y cobarde.

Aunque ahora, en pleno juicio, con mis palabras sobre el estrado y mi mirada sobre ese desgraciado, me aseguraré de que lo pague.

Él el primero y con más fuerza.

Pero no será el único en hacerlo.

Después irán todos esos amigos que decidieron que la ley era algo que no hacía falta cumplir.

Porque yo, en ese momento, todavía creía en la ley y en la mejor manera de buscar la justicia.

Más que la mejor manera, yo estaba convencida de que era la única.

Ilusa de mí a mis setenta años.

Faltarían pocos meses para que mi visión cambiara por completo.

Aunque entre una cosa y la otra, los cuatro acabaron entre rejas.

Uno por asesinato en primer grado.

Y los otros, tanto por cómplices como por tentativa.

Todos ellos eran asesinos de un hombre inocente, que únicamente era culpable de querer pasar su vida junto a la mujer de sus sueños.

Y uno de ellos, culpable de acabar con la vida de la que fue su amante.

Pero los cinco desgraciados, sin duda alguna, ejecutores de un asesinato al amanecer.

57

Un hombre vestido de naranja amarillento, o amarillo anaranjado, dependiendo de cómo se mirara, llamado Rubén Galán y condenado por las muertes de David Linares y Beatriz Montalbán, miraba hacia la parte de arriba de la litera que compartía con un colombiano que había matado a dos camellos que le habían timado al venderle coca.

No podía creerse que, después de la manera en la que lo había planeado todo y de incluso llegaran a enterrar a Beatriz, una anciana…

La madre de uno de los inspectores a cargo del caso.

Una mujer que no tenía nada que ver con la policía…

Lo hubiera pillado.

Y no solo eso, sino que hubiera sido capaz de contar al jurado paso por paso lo que había planeado y ejecutado durante semanas, desde el momento en el que esa maldita zorra decidió cortar su relación por casarse con el capullo de David.

Pero claro…

¿Cómo iba a aceptar eso Rubén?

Ni de coña.

La relación solo acabaría cuando él lo decidiera.

Faltaría más.

Y para eso todavía faltaban muchos polvazos.

Así que no iba a permitir que esa mujer lo abandonara.

Pero claro, se le fue de las manos.

El cabreo al ver cómo esa mujer le levantaba la mano, fue algo que no fue capaz de aguantar…

Y la golpeó.

El muy idiota se arrepentía de ello cada maldito día, porque ese hecho desencadenó todo lo que vino a continuación.

Que la cotilla de Delia estuviera mirando y no se creyera la historia de Bea del ladrón tampoco ayudó.

Así que no le quedó más remedio que quitarse de en medio a David, antes de que nadie se enterara de que él no era el culpable.

Pero claro… eso tampoco salió como se esperaba y la policía sospechó de Beatriz.

Lo que era un problema por un lado, y una solución por el otro.

Porque si ella desaparecía…

No habría prueba alguna que lo señalara.

Hasta que llegó esa mujer y lo echó todo a perder.

Maldita vieja de mierda, se dijo a sí mismo mientras se preguntaba la razón de que ese colombiano tardara tanto en regresar de la lavandería.

No tenía reloj, pero se le estaba haciendo largo…

Muy largo…

Y entonces fue cuando un extraño olor entró por debajo de la puerta.

No sabría decir qué era, pero, nada más levantarse de su litera, cayó rendido sobre el suelo, totalmente inconsciente.

Y a no demasiados kilómetros de distancia, Míster Tercero, desde el cómodo asiento de su despacho, observaba el modo en el que dos de sus hombres, vestidos de guardas de prisión, se llevaban a ese hombre "trasladado" directo a la sede de "La Experiencia"

Mientras tanto, en otra pantalla, observaba a la actual vencedora de la última ronda, que regresaba a la casilla de salida por culpa de Miss Segunda.

Aunque bueno… Si no llega a ser por ellos, ahora ya estaría muerta.

No era Lara Larson alguien que fuera a dejar escapar a una víctima.

Sonrió.

Iba a ser una Experiencia fantástica.

Por un lado, Lara se enfrentaría a Daniel Ayala, un hombre al que habían podido salvar la vida y que también iba de cabeza como participante de "La Experiencia"

Por otro lado, a Rosa Guerrero, la actual ganadora que por seguro no estaba demasiado contenta con la persona culpable de su regreso.

La propia Lara Larson.

Y eso sin contar con Frank Garner, al que Rosa Guerrero conocía como El Cetrero, con el que ahora se verían las caras en las pruebas.

Iba a hacer un gran tráiler de esa Experiencia, la que esperaba, sería la mejor hasta la fecha. Porque, aparte de todos los anteriormente mencionados, había más participantes, muchos más.

Los peores monstruos reunidos y enfrentándose a las mejores y más interesantes pruebas en "La Experiencia"

¡Qué magnífica creación!

58

Justo después del Juicio

Y en el momento en el que terminé de decir todo lo que tenía que decir y ese hombre, Rubén Galán, fue condenado por asesinato en primer grado, me sentí bien y realizada.

Porque no había ni una remota posibilidad de que hubiera fallado en mis conclusiones.

Ese hombre había matado a dos de sus mejores amigos y todo el peso de la ley recaería sobre él.

Cuando finalmente bajé y mi hijo Paquito me llevó a casa, el muchacho insistía en el caso del señor Villoldo.

Puede que ya no lo recordéis porque lo mencioné al principio de la historia. O al final, teniendo en cuenta que lo he narrado al revés.

Bueno, lo recuerdo por si acaso.

El empresario Ernesto Villoldo falleció durante una cena de negocios. En dicha reunión, su padre estaba a punto de cerrar la fusión de su empresa de energías renovables con una de la competencia para formar así la compañía más grande del país. Una que fuera capaz de competir en el extranjero contra las grandes potencias norteamericanas. No había ni una sola prueba real ni móvil para el crimen para ninguno de los posibles sospechosos. Y, aunque Paquito estaba convencido de que el asesino se encontraba entre los comensales, únicamente estaba en lo cierto a medias.

Yo creía conocer lo ocurrido desde hacía días, pero es labor de madre, conocer a sus hijos y saber que la verdad era algo que no era capaz de aceptar, así que, mientras no encerrara a alguien inocente y, sabiendo de antemano que no había nadie a quien culpar, prefería alejarme un ápice y observar. Y de esa forma también podría centrarme en el otro caso que rondaba mi mente.

Ya hora que ya había cerrado el caso de Beatriz, ya podía tratar de convencer a mi hijo Paquito de que no tenía nada que hacer.

¿Qué por qué?

Pues era muy fácil.

El hombre que había muerto era el asesino.

¿Pero cómo puede ser?

Como digo, muy sencillo.

Ernesto Villoldo quería envenenar a su padre para heredar la empresa antes de que la fusión se llevara a cabo. Para hacerlo, mandó a envenenar el plato que, por seguro, pediría su padre.

Su sorpresa resultó, en el caso de que se diera cuenta antes de caer fulminado sobre su plato, que el camarero confundió el pato a la naranja de su padre, con el pichón con limón que había escogido el hijo.

Es muy probable que el sabor de la naranja le indicara lo que podía llegar a ocurrir antes de morir por su propia mano y que su padre sobreviviera a un intento tan burdo.

Pero bueno, no voy a sentir pena por un hombre que trató de asesinar a su progenitor.

Ahora solo me quedaba tratar de que Paquito cerrara la investigación antes de que encerrara a alguien inocente. Ya era bastante con la enorme cagada que había hecho con el caso de Beatriz y que había provocado su muerte.

Todavía me faltaban muchos meses para que fuera yo la que la cagara hasta el fondo, metiéndome a mí y a mis seres queridos en la boca del lobo.

El día en el que decidí que la inspectora Lara Larson no era lo que parecía, y la seguí hasta la casa de Rosa Guerrero y, con ello, puesto una diana sobre nuestras espaldas.

TU OPINIÓN ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ

Y para finalizar y, ahora que ya has llegado al final de **«Asesinato al amanacer »** me gustaría hacerte una pregunta.

¿Te ha gustado?

Tanto si la respuesta es un sí como si es un no como una casa, dímelo.

Conocer tu opinión me ayudará tanto a mejorar en el futuro como a que nuevos lectores conozcan mis novelas.

Puedes dejar una review escaneando el código QR.



¿QUIERES SABER MÁS SOBRE EL MUNDO DE LA EXPERIENCIA?

Escanea el QR para estar al tanto de todo.

Habrá avances, tráiler, fotografías, descripciones de personajes, preguntas sobre nuevos libros, cosas curiosas y, por supuesto, contacto directo conmigo.

También tendrás la posibilidad de darme tu opinión sobre todo lo que quieras, en un principio relacionado con los libros, no me cuentes si te gusta más el azul glauco que el imperial.

Básicamente porque no tendré ni idea de la diferencia.

Y cuando digo que puedes darme tu opinión lo digo totalmente en serio.

Pues es que me ha parecido una pu… mier…

Pues me lo cuentas.

Que te ha gustado…

Pues también.

Igual que si me quieres contar cómo me has conocido, desde donde me lees, o si te gusta la tortilla de patata con cebolla o no tienes ni puñetera idea de la vida. Vamos, que menos lo del azul lo que te rote.

Así que lo dicho, escanea el QR y nos vemos al otro lado.



Y AHORA QUE YA TE HAS LEÍDO «ASESINATO AL AMANECER»

¿QUÉ?

¿Qué ha pasado con Lara?

¿Y con Rubén? Secuestrado desde su celda por parte de La experiencia.

¿Daniel Ayala? Despierto en una casa como la suya, pero que no es la suya.

Rosa Guerrero, de nuevo en su pesadilla tras una victoria más que merecida.

El hombre trajeado y atractivo, después de ganar la apuesta es secuestrado por la experiencia sin contemplaciones.

Todos ellos se enfrentarán a una nueva ronda y necesitarán de toda su energía para tratar de escapar.

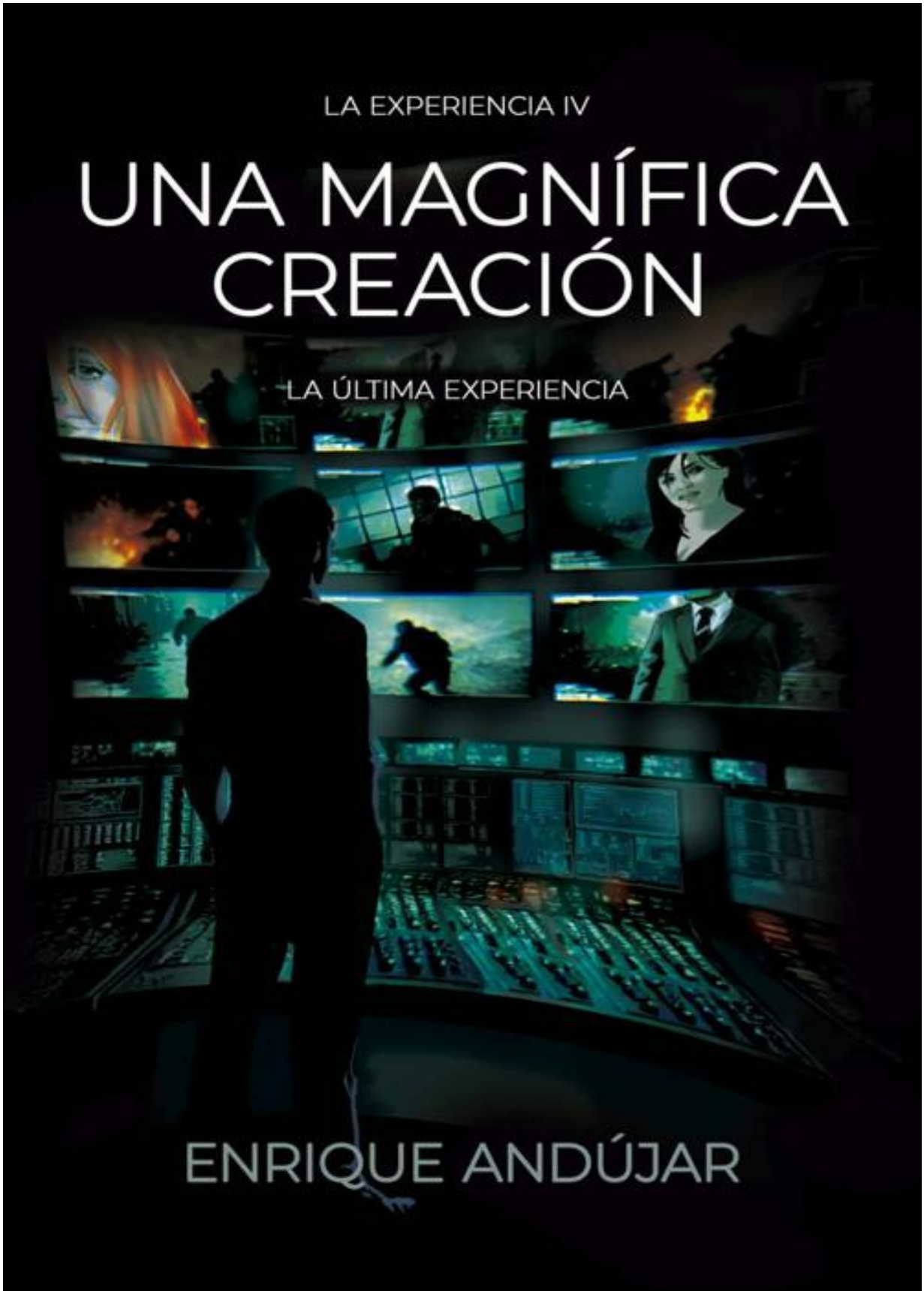
¿Serán capaces de hacerlo?

¿Sobrevivirá alguno esta vez?

Descubre en la siguiente novela de la saga.



UNA MAGNÍFICA CREACIÓN


LA EXPERIENCIA IV
UNA MAGNÍFICA CREACIÓN
LA ÚLTIMA EXPERIENCIA
ENRIQUE ANDÚJAR

UN AVANCE DE LOS PRIMEROS CAPÍTULOS DE LA NOVELA

1

FRANK

Mientras observaba a Rosa arrodillada frente al último participante, no pude evitar pegar un brinco mientras soltaba un grito a pleno pulmón.

¡Rosa había ganado!

Era una apuesta de cien contra uno y había apostado diez millones.

¡Y había ganado!

Eso daba un maldito número de diez cifras.

Mil millones de dólares.

Abrí el whisky más caro que tenía en mi despacho, me recosté sobre mi espalda y, antes de echarme un rato a dormir, entré en el expediente del último que faltaba por ver.

Daniel Verga Mollins.

Hacía solo unos minutos que La Experiencia había terminado y había visto con mis propios ojos la muerte de los dos últimos participantes que se habían enfrentado a mi elegida.

¡Qué gran elección!

Acababa de hacerme ganar mil millones de dólares.

¡Mil millones!

Incluso para mí, que nadaba en la abundancia, esa cantidad de dinero estaba fuera de mi alcance.

Y además, íbamos a conseguir el contrato gubernamental para abastecer al ejército en Europa.

Todo iba como la seda.

Porque, además, me había divertido como nunca.

Nada más terminar de leer el tenebroso expediente del joven Daniel y la voz que le hablaba, advertí que el sueño se adueñaba de mí. Mientras el sabor del whisky se asentaba en mi paladar, y un extraño olor entraba por la ventana.

Cuando desperté, ojeé mi Rolex.

Ahora podría comprarme cien iguales que ese.

Ya eran las ocho de la mañana. Había pasado la noche entera en un pestañeo. Mis secretarias no tardarían en llegar.

Me dolía el cuello de dormir sentado tanto tiempo.

¿Cuánto habría sido?

Más de cinco horas, como mínimo.

Estaba emocionado con ver entrar esa ingente cantidad de dinero en mi cuenta. No en mi cuenta corriente, eso era evidente. La Experiencia no sería tan estúpida como para realizar las

transacciones por un medio tan expuesto.

Lo haría con criptomonedas.

Si quería realizar una apuesta, primero tenía que llenar mi monedero digital con criptos que La Experiencia aceptara y, en el caso de ganar, me ingresaban el dinero de la misma forma. Ahora tendría que llevar ese dinero a alguna de mis cuentas legales en paraísos fiscales.

Me gustaban las islas caimán.

Sí, seguramente ahí iría a parar ese dinero.

Antes de caer rendido sobre el escritorio, mi último pensamiento había sido para esa mujer.

Rosa.

Normalmente, no leía el expediente de nadie que siguiera en el mundo de los vivos, pero claro, normalmente mi participante no sobrevivía.

Y menos todavía me hacía ganar una cantidad tan ingente de dinero.

Sentía ganas incluso de averiguar su domicilio y hacerle llegar un regalo.

Un más que merecido regalo.

Pero lo descarté.

Era una idea absurda y peligrosa. Ni qué decir que estaba totalmente prohibida por parte de La Experiencia.

Esa mujer no podía ser contactada por su patrocinador. Del mismo modo que, hiciera lo que hiciera en el futuro, jamás podría ser tocada por parte de La Experiencia.

Se había ganado ese derecho.

Estaría libre de todo pecado hasta el fin de sus días.

Esperaba que fuera capaz de comprender su privilegio.

Del mismo modo que valorara lo afortunada que era de que yo la hubiera elegido como su participante. Ambos habíamos formado una pareja extraordinaria.

Me levanté y paseé por mi despacho hasta llegar a la mesita auxiliar donde reposaba el mando de la televisión que aguardaba en un mueble de madera que costaba diez de los grandes.

Estaba a punto de cogerlo cuando no pude aguantar más y regresé a mi asiento.

Tenía que saber más sobre esa mujer.

Rosa Guerrero Luna.

2

Unas treinta horas antes de que Rosa Guerrero resultara ser la ganadora de La Experiencia arrebatando la vida de un adolescente herido y demente, entraba en un bar de copas y se dirigía derecha a la barra.

Su marido, Rodri, se iba de viaje durante una semana, por lo que ella le había pedido, casi rogado, que se quedara con los niños una noche antes de que se fuera.

Para salir y disfrutar de un día sin niños.

Y ahí estaba, sentada en la barra, con una copa en una mano y la mirada sobre el camarero, que no le quitaba el ojo de encima.

Pero no…

No era eso lo que Rosa estaba buscando.

De "eso" iba más que sobrada con su Rodri.

Lo que ella necesitaba ese día era algo muy distinto.

Desvió la mirada que fue a parar a una mujer que estaba sentada sola, removiendo su copa con una pajita de color rosa y una sombrillita.

Era una mujer joven, de no mucho más de treinta años. Atractiva, con la nariz ligeramente prominente y una buena figura.

No era tan guapa como Rosa, ni mucho menos, pero bueno, no estaba mal.

Y para lo que quería hacer tampoco era algo relevante.

Se acercó y comenzó a hablar con ella. Primero comprobando cuáles podrían ser sus gustos.

Si eran los hombres, le hablaría de alguno de los que estaban en el bar.

Y si eran mujeres, pues bueno, coquetearía un poco con ella.

Eso sería sin duda lo más fácil.

Resultó ser los segundo.

Bingo.

Hablaron durante un rato, bebieron un par de copas, se acercaron un poco, susurraron… y decidieron irse a casa.

A la de esa mujer, por supuesto, no iban a ir a casa de Rosa, con su marido y sus hijos allí.

Ni que estuviera loca.

No, no.

Nada más subir al coche, la mujer comenzó a sentirse mal.

Algo normal, teniendo en cuenta lo que le había echado Rosa en la copa.

Escopolamina.

Hioscina.

C21H30BrNO4.

HOZOZZFCZRXYEK-GXLSIKBRSA-M.

Bromuro de (1S,2R,4S,5S)-9-butil-7-[(3-hidroxi-2-fenilpropanoil)oxi]-9-metil-3-oxa-9-azatriciclo[3.3.1.0²,⁴]nonan-9-io.

C17H21NO4.

O como se le llama normalmente de manera informal.

Burundanga.

Ahora sí que podían ir a casa de Rosa.

Desde ese momento hasta llegar a la casa de Rosa, una casa unifamiliar que tenía junto a su querido Rodri a las afueras de Valencia, en un barrio de "quiero y no puedo" que se podían permitir con sus sueldos por encima de la media, pero que, en la tesitura de la vivienda, tampoco daba para tanto.

Al menos pillaron la hipoteca antes de que el euríbor pegara el petardazo.

No han dado gracias ni na por no haber hecho caso al desgraciado del banco y haber pillado un interés fijo cuando todavía estaban razonables.

Y una vez allí, ambas entraron en absoluto silencio directas al sótano, donde Rosa metió a la mujer en una jaula y le tapó la boca.

Y la dejó ahí, dormidita.

Ahora solo tenía que esperar a que Rodri se fuera de viaje y sus hijos con su abuela y ya podría pasar tiempo con su nueva amiga.

¡Qué bien se lo iba a pasar!

Al día siguiente, cuando despertó, sus ojos se abrieron como una ventana entreabierta entre dos corrientes de aire.

Hoy iba a ser un día genial.

Lo sabía.

Lo sentía.

Podía hasta olerlo en el aroma que se respiraba a primera hora de la mañana.

Tumbada boca abajo sobre su cama, arrastró el brazo para alcanzar el lado opuesto.

No había nadie.

Y eso únicamente podría significar que su marido, su media naranja…

Su alma gemela…

Ya se había puesto en pie y comenzado a hacer el desayuno para ella y para sus dos preciosos niños.

—Tienes el desayuno preparado y las mochilas de los niños junto a la puerta. Yo termino con esto y me voy ya, que no quiero llegar tarde —le dijo el bueno de Rodri.

Rosa asintió antes de llevarse un trozo de pan mojado en yema de huevo a la boca.

—Dentro de nada nos vemos —le dijo ante de sonreír, darle un beso en la mejilla, y dirigirse hacia su maleta.

—Buen viaje, mi amor —contestó ella con la boca llena de pan con huevo—. Te echaré de menos.

—Y yo a ti.

Después de dejar a los niños y de medio discutir con una de las más odiosas madres del colegio, Rosa volvió a su casa con un fuerte entusiasmo.

Por fin iba a poder jugar con su amiga.

Fue repasando y dejando sobre la encimera todo lo que iba a necesitar más tarde.

Muy bien.

Muy bien.

Muy bien.

Su vecino Armando pasó por delante de la ventana a una distancia de unos diez metros y la saludó como si no se hubieran visto hacía cinco escasos minutos.

Le devolvió el saludo con la mano y una sonrisa sobre el rostro.

Y siguió a lo suyo.

Muy bien.

Muy bien.

Muy bien.

Muy bien.

¡Mierda!

¡No!

No tenía todo lo necesario.

¿De verdad iba a tener que salir a comprar en ese momento?

Ella estaba convencida de que lo había comprobado todo varías veces.

Me cago en … Bueno, tranquilidad. Se dijo a sí misma y suspiró profundamente.

Ya que tenía que salir de casa, aprovecharía y pasaría también por el supermercado.

Dejó todo de nuevo en el interior del armarito, comprobó que llevaba encima las llaves del coche y fue directa al garaje.

La luz se prendió con el detector de movimiento, se sentó en asiento del conductor y, estaba a punto de insertar la llave en el contacto, cuando un olor extraño se adentró por sus fosas nasales.

Era un olor que no reconocía.

No había llegado a averiguar qué diantres podía ser cuando el sueño se apoderó de su cuerpo y cayó rendida sobre el volante.

Muerta de sueño.

Cuando volvió de su letargo, no sabía con seguridad si habían pasado dos minutos a cincuenta.

Le dolía ligeramente la cabeza y los ojos le pesaban.

Le costaba un mundo mantenerlos siquiera abiertos.

Tendría que pasar por una farmacia antes o después de ir a la ferretería y al supermercado.

Pero, ¿y ese olor?

Estaba convencida de haber olido algo y que eso había provocado que se desplomara sobre el volante.

Sin embargo, ahora no se olía nada.

Fue a coger las llaves del coche cuando se percató de que no estaban.

Estaba convencida de que había llegado a ponerlas sobre el contacto.

No había llegado a arrancar, pero ponerlas las había puesto.

¿O no?

Realmente no estaba segura de nada más que de que la cabeza le dolía como mil demonios.

Un día sola y… de verdad… todo mal.

TODO MAL.

Rebuscó por el interior del coche, prendió la luz del techo, miró en sus bolsillos, en el bolso…

Nada…

En ese momento pensó que nada le podía ir peor.

Tardaría muy poco en saberse equivocada.

CONTINÚA CON LA LECTURA DE «UNA MAGNÍFICA CREACIÓN»

Escanea en QR y continúa con novela de «Una magnífica creación»

